

CUENTOS

DE

MITIA

POR

LUIS G. RUBIN

Edición publicada con el patrocinio del Señor Secretario de Fomento,
General D. Carlos Pacheco.

MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO,

Calle de San Andrés número 15.

1890

7297

8

57

4



C8
R107



1080019391

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



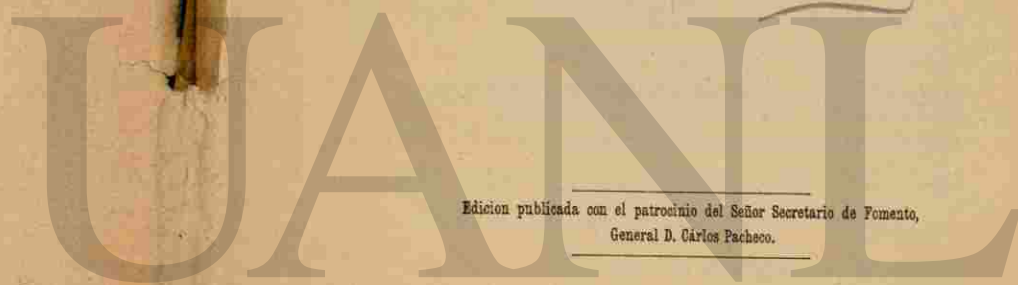
CUENTOS

DE

MITIA

POR

LUIS G. RUBIN



Edición publicada con el patrocinio del Señor Secretario de Fomento,
General D. Carlos Pacheco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés número 15.

1890



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

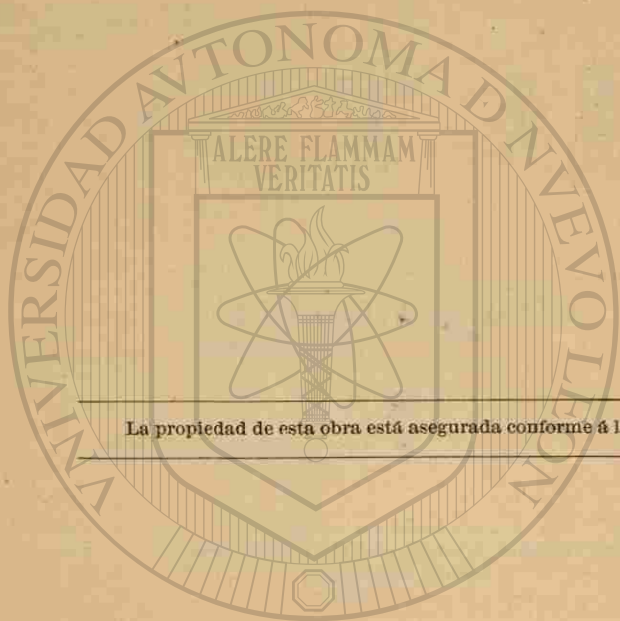
Biblioteca Universitaria

40557

PQ7297

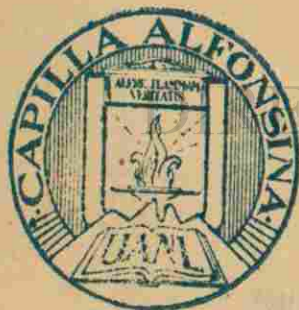
R8

C8



La propiedad de esta obra está asegurada conforme a la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AL LECTOR.

MI amigo Luis G. Rubin ha escrito un precioso libro para recreo de los niños. La mejor recomendación que de los "Cuentos de mi Tía" puedo hacer, después de haberlos leído con atención, es decir que se los he dado á mis hijos y que éstos se los saben de memoria. Nada tiene de extraño, supuesto que, por lo bien comprendido del asunto, por la sencillez y limpieza del estilo y por el ideal purísimo que preside en el libro, el niño, la parte más interesante de la humanidad, halla entretenimiento natural y enseñanza provechosa en los "Cuentos de mi Tía." Juzgo que este mismo juicio se formará el lector al hojearlos.

TELESFORO GARCÍA.

003314



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUENTOS DE MI TIA.

INTRODUCCION.

Son los recuerdos de épocas pasadas
La miel y la amargura de la vida.
Cual plantas de virtudes encerradas
Puestas al mismo tiempo en una herida.
L. G. Brown.

El pasado tiene un encanto misterioso para los que llevan en su cabeza la nieve de los años y en su frente la huella de las pasiones: que es manía de los ancianos suspirar por lo que fué y ya no ha de volver.

No sé si porque voy ya declinando en el camino de la vida, ó porque en efecto los recuerdos de otro tiempo encierran halagador prestigio, tengo la misma quejumbrosa manía; la verdad es que ejercen en mí poderoso influjo las memorias de ese pasado, quizás porque se ve á través de la mágica niebla de los años, y porque está ligado con aquella hermosa época de la existencia que se llama la infancia.

Entre mis recuerdos de aquel tiempo, hay algunos que hacen estremecer mi corazón con dulzuras y tristezas infinitas. Estos son los referentes á seres queri-

dos que están desde hace largos años en la tumba: mi abuela, venerable y majestuosa anciana que me recuerda las figuras bíblicas; mis padres, especialmente mi madre, á quien, por circunstancias particulares y hechos extraordinarios, nunca he podido contemplar en mis recuerdos sino como un sér divino y sobrenatural, y entre esa celeste aureola que rodea á los bienaventurados y á los mártires, porque en su mundana vida fué toda ella virtud, santidad y resignación.

En el kaleidoscopio de mi imaginación existen también, como abillantadas por celestial prisma, las figuras de otros séres queridos. Entre ellas están las de dos hermanas de mi madre, constantes compañeras de mi niñez, y á quienes recuerdo con dulce fruición de ternura.

Eran aquellas dos naturalezas excepcionales, como plantas exóticas en este mundo, nunca contagiadas con las miserias de la tierra ni manchadas con su cieno; siempre tranquilas de conciencia, resignadas y virtuosas.

La una fué mi segunda madre, nombre que me complazco en darle, y que justamente merece; que no hubo solicitud que por mí no tuviera, ni cuidados que no me impartiera, ni abnegación que por mí no practicase, ni sacrificio que no consumase en aras del inmenso cariño que me consagró toda su vida.

La otra formó mis mayores solaces de niño. Amoldándose á mis pueriles exigencias, procuraba complacerlas risueña y alegre, con esa alegría apacible de los

corazones virtuosos y esa inagotable paciencia de las almas benévolas: sus cantares me arrullaron desde la cuna; entretuvieron agradablemente las horas de mi niñez, cuando yo los escuchaba con cierto júbilo melancólico; y aún hoy, el recuerdo de sus notas me causa recóndito estremecimiento, cual si fueran ráfaga de las armonías de otros tiempos.

Aquellos dos séres, después de mis padres, formaron el mayor bien de mi existencia, y me acompañaron hasta su muerte. Ésta fué para mí rudo golpe: las últimas ramas del tronco materno, únicas ya que me cobijaban, caían bajo la implacable segur; los únicos afectos que me daban sus ternuras se hundían en la tumba!

¡Cosa extraña! pero explicable: al mismo tiempo que dolor agudo, sentí como un místico entusiasmo ante aquellos dos ataúdes cubiertos de blancas flores, emblema purísimo, y tributo rendido á la virtud de aquellas vírgenes sexagenarias!

*
* *

Sin ser inquieto y bullanguero como todos los niños, gustábanme sin embargo ciertos juegos infantiles, más bien que los estudios escolares y las prácticas piadosas de mi madre en el hogar.

Mis más hermosos solaces eran nocturnos, cuando en compañía de mi hermano y otros chicuelos, y en un gran patio iluminado por la luna, nos entreteníamos en juegos usuales, ó en otros inventados. Con frecuen-

cia me separaba yo del grupo de jugadores, y tendiéndome á la bartola, poníame á contemplar de hito en hito el cielo azul, la luna que bogaba en la inmensidad, y las blancas nubes iluminadas por ella, semejantes á copos de espuma en un mar tranquilo, ó á inmensos vellones desparramados sobre un manto turquí.

Así trascurrían mis horas; y cuando oía la voz de mi madre, llamándome para que tomara parte en sus diarias oraciones, me hacia el desentido.

—¡Luis . . . Luisito!—gritaba alguna de mis tias—basta ya de juego; vamos á rezar.

Y yo, seguía rehacio, haciéndoseme cuesta arriba abandonar la *maruca* y el *pan y queso*, ó mi muda y gustosa contemplación, para ir á pasar largo rato arrodillado rezando Rosarios ó Trisagios.

—¡Ven, Luisito!—clamaba aquella tia alegre y cantadora—vamos á rezar, y despues te contaré un bonito cuento.

Sólo entonces me decidía yo á abandonar el teatro de mis solaces, porque los cuentos de mi buena tia me entretenían agradablemente.

Con la esperanza de escucharlo, y saboreando de antemano las sabrosas peripecias del anunciado cuento, comenzaba yo á rezar fervorosamente. Mi imaginación vagaba, al principio, en la ignota region de los ángeles y los querubines; pero era seguro que á medio rezo me entraba un soporcillo que me hacia dar frecuentes cabeceadas, sin acordarme ya de ángeles ni de cuentos. Si por desgracia mia notaba ese amodorramiento mi

abuelita que estaba á mi lado, me propinaba un suave pellizco que me hacia brincar, y exclamar casi gritando: *Santa María etc.*

Debo decirlo, como una prueba de mis precoces propensiones á la poesía: mi somnolencia se disipaba en los momentos en que oía la voz grave y cadenciosa de mi madre recitar aquel conocido himno:

*Ya el sol ardiente se aparta,
Y su luz perenne etc.*

Tal himno tenía para mí poesía conmovedora y armonías celestiales.

Pero esto duraba un instante: pasada la fruición poética, volvía yo á mis cabeceos, cada vez más acentuados. Viendo mi impía obcecación, mi tia se acercaba á mí poco á poco, sin dejar su postura de rodillas, y me decía al oído:—“Si no rezas, no hay nada del cuento prometido.”

Este era el verdadero talisman para quitarme el sueño. Recobraba mi fervor, y lo mantenía hasta decir el *Bendito*.

Inmediatamente hostigaba á mi paciente tia, exigiéndole el cumplimiento de su promesa; y ella, benévola y complaciente como siempre, me daba gusto empezando su narración.

A su alrededor formábamos corrillo mi hermano, yo y algun otro chicuelo, y escuchábamos émbobados el entretenido relato. Ya era el cuento del *Príncipe encantado*, ya el del *Pájaro de siete colores*, ó el del *Espejo de*

Amarilis, cuyos misteriosos y sorprendentes episodios servían de pasto á nuestra virgen imaginacion.

Mi tia usaba el lenguaje propio de quien habla con niños: á veces un mismo cuento lo adornaba con nuevos incidentes, y otras, los inventaba con sorprendente facilidad.

¿Quién no es adicto á esas gratas memorias de la infancia? ¿Quién no siente como un bálsamo regenerador que baña su corazon, al hacer encantadoras reminiscencias de aquella edad feliz? Algunos de aquellos cuentos que escuché en mis mejores dias, son los que me propongo trasladar al papel: ¿y en qué mejor lugar ponerlos, sino en la simpática publicacion consagrada á la familia, es decir, á ese foco de ternuras, de felicidades y de recuerdos, que tiene tan íntima analogía con esos relatos inocentes y sencillos?

Si las producciones de mi pluma no son dignas de esta ilustrada publicacion, ni del santuario que se llama hogar doméstico, son, sí, un tributo rendido en el templo de los más puros afectos.

Seguro es que no podré imitar el estilo sencillo y agradable de mi tia; cierto tambien que, despues de tantos años, muchos de sus relatos se me habrán olvidado, y otros tendré que reconstruirlos con trabajo, algo desfigurados; pero válgame mi buena intencion, y el propósito que me hago de que no será larga mi tarea, para no fastidiar mucho tiempo á los lectores.

Con esto concluyo esta especie de introduccion.

EL CERTAMEN DE HERMOSURA.

No recuerdo bien si éste era el título de uno de los cuentos de mi tia; quizá más bien se llamaria *La más bella niña*, ó cosa por el estilo, porque el nombre de estos cuentos y el lenguaje con que eran relatados, tenían toda la sencillez característica de la narradora y de su infantil auditorio. Mas el título no hace al caso, con tal que la esencia no se haya alterado.

I

Juan y Marta formaban un matrimonio modelo, porque entre ellos jamas hubo un sí ni un nó contradictorios, ni dimes y diretes, ni celillos que todo lo enturbian y echan á perder. Los vecinos, con ser de suyo murmuradores, no les hallaban lado flaco en que cebar su natural y fea propension, y ántes bien, encontraban frecuentes motivos para elogiarles: Juan y Marta, pues, vivían tranquilos por este lado, y en paz y gracia de Dios.

Amarilis, cuyos misteriosos y sorprendentes episodios servían de pasto á nuestra virgen imaginacion.

Mi tia usaba el lenguaje propio de quien habla con niños: á veces un mismo cuento lo adornaba con nuevos incidentes, y otras, los inventaba con sorprendente facilidad.

¿Quién no es adicto á esas gratas memorias de la infancia? ¿Quién no siente como un bálsamo regenerador que baña su corazon, al hacer encantadoras reminiscencias de aquella edad feliz? Algunos de aquellos cuentos que escuché en mis mejores dias, son los que me propongo trasladar al papel: ¿y en qué mejor lugar ponerlos, sino en la simpática publicacion consagrada á la familia, es decir, á ese foco de ternuras, de felicidades y de recuerdos, que tiene tan íntima analogía con esos relatos inocentes y sencillos?

Si las producciones de mi pluma no son dignas de esta ilustrada publicacion, ni del santuario que se llama hogar doméstico, son, sí, un tributo rendido en el templo de los más puros afectos.

Seguro es que no podré imitar el estilo sencillo y agradable de mi tia; cierto tambien que, despues de tantos años, muchos de sus relatos se me habrán olvidado, y otros tendré que reconstruirlos con trabajo, algo desfigurados; pero válgame mi buena intencion, y el propósito que me hago de que no será larga mi tarea, para no fastidiar mucho tiempo á los lectores.

Con esto concluyo esta especie de introduccion.

EL CERTAMEN DE HERMOSURA.

No recuerdo bien si éste era el título de uno de los cuentos de mi tia; quizá más bien se llamaria *La más bella niña*, ó cosa por el estilo, porque el nombre de estos cuentos y el lenguaje con que eran relatados, tenían toda la sencillez característica de la narradora y de su infantil auditorio. Mas el título no hace al caso, con tal que la esencia no se haya alterado.

I

Juan y Marta formaban un matrimonio modelo, porque entre ellos jamas hubo un sí ni un nó contradictorios, ni dimes y diretes, ni celillos que todo lo enturbian y echan á perder. Los vecinos, con ser de suyo murmuradores, no les hallaban lado flaco en que cebar su natural y fea propension, y ántes bien, encontraban frecuentes motivos para elogiarles: Juan y Marta, pues, vivían tranquilos por este lado, y en paz y gracia de Dios.

Pero como no todas son dulzuras en esta vida, aquel matrimonio no dejaba de tener sus penas, nacidas de sus escaseces. Por más que Juan sudaba la gota gorda en el trabajo, y por más que la buena Marta le ayudase á soportar la carga dedicándose á labores mujeriles de mezquino producto, sólo podían reunir unos cuantos reales, y estaban siempre, como suele decirse vulgarmente, *á la cuarta pregunta*.

Si ambos se hubieran desesperado y maldecido su suerte, como lo hacen muchos pobres que se creen con derecho de exigir á la Providencia todos los bienes que apetecen, como si fuera una deudora morosa, ciertamente que hubieran merecido estar siempre entre angustias y miserias; pero Juan y Marta no eran iracundos ni se exasperaban, y todos los días decían resignados al Sér Supremo: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*

Una primera hija vino á aumentar los apuros de los esposos; y aunque dicen que los hijos son la bendición del cielo, el caso es que los pobres padres se quitaban por ella el pan de la boca para alimentarla, y la cobija para abrirla: bien es cierto que no sentían por ello el hambre ni el frío: tal era el cariño que tenían á la mocosuela.

Dios quiso recompensar aquel amor perfecto y aquella paciencia ejemplar, y al mismo tiempo que les enviaba otra hija, mandábales también una cuantiosa herencia de un tío rico, muerto en lejanas tierras.

Juan y Marta saltaron de gusto, no por la muerte del

tío, sino por la recepción de la herencia; y después de encomendar á Dios al finado, como buenos cristianos, trataron de disfrutar del mejor modo aquella rica herencia.

Ya no hubo penas ni escaseces: compraron un pequeño palacio, y coches, trenes y servidumbre fueron el complemento de aquel inesperado cambio de posición.

No dejó de haber sus envidias y murmuraciones entre los vecinos, porque ya se sabe que es pasto sabroso del que nada posee, murmurar del que algo tiene. Pero la maledicencia era acallada en su cuna, por los muchos beneficios que los nuevos ricos hacían á los pobres.

Y si aquella generosidad y benevolencia se extendían á los extraños, ¿cómo no habían de consagrarse á aquellas dos hijas queridas que parecían haber sido precursoras de la fortuna? Todo era cuidados y desvelos, mimos y cumplimiento de los caprichos de las pequeñas, que fueron creciendo entre ayas complacientes y criados esclavos de sus deseos, y entre lujo, riquezas, galas y perfumes.

Con maestros de idiomas y bellas artes, las jóvenes recibieron lo que se llama una educación *á la moda*: música y baile, canto y dibujo, chapurrear el francés y el italiano, eran sus adelantos; nada de lavar ni barrer, ni hacer calceta, ni espumar un puchero: que eso se queda para las pobretonas que tienen necesidad de entregarse á tan rudas faenas.

Así es que invadiendo la vana moda los hábitos y las propensiones de aquellas niñas, su influencia alcanzó hasta sus nombres. Sus padrinos quisieron que se llamasen Juana y Marta, como una muestra de cariño á los autores de sus días; pero ellas encontraron comunes y prosaicos dichos nombres, y los cambiaron por otros: la mayor dió en llamarse Flora, ó Flor, como le decían sus aduladores, y la segunda Estrella.

Si se ha de juzgar por el aspecto exterior, no hay duda que la primera merecía bien aquel nombre, porque era lozana, atractiva y hermosa como una flor; y la segunda también lo merecía, porque sus gracias, su donosura y belleza resplandecían como una estrella.

Juan, que era el más sensato, solía decir á su mujer:

—No será malo que enseñes á tus hijas todos los quehaceres de una casa; mira que los bienes de fortuna hoy son, y mañana no; y si volvemos á la pobreza, ¿qué va á ser de unas muchachas que se han criado como princesas? Además, quien no lo sabe hacer, no lo sabe mandar. Conque así, dáles unas leccioncitas de costura, de barrido, lavado y otros menesteres.

—¿Cómo!—decía la madre—¿cómo quieres, hombre de Dios, que mis hijas, tan pulidas y tan delicadas, vayan al fogón, y se tiren á esos suelos, y se pinchen con la aguja, y se derrenquen con el trabajo? ¿Cómo se pondrían esas manitas tan blancas y suaves! ¿cómo se pondrían esas caritas de cielo!

—Pero, mujer! la que ha de ser hacendosa debe hacerlo todo.

—¡Hombre, no seas terco ni pesado! ¡Vaya con el padre tirano! ¿De qué les servirán á las pobrecitas sus riquezas, si se han de echar al trabajo como unas negras? No; miétras yo viva, que disfruten de su bienestar; y si hemos de volver á ser pobres, no les anticipemos las penas.

Y el bueno de Juan callaba, inclinando la cabeza, porque sabía por experiencia que es en vano luchar contra una madre que aboga por sus hijos.

Pero, yendo y viniendo días, pareció que se iban confirmando los presentimientos de Juan. El mucho gastar y el poco medrar; la ninguna economía de amos y criados, y los despilfarros por cumplir los descabellados antojos de las niñas, fueron mermando de tal modo la rica herencia, que el palacio se convirtió en reducida casucha, los carruajes en un solo carricoche, y la gran servidumbre en sólo dos humildes criadas.

En aquella mediocridad, Juan y Marta tuvieron una tercera hija; que es sabido que los hijos vienen cuando las tortas se van. Púsosele por nombre María; y si sus hermanas tenían fama de belleza, ella, sin ser portento de hermosura, tenía una gracia y un atractivo sin iguales.

Pareció que, así como las otras hijas habían llevado la fortuna á la casa, la tercera llevó la pobreza, porque desde su nacimiento fueron á ménos los ya escasos bienes paternos. Quizá por esto, todos veían á aquella po-

bre chica con cierta prevención, y con el injusto recelo de que fuese mensajera de mayores males.

Esto hizo que la chicuela no tuviese iguales mimos y prerrogativas que las concedidas á las otras hermanas, y que se criase con ménos delicadeza y cuidados: en cambio, desde muy pequeña supo desempeñar todos los quehaceres de la casa; y aunque aquellas manecitas se estropearon, y aquel fino cutis se puso áspero, con el trabajo adquirió María nuevo y saludable vigor, nueva frescura y lozanía.

Las dotes de su alma correspondían á esos atractivos exteriores.

Flor y Estrella eran dos niñas lánguidas y endebles, que no servían para ciertas cosas. Ocupadas con sus cosméticos, sus postizos y sus dijes, ni tenían tiempo para otra cosa, ni podían coger una escoba, ni condimentar una marmita, ni lavar un trasto. María, pues, venía á ser la criada de la casa; pero la pobre niña no se quejaba; con angelical dulzura, y considerando á sus hermanas como seres superiores, les servía con gusto, sin murmurar ni rebelarse.

Y mientras Flor y Estrella se engalanaban y perfumaban, y recibían visitas de currutacos en el estrado, ó dormían quejándose de jaqueca, María estaba siempre envuelta en humilde saya, apartada de todos, haciendo alguna faena ó entregada á lecturas provechosas.

II

El reino de Cochinchon era uno de los mejores reinos de aquellos tiempos. El rey era un modelo de bondad y de justicia: en sus dominios no había oprimidos ni opresores, ni magistrados venales que torcieran la vara de la justicia, ni malos administradores de los bienes nacionales, ni curiales de los que en este siglo se nombran *chicaneros*, ni agiotistas desalmados, ni un gran ejército que se absorbiera la mayor parte de las rentas públicas, porque siendo el soberano querido y respetado de todo su pueblo, no necesitaba del apoyo de las armas para sostenerse en su puesto; ni mucho ménos había estos revoltosos que dándonos tantos sustos, nos tienen con el alma en un hilo, y que se llaman *polkos* y *puros*.¹ Tampoco había cargas ni impuestos excesivos para los vasallos, por lo cual éstos le adoraban, y le traían, como suele decirse, en las palmas de las manos.

Un rey tan justo, no podía ménos que castigar el vicio y premiar el mérito, donde quiera que se hallase. Así es que en la capital de sus dominios con frecuencia se verificaban concursos de artistas, escritores y sabios, entre los cuales se escogían los más sobresalientes, y se les acordaban magníficos premios. Esto era motivo de espléndidas fiestas y de públicos regocijos, á los que

1. No se olvide que hablaba mi tía, en el año de 1847.

asistian los reyes, los príncipes y gran acompañamiento de los empleados del reino.

¡Qué nación tan feliz aquella! Pero ¿creerán ustedes que también sus reyes lo eran por completo? Pues no señor: aunque el rey era tan bonachón, y aunque su consorte no lo era menos, ésta, como todas las mujeres, solía tener sus cavilaciones y caprichillos, que servían para mortificar al marido, y para una que otra enojosa discusión entre ambos; lo cual demuestra lo que ya todos sabemos: que en este mundo no hay ser completamente venturoso, ni los potentados, ni los reyes.

Hacia muchos días que Su Majestad cochinchonesa andaba ensimismada y displicente, sin que nadie supiera la causa. Naturalmente ese humor negro iba en contra de sus súbditos y allegados, porque en todas partes, aun en las naciones más felices, los pequeños sufren las impertinencias de los grandes.

El buen rey padecía también con las desazones de su mujer, y por más que lo inquiría, no acertaba a averiguar en lo que consistía aquello.

—¿Qué tendrá la reina nuestra señora? ¿Qué le pasará á Su Real Majestad?—decían los súbditos.

—Creo—decía alguno—que su salud está muy quebrantada.

—Tal vez—agregaba otro—S. M. nos va á regalar otro infante.....

—¡Quiá! sus años ya no lo permiten.

—Tendrá tal vez algún oculto pesar.

—Dios no lo quiera.

Y todo eran preguntas, y comentarios, y novenas, y votos, y rogaciones para que la soberana recobrase su alegría y bienestar.

Fueron consultados los médicos de cámara, y después de pulsar, palpar y auscultar á la paciente, declararon que su salud no estaba alterada, y que aquel aspecto extraño reconocería más bien por causa alguna melancolía del ánimo.

El rey se afligió en extremo; y una noche en que más que nunca sufría con la inquietud y el insomnio de su consorte, se decidió á poner coto á aquella situación anómala, tomando una actitud enérgica.

—¡Acabemos por fin! Mujer, ¿me quieres decir qué diantres tienes? Estás desmejorada, no comes ni duermes bien, á todos molestas con tus remilgos, y á mí me estás acabando la vida y la paciencia!

Aquí de las lágrimas y soponcios de la pobre reina, que entre suspiros y sollozos contestó á su marido:

—¡Qué injustos y tiranos son los hombres! Después de que la hacen á una víctima de su orgullo y su soberbia, todavía vienen con duro lenguaje é increpan á la pobre mujer su desgracia!

—¡Voto va! Pero vamos á ver, mujercita mia, ¿en qué consiste esa desgracia? ¿No lo tienes todo? ¿qué te falta?

—Me falta que me dejen en paz y no me mortifiquen con inconveniente solicitud. Nada pido; de nada me quejo.....

Y seguían el llanto y los aspavientos.

—Expliquémonos y hablemos claro, mujer testaruda, porque de otro modo, no llegaremos á entendernos, y yo quiero hacer cesar esta situación que á todos nos desazona. Vamos, pichoncita mía—añadió suplicante el buen rey, que ya no sabía cómo salir del paso—dime qué deseas; ¿no sabes que siempre soy complaciente, y que me desvelo por darte gusto?

—Yo te lo diría, si no temiera sufrir tus burlas y un desaire.

—Nada temas; desde ahora te concedo cualquier cosa, con tal de que vivamos contentos y en paz.

—Pues has de saber que úna, no por ser mujer deja de sentir y pensar.

—Y bien.....

—Mucho tiempo hace que he notado (sin que esto sea meterme en tu gobierno) que en el reino hay bastantes irregularidades.

—¡Qué dices, mujer!

—Pues sí: tantas fiestecitas, tanta alharaca y repique de campanas, y tantos premios y despilfarros, son como aquello de Juan Palomo: *yo me lo guiso, yo me lo como.*

—No te entiendo: y si no te explicas mejor.....

—Pues sí: tantas consideraciones, y tantos honores y preeminencias, son aquí sólo para ustedes los hombres, y á nosotras las mujeres se nos deja desatendidas, abandonadas, abatidas y deturpadas.

—¡Válgame Dios! ¿á dónde irás á parar? ¿Qué inno-

vación es la que quieres hacer en mi modo de gobernar?

—Pues sí: esa protección concedida á artistas, que más bien son vagos; esos honores acordados á los que llamas escritores porque emborronan papel; esos premios dados á los que nombras sabios porque están embobados contemplando las estrellas, ó midiendo los montes, ó recogiendo yerbas en los campos, ó haciendo menjurjes en los laboratorios; todo eso, debía ser acordado también á nosotras las mujeres, que méritos bastantes tenemos para alcanzar distinciones y coronas gloriosas.

—Conque, en resumidas cuentas, lo que quieres es que las de tu sexo sean llamadas á concursos científicos y literarios. Y dime, reina desacordada, ¿qué cosa especial se premiaría en la mujer? Como no fuera por guisos y costuras, ó por manejar ruecas y ovillos, no sé por qué se les había de premiar.

—¡Y qué poca penetración tienes, rey retrógrado! ¿Pues no es digna de premio la buena esposa, la buena madre que sabe educar á sus hijos, dando así al país excelentes ciudadanos? ¿No es digna también de admiración y alabanza la que es hermosa, puesto que con su belleza puede avasallar á los hombres, por más encumbrados y poderosos que sean, cosa que no puedes tú hacer con todos tus ejércitos?

Siguió todavía algún tiempo la discusión entre los dos esposos; mas como en las lides de la palabra siempre acaba por triunfar la mujer, el buen rey tuvo que

acceder á todo lo que su consorte quiso. En consecuencia, se acordó que se abriría un concurso en que sería premiada, con premio singular, la mujer más hermosa, y se enviaron heraldos á todos los lugares del reino, para que anunciaran el extraño y ruidoso certámen.

Por todo el reino de Cochinchon, y aun por los países vecinos, circuló rápidamente la noticia del extraordinario certámen. Éste fué anunciado con trompetas y atabales hasta en las más escondidas aldeas, causando desusada conmoción en el sexo femenino. Se vió á muchas jóvenes que tenían fama de belleza hacer sus preparativos para acudir á la corte; y aun algunas mujeres maduras, con la natural presuncion de las casquivanas, ocurrían á lavatorios, cosméticos y postizos, proponiéndose también disputar el anhelado premio.

Imposible sería pintar el tráfago, la batahola, las idas y venidas, la acumulacion de galas, las esperanzas concebidas, los insomnios febriles de las que iban á formar parte del concurso. Indudablemente aquel proyectado certámen fué una mecha prendida á la vanidad femenina.

—He soñado—decía Flor á Estrella—que me habia yo presentado á la fiesta de la corte, donde, triunfando mi hermosura, me habian llevado á un trono esplendente, y ponian en mi frente valiosa corona.

—Y yo he soñado—decía Estrella á su hermana—

que un príncipe apuesto y poderoso, juzgándome la más bella, me tomaba de la mano, me conducía á su palacio resplandeciente, y me hacía su esposa.

—Y qué ¿no se realizarán nuestros sueños?

—Todo está en que queramos: digámosle á padre que nos lleve á esa fiesta de la corte.

En estas locas conversaciones pasaban el tiempo las dos hermanas, miéntras la pobre María, silenciosa y humilde, se ocupaba en los quehaceres de la casa.

—Juan—decía Marta á su marido—¡cuán cierto es que quien tiene el mayor tesoro no lo conoce, así como el avaro no sabe aprovechar su riqueza! Tú eres ese avaro. Mira el tesoro que Dios te ha dado..... mira qué hijas tan hermosas! Ese don de Nuestro Señor podían hoy utilizarlo presentándose á esa fiesta que llaman *cierto-amen*, donde pueden alcanzar premios, distinciones, y quién sabe si un brillante porvenir.

—¡Tú estás loca, mujer! Aunque á la reina nuestra señora se le ha metido en la cabeza hacer esa fiesta, la tal fiestecita no es muy de mi devocion..... Estas son cosas de los reyes, que no tienen en qué entretenerse; y ¡quién sabe! tal vez lo hagan con el objeto de ver cuántas vanidosillas hay en su reino, y darles el premio merecido, es decir, desecharlas de sus dominios.

—¡Qué hombre tan suspicaz y desconfiado! ¿Quién te dice que esas sean las intenciones de nuestros soberanos? Pero ya sé: es que tú, sea tuerto ó derecho,

siempre te opones á lo que una dice, y nunca quieres dar gusto á tus pobres hijas.

—Pero ¿no ves, mujer, adónde iríamos á parar si cumpliéramos todos sus descabellados caprichos? Además, bonita facha haríamos ellas y nosotros, presentándonos de trapillo en la corte!

—Otros irán más pobres; y aunque así no fuera, á ellas les basta su hermosura para lucir en cualquier parte. Conque así, no me digas que no, hombre injusto, porque en esto no he de ceder.

Y siguió la disputa conyugal; pero por fin, sucedió lo que en la discusión de los reyes, que la tenacidad de la mujer triunfó. Juan, ó por convencido, ó por libertarse del chubasco de palabras y reproches de su consorte, acabó por consentir en lo que la madre y las hijas querían.

En consecuencia, empezáronse los preparativos para el viaje, que debía hacerlo toda la familia, puesto que las niñas no podían ir solas.

Éstas se ocuparon desde luego en reunir blondas y encajes, afeites y perfumes, y en recomponer sus trajes de gala.

El carricoche se hallaba en lamentable estado: deslucido y descascarado, tenía un aspecto ingrato á la vista, y con una sopanda más corta que otra, parecía como derrengado, y daba saltos tremendos al caminar. Se le dió una mano de barniz de brocha, se arregló como se pudo, su lanza rota y sus desniveladas sopandas, se le adornó con gasas, flores y oropeles, y á la

única mula que tiraba de él, ya casi ciega por la edad, se le agregó una compañera que, aunque cojeaba un poco, era igual á aquella en alzada, en color, y creo que hasta en mañas. Con esto, y con emperifollar á las dos ancianas bestias con penachos y gualdrapas, quedó hecho lo principal de los preparativos.

María lo veía todo en silencio y sin cuidarse de aquel tráfago, entregada á sus faenas caseras. Sólo cuando llegó la víspera del viaje hizo su maletilla, que contenía sus menesteres de hilado y costura, porque María no gustaba de pasar el tiempo ociosa; algun libro de lectura instructiva; un pequeño botiquín, porque pensaba que con aquel endemoniado carricoche era muy fácil que sus padres sufrieran más de una confusión en el camino; agregó sus ahorrillos no muy abundantes, y algun bastimento para las necesidades ó antojillos de los autores de sus días, revelando así la prudencia y prevision que eran dotes de su carácter.

En una mañanita fresca y hermosa se puso en camino el carricoche, tirado por las enjaezadas mulas y conducido por un cochero á quien se había vestido con una usada librea de mil colores.

En todos los lugares por donde pasaban llamaba la atención aquel extraño tren, y los vecinos salían á sus puertas y ventanas á contemplarlo.

—Mira—decían riendo las comadres—ahí debe de ir el Gran Chino.

—No; que más bien parece comparsa de Carnaval.

—Son provincianas que van á la corte.

—Vamos—decía Marta muy hueca y satisfecha—al *cierto-amen* de hermosura, al que han sido llamadas mis hijas por Su Majestad la reina.

Al llegar el segundo día á una venta cercana á un pueblecillo donde debían pasar los viajeros la noche, y mientras el cochero componía los atalajes que se habían desarreglado, unos cuantos curiosos rodearon el carricoche, embobados ante su extraño aspecto.

Allí, á un lado del camino y sentada sobre un tronco de árbol, estaba una mujer pálida y triste. Sus vestidos desgarrados, aunque limpios, indicaban su extrema pobreza; su cara demacrada, el círculo oscuro que rodeaba sus ojos, su mirada mortecina, daban á conocer que estaba enferma ó tenía hambre.

Al ver que el carricoche se detuvo, se puso en pié y avanzó lentamente y como indecisa, hasta llegar junto á él. Allí, al ver el franco semblante de Juan y la belleza de sus hijas, pareció animarse, y extendiendo hácia Flora las enflaquecidas manos, le dijo con gemidor acento:

—¡Bella niña! mi hijo recién nacido se muere de frío, y también de hambre, porque no tengo leche con que alimentarle..... Sólo por ese ser querido me he resuelto á implorar la caridad pública; que á ser yo sola, á nadie importunaria, y moriría resignada, haciéndose la voluntad del Señor mi Dios.

—Buena mujer—contestóle Flora desdeñosamente—no nos es posible ni podemos detenernos en remediar necesidades; vamos muy de prisa.

—¡Bella niña!—insistió la infeliz madre dirigiéndose á Estrella—una caridad para mi hijo inocente!

—No podemos, buena mujer: será otro día.

Juan y Marta no habían oído el triste diálogo, porque á tiempo que la mujer se acercaba al carricoche, se apearon de éste, y hablaban con el ventero, informándose de cuál era el camino más corto para llegar á la capital del reino.

La desgraciada pordiosera no tenía ya á quien implorar. Es cierto que desde un principio vió á María, pero la tuvo por criada de las jóvenes al notar su traje humilde y su actitud modesta; y si las amas no habían podido ó querido socorrerla, ¿cómo lo había de poder la sirvienta? Retirábase, pues, llorosa y desconsolada.

Pero María lo había oído todo; y desde un principio su carita de querubín se había contraído por conmoción sublime, y sus dos luceros, más bien que ojos humanos, se habían cuajado de lágrimas de compasión y de ternura: ¡así deben llorar los ángeles por las miserias de los hombres! Desde un principio también, María buscaba algo con afán en el fondo del coche, y una vez encontrado su hatillo, dijo á la pobre mujer con voz dulce y cariñosa:

—Esperad, hermana.

Y queriendo tal vez dar á sus crueles hermanas una lección, más bien que por hacer alarde de sus bellos sentimientos, continuó:

—Los desgraciados tienen derecho á ser consolados,

y los necesitados á ser socorridos por sus semejantes. Tomad esto para vos y para ese niño inocente.

Y entregó á la pobre casi todos los ahorros que guardaba. Luego, desdoblado un grande y finísimo lienzo hecho por sus manos, y acudiendo á sus menesteres de costura, allí mismo se puso á cortar y coser, siendo cosa admirable la presteza con que se movian sus graciosas manecitas, y el brevísimo tiempo que empleó en su obra.

Pronto estuvieron hechos varios pañales y otra sencilla ropa de abrigo, todo lo cual entregó María á la desgraciada madre, quien lo recibió vertiendo lágrimas de reconocimiento, besando aquellas manecitas caritativas, y exclamando al despedirse:

—¡Bendita seas, niña bondadosa! Ya que tienes la belleza del alma y la del cuerpo, el Señor quiera conservarte la primera y aumentarte la segunda por largos años!

Habiendo vuelto Juan y Marta á montar en el carri-coche, éste continuó su camino, al paso no muy igual de las averiadas mulas.

Anda y anda el carri-coche, por acá dando tumbos, por allá casi desvencijándose, y siempre removiendo y golpeando su humano contenido, llegó á un lugarejo poco distante de la capital. Notábase allí ruido y movimiento desusados, y acumulacion de viajeros que acudían á la ruidosa fiesta.

Juan y su familia instaláronse en una mala posada, ocupando un cuarto bajo, cuya ventana daba al cami-

no; y miéntras los esposos descansaban y María se entretenía en algunos quehaceres, Flor y Estrella pusieron á la ventana, llevadas por su mujeril deseo de exhibirse y recibir las galanterías de los transeuntes.

Paso á paso, y apoyándose en un bordon, caminaba un anciano de semblante venerable, notándose en éste, no la tranquila majestad que imprimen los años, sino profunda ansiedad.

—¡Hermosas niñas!—exclamó al llegar cerca de Flor y Estrella—una sola hija me queda, á quien no puedo valer porque estoy pobre, achacoso é inútil: la pobrecilla está enferma, y yo ando en busca de medicamentos y de almas caritativas que me la curen. ¿No querriais hacer esa obra buena de cualquier modo?

—No podemos, buen hombre—dijo Flor—estamos de paso y apenas nos basta el tiempo para atender á lo nuestro.

—Sea por Dios—murmuró tristemente el anciano; y continuó su camino.

No habia alejádose mucho, cuando le alcanzó María.

—Señor—le preguntó—¿está muy léjos de aquí esa niña enferma?

—No; en aquella casita cercana.

—Vamos pues; quizá podré servir de algo á la pobrecita.

—Vamos, generosa niña, y que Dios te recompense. Y marcharon juntos, sirviendo María de apoyo al anciano.

Una vez cerca de la enferma, María, que habia lle-

vado á prevención su botiquin, administró á aquella alguna tisana y fricciones estimulantes, si no bajo el dictámen de la ciencia, sí con ese maravilloso tino que da la caridad á quien desea hacer el bien, y con la paciencia y dulzura de las almas buenas. Dió al anciano lo que le quedaba de sus ahorrillos, y además algun alimento; aseó y compuso la casa, preparó lo necesario para nueva curacion, no cesando de prodigar á sus favorecidos palabras de esperanza y de consuelo, y se retiró prometiendo volver al dia siguiente, ántes de continuar su camino.

El anciano no cesaba de bendecirla, llamándola el ángel salvador de su hija.

En efecto, merced á los solícitos cuidados de María y á la permission del cielo, que nunca deja sin fruto una buena accion, la enferma pronto se restableció, y así la encontró María cuando muy de mañana fué á visitarla, llevando nuevos auxilios para ambos desgraciados.

—¡Las bendiciones del cielo—dijo con tierna efusion el anciano á María al despedirse—te sigan por donde vayas, y él te colme siempre de gracias y de dones!

Continuaron los viajeros su camino, y al mediodia empezaron á divisar las altas torres y los elevados palacios de la capital. El calor era sofocante, no habiendo ni la menor sombra de arboleda en la vasta llanura que el carricoche atravesaba lentamente. No se veia caserío alguno en aquella gran extension, ni otros viajeros que los consabidos: sólo allá á lo léjos distinguíase un pequeño bullo moverse de vez en cuando. Pron-

to alcanzóle el carruaje, y entónces vióse que era una viejecita, que poco á poco y con trabajo adelantaba, dando muestras de extrema fatiga y deteniéndose con frecuencia para tomar aliento.

Al verla en tan lastimoso estado, María, movida á compasion, é inspirada por su bondadoso carácter, hizo detener el carricoche, á pesar de las protestas de sus hermanas, á quienes ya se les hacia tarde llegar á la ciudad festiva, donde esperaban ser admiradas y obtener mil triunfos y ovaciones.

Con su habitual dulzura preguntó María á la viejecita:

—¿Por qué caminais sola y bajo este sol ardiente que tanto os fatiga?

—¡Preciosa niña! necesito llegar cuanto ántes á la corte, porque tal vez, si me retardo algunos momentos, perderé para siempre al hijo de mis entrañas.

—¿Conque teneis un hijo?

—Sí, buena niña, tengo un hijo, lozano, hermoso y apuesto como era su padre; y estas cualidades, que debian servir para mi alegría en mis últimos dias, son acaso las que han causado mi desgracia.....

—¿No ves que está loca, y no sabe ni lo que dice?—objetó Flor impaciente.—No parece sino que viajamos con el fin de dar abrigo á todos los vagabundos y desfacen todos los entuertos que hallemos en nuestro camino.

—¿En qué consiste vuestra desgracia, señora?—continuó preguntando María, sin hacer caso de las impacencias de su orgullosa hermana.

—Ya sabeis que el rey refacciona de vez en cuando su ejército, para lo cual hay un sorteo entre los jóvenes más sanos y vigorosos: á mi hijo ha tocado en esta vez servir como soldado; y si tal sucede y me lo quitan, ¿qué va ser de mí, pobre y abandonada? Así es que he emprendido este viaje á la corte para ir á echarme á los piés del soberano é implorar su gracia, pidiéndole me devuelva ese hijo, que es el único apoyo de mi vejez cansada.

—Mas ya casi no podeis andar, y tal vez os coja la noche en el camino.

—Bien lo veo; pero cumplo como madre, y si desfallezco ántes de llegar, hágase la voluntad de Dios.

—Padre, bien podemos dar á esa anciana un asiento en nuestro coche.

—¡Ni pensarlo!—exclamó Flor sulfurada.—¿No ves que apenas cabemos? Además, bonitas nos pondria con su suciedad y su olor á cochambre!

—¡Padre—insistió suplicante María—no debemos dejarla abandonada y expuesta á mil riesgos en este lugar desierto. Si tal cosa hacemos, quién sabe si caiga agobiada de cansancio, para no levantarse más, y tendríamos remordimiento por no haber auxiliado á esa infeliz anciana, que no por pobre y miserable deja de ser nuestra hermana.

A pesar de la oposicion de Flor y Estrella, la anciana fué admitida en el coche, haciéndole María un lugar entre ella y su padre.

—¡Bien hayas tú, niña bella!—exclamó la pobre mu-

jer reconocida—tú no temes mancharte ni infectarte con mis sucios harapos; ni esto es posible, porque á los ángeles de caridad nunca se les ensucian las blancas alas, por más que anden entre el lodo y la escoria de los miserables á quienes socorren; y tú, preciosa niña, que eres uno de esos ángeles, siempre has de llevar en tu alma el perfume de los cielos!

IV

Al caer la tarde detuviéronse nuestros viajeros á la entrada de la ciudad, en la única posada en que hallaron alojamiento, porque era tal la afluencia de concurrentes á la corte, que ya no quedaba vacío meson ni paradero alguno.

A instancias de María, habian admitido en su compañía á la pobre anciana recogida en el camino, la cual esperaba la oportunidad de las fiestas para poder presentarse al soberano.

De ahí á tres dias iba á verificarse el famoso certámen, y ya desde entónces se notaban extraordinarios preparativos. Llegó por fin el deseado y memorable dia, y la capital cochinchonesa presentaba un golpe de vista magnífico. Mástiles con incontables flámulas en las calles; farolillos para la iluminación; festones de verde follaje; colgaduras y tapices en balcones y ventanas; jardines improvisados en las azoteas; erguidos arcos de triunfo en las enrucijadas; alfombra blanda y

perfumada de flores deshojadas, y otra multitud de vistosos adornos, difíciles de contar.

Como complemento de todas aquellas galas, alzábase en la gran plaza y sobre extensa plataforma, espléndido palco, donde acompañada de los reyes y de toda su corte, sería presentada al pueblo y coronada la que obtuviese el premio por su hermosura.

Clarines, pífanos y tambores, repiques de campanas y salva de trabucos, anunciaron que iba á empezar pronto la ceremonia, recibiendo los reyes en su palacio á todas las femeninas bellezas que aspirasen al premio.

Segun el dictámen de la reina, debía recibir el premio la mujer de mayor hermosura física; pero el rey, de acuerdo con el parecer de los ancianos de su Consejo, dispuso reservadamente que los honores y distinciones se acordarian, no á la que solamente tuviese hermosura, sino á la que reuniese á ella la gracia, la instruccion y la bondad.

Quizás el buen rey, picado todavía por el singular capricho de su mujer, quiso poner los mayores obstáculos con objeto de que aquella bulla mujeril, como él la llamaba, no diese resultado alguno, puesto que tenia la conviccion de que en ninguna mujer se hallarian tantas dotes reunidas.

Flor y Estrella habian pasado toda la noche en vela disponiendo sus galas y tocado; y apenas se anunció el principio de la fiesta, quisieron ponerse en camino hácia el palacio real. Pero el histórico carricoche ha-

bia necesitado varias composturas y nuevos adornos. Se le limpió el lodo del camino, se retocaron y adicionaron sus galas, ya muy deslucidas, se recompuso una rueda rota, se dió un buen pienso y una buena brozada á las viejas mulas, y en todo esto se pasó el tiempo.

Entretanto, las puertas de palacio se habian abierto, dejando entrada franca al pueblo, que invadia los patios, escalinatas y corredores. Otra multitud que no habia podido penetrar, se arremolinaba en los alrededores del palacio, viendo á las tropas vestidas de gala y á las damas y caballeros que á cada momento entraban, no sin duras penas, al real edificio, siendo necesario que les abriesen calle los alabarderos.

Toda aquella brillante comitiva era colocada por los ugieres en el inmenso salon donde estaba el trono. En el ancho zócalo que rodeaba á éste, estaban ya los jueces nombrados para aquel acto, que eran cinco ancianos del real Consejo y cinco matronas venerables: nobles, gentiles hombres, prelados, togados, guerreros; todas las primeras dignidades del reino, estaban allí tambien, y repartidos en la parte baja del salon, de un lado los asistentes de ménos jerarquía, y de otro las competidoras en el certámen.

Sólo á los reyes se esperaba para comenzar el acto; y cuando los ugieres los anunciaron, juntamente con el príncipe heredero y el acompañamiento real, hubo aclamaciones, vítores y música saludando á los soberanos.

Un heraldo anunció, en nombre del rey, que quedaba abierto el certámen.

Segun el ceremonial aprobado de antemano, las pretendientes debian ir presentándose una por una; subirian las gradas de la plataforma del trono, pasarian ante los reyes primero, y despues ante los jueces, quienes podian detenerlas todo el tiempo que quisiesen, y una vez así exhibidas y examinadas, pasarian á un salon contiguo por una puerta de escape.

Imposible seria pintar exactamente aquel conjunto abigarrado, aquel hacinamiento de blondas, alhajas, flores y sedas, postizos y coloretos; aquel desfile grotesco que sólo era pasable en las cortes de los reyes, donde son admisibles los sainetes. Allí era de ver la jóven presumidilla que torciendo los labios y poniendo los ojos en blanco, pretendía pasar por belleza espiritual y graciosa; ó la ya algo madurita, que queriendo dar muestras de naturalidad y despejo, sólo las daba de descoco; ó la jamona bien conservada que, confiando en sus redondas y carnudas formas, hacia mil coquetuerías de pésimo gusto; ó la cortesana que olvidando el pudor por atender á la vanidad, llevaba galas que, más bien que vestido, eran disfraz de desnudez.

Se fueron presentando una á una ante los jueces; y si es cierto que muchas, por su injustificada presuncion, produjeron en los espectadores sensacion desagradable, y hasta cierta disimulada hilaridad, hubo algunas que causaron admiracion por su belleza.

Los jueces examinaban á las presentadas y tomaban

nota de sus nombres. Las matronas tambien las examinaban, y les hacian una que otra pregunta para conocer su instruccion en artes mujeriles.

Parecia ya concluida aquella primera parte del acto, porque ninguna nueva competidora se acercaba, cuando un ugier anunció que dos jóvenes iban á presentarse.

En efecto, á pocos momentos penetraron en el salon Flor y Estrella, que se habian retardado por esperar la compostura del averiado carricoche.

Iban anhelantes, turbadas, y encendidas de emocion, pero al dar los primeros pasos en aquel recinto, se vistieron del aplomo que da la seguridad del triunfo.

Sus trajes y adornos no fueron muy del gusto general; pero su natural belleza resplandecia de tal modo, que todos los circunstantes olvidaron aquellos defectos, y un murmullo de admiracion se extendió hasta donde estaban los reyes.

Al ver la maravillosa hermosura de las dos hermanas, se acordó que se presentaran juntas á los jueces, para de este modo ver detenidamente cuál superaba á la otra en belleza.

Desde que penetraron en el salon se percibió en todos los ámbitos de él una exquisita fragancia, cual si aquellas dos Vénus hubiesen impregnado sus cuerpos con todos los perfumes de la Arabia; pero aquel era un perfume nuevo, no conocido, indefinible, y que parecia penetrar, no en el olfato, sino en el alma del que lo aspiraba.

Orgullosas por la impresion que causaban, Flor y Estrella, aunque destituidas de modales cortesanos, se adelantaron majestuosamente; y como si aumentase su soberbia á cada paso que daban, al pasar frente al trono de los reyes apénas hicieron una leve inclinacion de cabeza, y al llegar junto á los jueces se exageró su actitud arrogante y altiva. Los jueces las contemplaron absortos ante su hermosura, pero severos al ver aquella altanería, que en todos los presentes causó desagrado.

Las matronas, indignadas por aquella falta de cortesía y de modestia, se propusieron ser rigurosas en su exámen. Así es que, hechas ya cargo de la hermosura física de las jóvenes, para juzgar de sus dotes de instruccion, que era otro de los objetos de aquel certámen, empezaron un rígido interrogatorio, no en voz baja y en reserva como lo habian hecho anteriormente, sino en alta voz, para obligar á las preguntadas á responder de igual modo.

—Vamos á ver, hermosas jovencitas, si teneis tanta discrecion como belleza. Decidme, ¿qué se necesita para el gobierno de una casa?

—Eso se queda—dijo Flor muy hinchada—á la mayordomía y servidumbre.

—Digo lo que mi hermana—agregó Estrella.

—Y..... vamos á ver: ¿qué es lo más esencial para condimentar un puchero?

—¡Señora, yo no he sido cocinera!

—Ni yo tampoco—dijo Estrella.

—Y decidme, ¿cómo es mejor poner el copo en la rueca para el hilado?

—Señora, ese es trabajo para manos plebeyas.

—Las mias tampoco lo son—dijo Estrella mostrando sus blancos y rosados dedos.

—Y ¿qué es lo que, para educar á sus hijos, debe saber una buena madre?

—Señora, yo todavía no lo he sido.

—Ni yo tampoco—agregó Estrella como estribillo.

Murmullo picaresco y de desaprobacion se escuchó entónces en la sala, á la vez que el bufon del rey, no pudiendo contener la risa que le retozaba en el cuerpo, hizo una expresiva pirueta sonando estrepitosamente sus cascabeles.

Por no hacer más ridículo aquel acto, no se siguió el interrogatorio, y las jóvenes se retiraron.

Faltaba cumplir el tercer objeto del certámen, que era averiguar quién de las competidoras poseia mayor bondad y virtud, para lo cual un heraldo anunció que podian presentarse personas que testificasen aquellas dotes de las inscritas. Pocos testigos se presentaron, alegando sólo hechos triviales en favor de sus abonadas, y que de ningun modo probaban bondad reconocida ni virtud sublime.

Iba ya á darse por terminado el certámen, y á pronunciar su fallo los jueces.

El príncipe heredero, que era un jóven apuesto y vivaracho, habia fijádose desde un principio en la hermosura de Flor y de Estrella, y más que todo, en aquel

exquisito perfume difundido desde que se presentaron las dos hermanas. Atrevido y voluntarioso como todos los magnates, atropellando las leyes del ceremonial, y á pesar de que su ayo quiso impedirselo, se habia acercado con disimulo á las jóvenes para aspirar mejor aquel aroma, y preguntarles de qué estaba compuesto; mas ¡cosa rara! al estar junto á las dos bellas, notó que éstas oían á cosa muy diferente, á uno de esos perfumillos ordinarios y comunes; y ¡cosa más rara aún! notó también, como todos los presentes, que mucho despues de haberse retirado ambas hermanas, todavía subsistian en todo el salon aquellas fragantes emanaciones.

Encaprichado el príncipe en averiguar de dónde procedían, porque se le habia metido en la cabeza que habia de obtener y usar aquel perfume desconocido, encargó á su ayo fuese á inquirirlo del modo que pudiese, y le llevara noticia del resultado de sus pesquisas.

El pobre ayo fué á cumplir su enojosa comision, y se puso á oler una por una de las personas presentes, cuidando de hacerlo con el mayor disimulo posible.

Entretanto, los jueces conferenciaban entre sí y se ponían de acuerdo con el rey para emitir su voto.

Al cabo de algun tiempo el ayo volvió al lado del príncipe, y ambos estuvieron hablando en voz baja, notándose que en aquella plática sus semblantes daban muestras de animacion y entusiasmo.

Ya los jueces iban á pronunciar su fallo, cuando el príncipe, acercándose al rey y pidiéndole vénia para hablar, dijo:

—Señor, pido á V. M. se digne permitir que se admita al certámen otra competidora.

—Concedido; mas ¿dónde está ella?

—Se halla aquí presente, pero quizá su extremada timidez le impide acercarse sola: pido, pues, otra gracia, y es que sea acompañada por alguna damas.

Accediendo el rey á esta indicacion del príncipe, se nombró á dos damas para el objeto, las cuales, sirviéndoles el ayo de guía, se dirigieron á un ángulo del salon cercano á la puerta donde estaba más apiñada la concurrencia.

Vióse que la persona en cuya busca iban, se resistia, asombrada y ruborizada, y sólo cedió á las repetidas instancias de las damas y á la órden expresa del príncipe que le fué trasmitida.

Al atravesar el salon aquel grupo, toda la majestad de los reyes y todo el respeto á ellos tributado no fueron bastantes á contener una general exclamacion de asombro y de entusiasmo.

Habia, en efecto, motivo para ello: la que se presentaba, no parecia un sér humano, sino el ángel de los delirios amorosos y de los castos ensueños; no un cuerpo del barro inmundo de la tierra, sino de naturaleza superior y casi divina: tales eran su espléndida belleza, su prestigio soberano y su inexplicable atractivo.

Era María, que viéndose precisada á acompañar á sus padres y hermanas, habia quedado confundida entre la multitud, y que obligada por extraño incidente,

para ella inexplicable, iba á comparecer ante los reyes y ante la corte entera.

Un blanco y sencillo vestido cubria sus formas virginales, y sus largos y negros cabellos, trenzados sin artificio y recogidos por lazo color de cielo, descendian airosos dando más esbeltez á aquel cuerpo precioso. Ni un adorno, ni un solo afeitado prestado disfrazaban su soberana belleza; pero aquella sencillez natural, aquel aspecto singular y casi vaporoso, la hacian aparecer como vision celeste.

Si tan acabada hermosura no hubiese cautivado ya á todos los presentes, que absortos la contemplaban, hubieran bastado para ello la gracia peregrina y la angelical modestia con que María se presentó ante el trono saludando á los reyes.

—Acércate, hermosa niña—dijole el rey bondadosamente, complacido al ver tantas perfecciones—acércate, que me parece que tú vas á ser la única reina en esta fiesta.

—Señor—contestó con humildad María—sólo por vuestro mandato me he atrevido á presentarme ante mis reyes, y no aspiro á mayor dicha.

—¡Cómo! ¿no venias á tomar parte en este certámen, del que serás la mejor gala?

—Venia, señor, únicamente acompañando á mis hermanas.

—Y ¿no quisieras obtener el premio que se ha de conceder á la mujer más hermosa?

—La hermosura de mi cuerpo, si acaso la tengo, es

deleznable como las rosas de un dia, y no merece que de ella se ocupen V. M. ni su real corte.

—Y aun cuando no solicites ese premio, ¿no tendrias especial satisfaccion al obtenerlo?

—Seria merced inmerecida, porque la hermosura es un don del Hacedor, y Él es el solo digno de alabanza por sus obras.

—¿Cuál seria, pues, la dicha ó la satisfaccion que tú desearas?

—La que ya tengo, señor, cumpliendo con mis deberes al servir y amar á mis padres.

—Verdaderamente, niña encantadora, tu discrecion iguala á tu hermosura.

—Y nosotros testificamos su virtud sublime—dijeron á la vez dos mujeres y un anciano que se habian acercado á las gradas del trono en actitud de adoracion á aquella vírgen.

—¡Ella alimentó y abrigó á mi hijo, cuando se moria de hambre y de frio!

—¡Ella fué el ángel salvador de mi hija enferma, á quien llevó medicamentos, le dió cumplida asistencia curándola con esas blancas y preciosas manecitas; ella la que á los dos nos alimentó y nos prodigó dulcísimos consuelos! ¡Bendita sea!

—Y ella es la que, cuando ya desfallecia yo de angustia y de cansancio en el desierto camino, me recogió compasiva, me dió un lugar en su carruaje, y caritativa como ninguna, me ha albergado en su casa, y me ha cuidado cariñosa. ¡Bien merece este ángel her-

moso, no sólo un mezquino premio, sino una corona de reina, y las alabanzas y las bendiciones de todas las almas buenas!

—Para ella debe ser la palma del triunfo en este certámen—dijeron unánimes los ancianos jueces.

—A ella toca el premio, porque posee reunidas la gracia, la hermosura y la virtud—agregaron las matronas.

Iniciado por los reyes se dejó entónces oír un aplauso general y atronador, y aclamaciones entusiastas.

—¡Gloria á la más hermosa!—¡Loor á la más bella y virtuosa de las mujeres!—¡Honor y bendición á ella!

Una comitiva de damas condujo á María al lugar que, cerca de los reyes, estaba destinado á la vencedora; cubrióla una lluvia de flores, y los caballeros de la corte fueron uno por uno á rendirle homenaje, miéntras una entusiasta música hacia oír sus deliciosas armonías.

Habíanse cumplido los votos de aquellos á quienes María habia tendido su mano caritativa; porque el cielo le otorgó, desde que empezó aquel acto, la hermosura sobrehumana, la gracia indefinible, y aquel perfume sin igual que la habia denunciado como un sér privilegiado y casi divino.

Entretanto, la reina decia á su esposo con aire triunfante:

—¿Ya lo ves, rey retrógrado y rehacio? ¿ya lo ves cómo sí hay personas de mi sexo que merecen los honores y las distinciones?

—Lo confieso así—dijo el rey de buen humor—aunque esto sea una rareza. Y verdaderamente, si yo tuviese una hija, quisiera que fuese como esa rapazuela.

—Señor—dijo el príncipe aprovechando la coyuntura—eso está en vuestra mano, porque si lo permitís, haré mi esposa á esta jóven.

—Sea como lo quieres—contestó el rey.

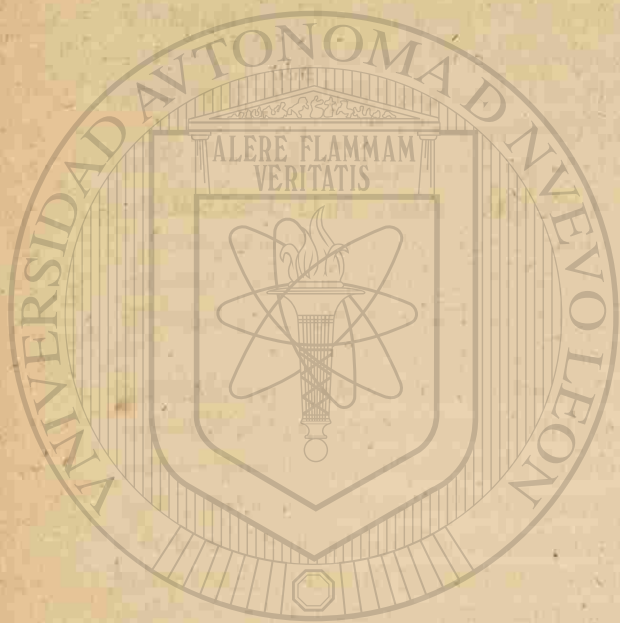
Entónces el príncipe, tomando de la mano á María, la presentó á toda la corte como su futura esposa.

Y entónces hubo nuevas aclamaciones y nueva lluvia de flores, y más música, y de tantos aplausos se venia el palacio abajo.

Las fiestas, y los festejos, y la bulla que siguieron durante algunos dias, no son para contados: sólo diré á ustedes que en los convites, y en los saraos, y en los festines, todos aclamaban á María como reina de la hermosura, y los trovadores no cesaban de cantar al són de sus arpas: “¡Gloria á la más bella, á la más buena, á la más virtuosa de las mujeres!”

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS GANANCIAS DEL TIO PEDRO.

I

Desde que Dios echaba su luz hasta que el sol se ocultaba, veíase al tío Pedro en su reducido cuartucho entregado al trabajo. Dale que dale con la azuela y la garlopa, sudaba la gota gorda; y si es cierto que esta diaria fatiga le producía cansancio, en cambio despertábale el apetito haciéndosele más sabrosos el pan, las patatas y otras sencillas menudencias que le servían de comida, y causábale sueño profundo y tranquilo.

El tío Pedro no tenía familia; era serio y algo gruñón cuando se le distraía de su trabajo; y quizá por esto los vecinos le veían con cierta zumba y le tachaban de avaro, diciendo que no necesitaba echar el alma en el trabajo, puesto que no tenía mujer que le derrochara ni hijos á quienes alimentar.

Los vecinos y vecinas, que en todo se entrometen y todo lo quieren escudriñar, solían decirle al pasar por delante de su puerta:

—¡Hola, tío Pedro! ¿cómo va esa salud?

—Bien—respondía el carpintero concisamente.

—¿Y qué tal de trabajo?

—Regular.

—Ya lo creo; y ha de ser más que regular, porque yo desde el alba estoy oyendo los hachazos que da usted á ese pobre madero.

—Así es.

—Y según el trabajo así han de ser los provechos. ¿Qué tal de ganancias?

—Bien.

—Pero, tío Pedro, usted lleva una vida de perros: no se divierte usted;..... ni un paseito por los toros ó el teatro; ni un refresquito en el café..... Se va usted á matar con esa vida!

—No.

—En fin, usted lo sabe.... Conque, adios, tío Pedro, y que siga usted engordando la hucha.

—Adios.

Y seguía imperturbable su constante tarea.

En efecto, el tío Pedro llevaba una vida sosegada y casi austera. No se le conocía amigo alguno, ni se aparecía por la taberna, ni tenía más días de huelga que los festivos, en que se solazaba con un paseito por el campo, ó con la lectura de una veintena de libros que cuidadosamente guardaba en un escaparate.

Parecía, sí, ser curioso en alto grado, porque cuando, ya al oscurecer, dejaba el trabajo é iba á dar una vuelta por el barrio, se le veía entrar en las vecinda-

des y atisbar el interior de las miserables casuchas de los pobres que por allí abundaban. Como esto lo hacia al disimulo y sin ofensa de nadie, no se le tenía á mal, y se consideraba como una de sus excentricidades.

Alguna vez le pareció á tal ó cual transeunte que el tío Pedro dejaba algo, al pasar, en la mano de un portador; pero este hecho no se podia asegurar, y mucho ménos teniendo el mencionado tío fama de avaro consumado.

Como los vecinos creían ver cierto misterio en la vida y costumbres del tío Pedro, porque aquella existencia monótona y sosegada, aquel retraimiento de amistades, y aquel perpetuo encierro en su vivienda tenían, á su juicio, algo de extraordinario, intentaron descubrir el enigma, que á su parecer consistía en que el carpintero acumulaba cuantiosos ahorros y no quería abandonarlos ni un momento, velándolos día y noche.

Este empeño de los vecinos no era de extrañar, porque ya se sabe que ciertas gentes—y más que *ciertas* pudiera yo decir *muchas*—descuidan sus intereses y su propia casa por inquirir vidas y costumbres ajenas.

Así es que no se pasaba día sin que, con pretexto de simpatía y de aprecio, el tío Pedro sufriera interrogatorios semejantes á este:

—Buenos dias, tío Pedro.

—Buenos los tenga usted.

—¿Y cómo va de trabajo?

—Ya lo ve usted.

—Sí, ya lo veo, y me admira su resistencia: debe us-

ted tener nervios de acero, ó mucha necesidad para afanarse tanto.

—Quizá.

—¿Y cuanto tiempo hace que tiene usted esta vida de fatigas?

—Veinte años.

—¡Friolera! pues es fecha! Con esa laboriosidad, y esas costumbres tan arregladitas que usted observa, ya ha de tener un capitalito, ¿verdad?

—No.

—¡Ah!..... ya se ve; los gastos de la familia..... porque usted ha de tener una familia, ¿no es cierto?

—No.

—¡Vaya, vaya, tío Pedro! usted se hace el desentendido, y tiene otra cualidad, la reserva: bien hecho, porque ¡hay tanta gente que apenas sabe que uno tiene un real, procura por mil medios quitárselo.....

Y por este estilo seguía el imprudente interrogatorio, hasta que el inquiridor, desesperando sacar algo en claro, se despedía del tío Pedro.

Este, hostigado quizá por tanta pregunta, y pensando acaso, que al ser más explícito quedarían satisfechos los preguntones y le dejarían por fin en paz, cambió el género de sus respuestas.

Entonces la conversacion era por este estilo:

—Buenos dias, tío Pedro.

—Buenos los tenga usted.

—¿Y cómo van la salud y el trabajo?

—La salud está bien, y el trabajo no falta.

—Segun eso, ¿habrá muchas ganancias?

—Ne deja de haber algunas.

—Bien lo necesita usted, para tener, despues de tanto trabajo, una vejez descansada.

—Ojalá que así sea.

—Y usted naturalmente pensará poner su capitalito en algun giro, ó á rédito, porque por muy cuantioso que sea, ya sabe usted que pronto se va, si se sienta uno á comérselo.

—Sí; ya lo he colocado bien.

—¿Y dónde lo ha puesto usted? (porque ya sabe usted que hay que buscar la mayor seguridad); ¿en alguna casa de comercio, en algun Banco?.....

—Sí, en el Banco del cielo.

Sencilla ó irónica esta respuesta, al saberla los vecinos decían:

—El tío Pedro se está volviendo loco.

No por eso dejaron de mortificarle; ántes bien, para embromarle ó para divertirse con él, seguían diciéndole:

—Y ayer, ¿cuánto han sido las ganancias?

—Doscientos reales.

—Y hoy ¿cuanto será?

—Quinientos..... ochocientos..... mil reales—contestaba imperturbable.

—¿Y qué hace usted de esas ganancias, ó dónde las guarda?

—En el cielo—respondía muy serio.

Y como en su pobre habitacion no habia cie

ni cosa que se le pareciera, los vecinos concluían diciendo:

—Decididamente el tío Pedro se ha vuelto loco.

II

El Conde de Aguasnieves era uno de los señores de más rumbo y de más alta alcurnia entre los de su clase; categoría que procuraba conservar con su pompa y su ostentación, cosa para él no muy difícil, puesto que contaba con las pingües rentas de extensas propiedades heredadas de sus abuelos. Con esto queda dicho que no necesitaba trabajar ni afanarse mucho para conservar su patrimonio, si no es buscando excelentes administradores que en vez de sisar el 50 á los productos, se contentaban sólo con el 10, por ser hombres de conciencia.

Así es que lujo, abundancia, ocio agradable, suntuosos trenes, espléndidos palacios, eran los propicios elementos en que se deslizaba la existencia del Conde, como el pez en las serenas aguas.

Fama tenía de generoso y caritativo, y esto, unido á otras dotes de carácter, lo hacían en alto grado apreciable y popular entre lo que se ha dado en llamar *las masas* para designar el conjunto de pobres, artesanos y miserables proletarios.

Mas como entre otras propensiones de su carácter la principal de ellas era la ostentación, sus buenas obras no se efectuaban en reserva y entre la sombra, sino en

plena luz y con el mayor ruido posible; es decir, hablando en sentido parabólico, su mano izquierda sabía siempre lo que hacía su derecha.

En cada semana había un día señalado para socorrer á los pobres, los cuales, formados junto al palacio del Conde, y después de esperar un par de horitas bajo el rayo del sol ó recibiendo la escarcha del invierno, por mano de uno de los lacayos eran socorridos con un ochavo cada uno. Otros días de gran prodigalidad, que no eran muy frecuentes, además del ochavo recibían los pobres las sobras de la mesa del Conde; acción generosa y meritoria del magnate, puesto que ese día quitaba la ración á sus quince ó veinte lebreles, y había que hacer un gasto extraordinario para reponerla.

Si algun pobre proletario ó alguna viuda cargada de pequeños hijos ocurrían á la munificencia del Conde de Aguasnieves, era seguro que no salían de su palacio desconsolados. Bien es cierto que perdían horas y días enteros para poder hablarle, porque el señor Conde no recibía memoriales; y si al fin lo lograban, el filántropo, después de escuchar su petición cuando estaba rodeado de amigos ó de su alta servidumbre, les decía bondadosamente:

—Anda confiado; que no he podido escuchar la relación de tus penas sin conmoverme: anda, que pronto recibirás muestras de mi solicitud por tí.

En efecto, á las ocho ó diez horas, cuando el señor Conde no tenía ya de visita amigos á quienes cumplí-

mentar, enviaba á uno de sus lacayos con el socorro prometido.

Como la servidumbre de los ricos señores tiene en todas partes numerosos amigos, no andaba el lacayo veinte pasos sin que se encontrase con uno de ellos, y á cada nuevo encuentro se entablaba éste ó parecido diálogo:

—¡Perico amigo! cuánto gusto tengo de verte!

—Gracias. Yo tambien me alegro de encontrarte— respondia el nombrado Perico irguiéndose, contoneándose y procurando imitar los modales de su amo.

—¿Y qué es de esa tu buena vida?

—Vámosla pasando así..... así.....

—Por la librea que llevas, supongo que todavía estás al servicio del señor Conde de Aguasnieves; ¿no es así?

—Es cierto, aunque ya no debía yo estar en esa casa, porque el Duque de Panduro y el Marqués de Rioloso me han solicitado varias veces para que éntre en su servidumbre.

—¿Y como no lo has admitido?

—Porque el señor Conde no lo ha permitido; ¡como que le soy muy necesario! A ninguno como á mí conocen sus lebreles, y nadie sabe cuidarlos como yo los cuido; así es que, con tal que no me separe de su casa, me ha aumentado el sueldo.

—Pues hombre, me alegro mucho. Y ahora, ¿vas de paseo?

—No; voy á una comision de las muchas que me confia el señor Conde.

—¡Ah! ¿tambien eres su hombre de confianza?

—Qué quieres..... segun se porta uno..... Voy ahora á llevar un auxilio á cierta pobre viuda.....

—¿Conque tu amo sigue siendo tan caritativo?.....

—Como siempre. No puedes figurarte la multitud de pordioseros que le asedian á todas horas: ¡eso sí! ninguno queda desairado, porque á todos se extiende la munificencia del señor Conde. Ya lo ves..... casi diariamente tengo comisiones como la que voy á desempeñar.....

—¡Bien emplea tu señor su dinero!

—¡Ya lo creo!..... Te dejo porque voy de prisa. Adios.

—Adios; y no olvides á los amigos, por si acaso existe por ahí un empleito vacante.

—Pierde cuidado.

Despues de charlar con media docena de amigos y de echar, al paso, un traguito en la taberna, llegaba por fin Perico á su destino, y despues de elogiar largamente la bondad, la filantropía y la generosidad del Exmo. Sr. Conde de Aguasnieves, entregaba el socorro á la viuda.

No sabré decir á ustedes, porque no está averiguado, si el donativo llegaba íntegro, ó si algo ó mucho de él se habia quedado en la taberna; lo cierto es que la pobre viuda recibia tres ó cuatro reales. Bien poca cosa por cierto; pero en fin, era el óbolo respetable de la caridad.

Sucedia alguna vez que, por causa del mal tiempo,

los arrendatarios del conde tenían escasas cosechas, ó éstas se perdían del todo: entónces apelaban á la benevolencia del propietario para que les concediese una próroga del pago de sus anualidades. El señor Conde de Aguasnieves, siempre bondadoso y magnánimo, les concedía que, en vez de pagarle en un solo año, le pagasen en tres ó cuatro, y con la gracia especial de no cobrarles algun rédito.

La fama del filántropo se extendía más y más cada vez, y por esto el pueblo se volvía lenguas ensalzando sus virtudes y su generosidad.

—¡Qué caritativo es el señor Conde, y qué bien emplea sus riquezas!

—¡Qué bueno es para los pobres el señor Conde!

—¡Qué buen ejemplo da á los otros potentados el señor Conde!

—¡Qué generoso y qué magnánimo es el señor Conde de Aguasnieves!

Con frecuencia se sabía que en el barrio en que habitaba el tío Pero había una desgracia remediada, una necesidad socorrida, unos huérfanos amparados, unos hambrientos alimentados por oculta mano; y al momento los sabedores de estos beneficios exclamaban:

—¡Aquí se ve la mano caritativa del mejor de los filántropos y de los nobles!

—¡Esta es obra del generoso señor Conde de Aguasnieves!

Y el tío Pedro, al oír estos elogios, unía los suyos á los de la multitud, diciendo:

—¡Bien hace el señor Conde en prodigar beneficios, porque Dios da ciento por uno!

III

Como todo tiene su término en esta vida, y como, por más que sea muy arreglada y metódica la existencia de un sér mortal, tiene éste que pagar el imprescindible tributo á la madre Naturaleza, llegó un día en que el tío Pedro pagó ese tributo, ó como decían vulgar y gráficamente sus vecinos, *cerró el ojo*.

Su muerte fué tranquila y apacible, como del que había vivido quieta y honradamente, y sin dolores ni convulsiones entró en el sueño eterno de la materia.

Como al tío Pedro no se le conocían familia ni parientes, y como en concepto de los vecinos del barrio, el muerto dejaba una hucha bien provista, acudieron en tropel, dizque para encargarse bondadosamente de los funerales, y como se dice en el moderno lenguaje social, tributar á aquel despojo los últimos honores.

Con tan buena y piadosa intencion, no dejaron rincón que no registrasen, ni baldosa que no removiesen, ni jergón que no desbaratasen, con el ahinco rabioso de encontrar el escondido tesoro. Pero sus esperanzas quedaron fallidas: seis ó siete reales en un cajón sin llave, un par de mudas de ropa, la herramienta del laborioso carpintero, y los contados libros que le servían de recreo, fué todo lo que de precioso encontraron.

Mal gesto pusieron los vecinos; y las alabanzas que ya brotaban de sus labios ensalzando la conducta y las bellísimas dotes del muerto, cesaron, para dar lugar á comentarios no muy caritativos.

—¡Buena la ha hecho el tío Pedro! Tanto afanarse, y tanto trabajar, para no dejar ni con qué enterrarlo!

—¿No decía yo bien? Tenía las ideas de todos los avaros.....

—Y su dinero no le ha servido ni á Dios ni al diablo.

—Sí, le servirá ahora al que ménos lo necesita, á algun vil usurero á quien lo haya dado á guardar con un tanto por ciento de rédito.

—O servirá para aumentar el capital de ese banco de que nos hablaba, y cuyo nombre disfrazaba, inspirado por su tacañería.

—¡Y ahora, capital y réditos, ojos que te vieron ir...!

—¡Buena nos la ha jugado el tío Pedro....! ¡Dejar á nuestras costillas los gastos de sus funerales!

—Yo en este negocio me lavo las manos.

—Y yo también.

—Lo mejor es avisar á la autoridad, para que ella tome esto á su cargo.

—Sí, á ella le toca, y no á nosotros que somos unos pobres.

Así se hizo.

Ni los ricos, ni mucho ménos los pobres, tienen derecho á ser sepultados en cualquiera parte de la madre tierra, sino que sus restos deben depositarse, y sólo por cierto tiempo, en un lugar señalado por la costum-

bre, ó por la ley, ó por el capricho de unos cuantos. Esto es muy bueno, y conveniente para la higiene y el órden; y es mucho mejor, porque así, alquilándose un sitio de reposo temporal, éste, como cualquier otro, es un ramo de rentas públicas, que son en provecho de la *comunidad*.

Esta loable costumbre tiene además otra ventaja: la de hacer resaltar la magnanimidad de las autoridades, porque éstas, en casos semejantes al del tío Pedro, usan de espléndida munificencia, dando gratis sepultura á los cadáveres de los reconocidamente insolventes. Esto, como se comprenderá, merece en todo tiempo los mayores elogios; porque ¿quién ha dicho que todo hijo de vecino sea dueño de los seis palmos de tierra que han de ocupar sus restos? ¿quién ha contado que no debe pagar por esos últimos servicios de sus semejantes? No señor; en toda administracion bien organizada, como lo era aquella del país y del tiempo en que existía el tío Pedro, todo ciudadano está obligado, no sólo á pagar sus contribuciones en vida, sino aun despues de muerto, como un homenaje que rinde la misma tumba á la rectitud y santidad de la ley. Y si quiere dormir en paz en su último asilo, es justo que siga pagando periódicamente, porque si no, la mano inexorable de la ley removerá y arrojará al basurero aquellos huesos rebeldes y tramposos que ya no quieren seguir dando producto á las rentas públicas. ¡Muy bien hecho!

Mas, como decía yo á ustedes, hay respecto de esto algunas excepciones en favor de los miserables: la pa-

ternal solicitud de la autoridad, despues de dos ó tres dias de recibido el aviso, proveyó que se diera sepultura gratis al cadáver del tio Pedro.

Ya para entónces, herramienta, libros y demas trastos habian desaparecido: la piadosa mano de los vecinos habia retirado todos aquellos cachivaches que harian mala vista en la habitacion mortuoria, la cual, en sentir de aquellos, debía quedar con la severa majestad y la limpia desnudez análogas á la muerte.

—Y..... por fin—decia una de las comadres del barrio á cierta amiga—¿enterrarán ó nó al pobre tio Pedro?

—Sí; hoy mismo, segun me han informado.

—¿Y adónde lo llevarán?

—Creo que á la fosa comun.

—¡Pobrecito!

—A mí, como usted lo sabe, no me gusta hablar de nadie, y mucho ménos de los muertos, que ya están juzgados de Dios..... pero la verdad es que bastante hace con sepultarlos gratis ese señor que se llama Municipio. Ya ve usted..... el tio Pedro era un avaro, que ni rastro dejó del dinero que atesoraba, exponiéndose, como ha sucedido, á que lo entierren de caridad y en el último lugar. ¡Bien merecido lo tiene!

—Dice usted bien.

—¿Y no sabe usted la noticia que hoy corre?

—¿Cuál es?

—Que ayer ha muerto el señor Conde de Aguasnieves.

—¡Válgame Dios! ¡qué desgracia!

—Y muy grande. ¡Él, tan guapo, tan bueno y caritativo! Es un verdadero pesar para todos los pobres, á quienes socorria generoso.

—¡Ya lo creo! De nadie era ignorada su filantropía.

—Ese sí sabia hacer buen uso de su dinero.

—¿Y dejará una rica herencia?

—Cuantiosa. ¡Ya verá usted qué suntuoso entierro!

En efecto, aquel mismo dia dos cadáveres eran conducidos al cementerio. El del tio Pedro en un miserable ataúd, y en hombros de cuatro mozos de cordel, sin más acompañamiento ni aparato; el del Exmo. Sr. Conde de Aguasnieves con toda la pompa requerida por los títulos y clase del finado, en un magnífico carro fúnebre, tirado por tres troncos cubiertos con negras gualdrapas y empenachados, seguido de multitud de altos personajes y de una larga fila de carruajes. Fué depositado en el soberbio mausoleo de su familia, en un lugar del panteon que se llama de primera clase, por estar más acá ó más allá del terreno en que se entierra á los pobres; miéntras el del tio Pedro era arrojado, allá en los últimos límites del cementerio, en la fosa comun.

Por una singular casualidad los dos cadáveres llevaron, casi juntos, la misma ruta, formando notable contraste la pobreza y abandono del uno con la pompa y suntuoso aparato que rodeaba al otro. Pero esto no era extraño; espectáculos semejantes se ven todos los dias; y precisamente esos contrastes, en sentir de al-

gunos pensadores, forman la belleza y la armonía del universo.

IV

El cuerpo del tío Pedro quedó en el cementerio; pero su alma, libre ya de aquella cárcel que había tenido en la vida de esta tierra, voló por el espacio.

En los primeros momentos, y con el aturdimiento propio de la brusca transición, hallóse perpleja; pero poco á poco fué, como quien dice, desentumeciéndose, y por fin tomó su resolución.

—¿Adónde iré yo?—había pensado en un principio. —No es muy cómodo andar vagando de aquí para allá sin rumbo fijo, y mucho ménos cuando á mí nunca me ha gustado la vagancia: no puedo tampoco permanecer estacionado en un lugar, no señor; ¡pues no faltaba más sino que cuando esta alma mía está más ligerita por haber dejado aquella pesada envoltura carnal, me hubiera yo vuelto poltron!..... Además, siento en mi interior una fuerza enérgica é invencible que me impele hácia una región ignorada, pero que preveo ha de estar llena de armonías, de bellezas y de resplandores.... y mi espíritu siente un ardor vehemente, y una sed inextinguible..... ardor de amor inmenso, sed de ir á confundirse con la divinidad de que procede, á extasiarse con dulzuras eternas, á abrasarse y confundirse con el seno del señor mi Dios y Creador!..... ¡Vamos, pues, al cielo!

El tío Pedro, animado y enardecido con este mental soliloquio, se puso en marcha; pero á pesar de los bríos que quiso darse, iba poquito á poco, porque su alma humilde sentía, no desconfianza en la bondad del Señor Increado, sino una tan gran veneración, que era semejante al anonadamiento, y uno como santo pavor de presentarse ante tan inmensa Majestad..... sentimientos que tomaban creces porque, en su genial humildad, no se creía merecedor de alcanzar tan imponderable ventura.

Sin embargo, seguía adelantando lentamente.

Anda y anda caminito del cielo, llegó por fin á su puerta, que estaba muy bien cerrada, por temor de que se introdujera algún intruso.

Dos ó tres sujetos estaban allí afuera, esperando oportunidad para entrar; todos humildes y pacientes como el tío Pedro.

—Y ahora ¿qué hago?—dijo éste indeciso.

—Llame usted á la puerta—dijole uno de los que esperaban.

—Pero..... ustedes ¿por qué no han entrado?

—Porque el portero, que parece ser hombre de pocas pulgas, nos ha dado con la puerta en las narices, diciéndonos que esperemos á que se reúnan más inmigrantes, para que entremos todos juntos.

—¡Pues ya tendremos que esperar algún tiempo!—agregó otro—porque según noticias, muy pocos son los que vienen por estos lugares. Pero no está por demás que haga usted la prueba llamando, á ver si con

usted ya está el número completo y se conforma ese portero de mis pecados.

El tío Pedro, tímido y receloso, tocó suavemente la puerta.

Oyóse en el interior una especie de refunfuño, unos pasos lentos y un gran ruido de llaves, entreabriéndose despues la puerta, solamente unos cuantos centímetros; por cuya abertura asomaron una gran nariz, un par de ojos chispeantes é inquiridores, y una reluciente calva.

El que abrió la puerta exclamó al ver al tío Pedro:

—¡Hola, Tocayo! ¿usted por aquí?

—Sí..... ¿conque somos tocayos?—dijo el tío Pedro por decir algo.

—¡Cabalito! Yo soy Pedro, pescador allá en la tierra, y actualmente portero de este lugar, para servir á usted.

—Mil gracias.

—Y ¿qué se le ofrecia á usted?

—Deseo, con permiso de usted, entrar al cielo.

—Sí, Tocayo, con mucho gusto: ya teníamos por acá noticia de su venida, y el Señor le tiene reservado un lugarcito. Nada más que me hará usted favor de esperar un momento, miéntras llegan otros que hoy esperamos.

—Como usted lo disponga.

—Disimule usted, Tocayo, esta tardanza, pero es preciso: es un arreglo que yo he hecho. ¡No puede usted figurarse lo engorroso que es este empleo!.... aun-

que son pocos los que vienen aquí, no deja de haber su faena..... y esto de andar de aquí para allá recibiendo á los entrantes, y tener que ver con tantas llaves y cerrojos, y con una puerta tan pesada, no son cosas que se avienen con mis piernas viejas y cansadas. Así es que en vez de ir introduciendo á uno por uno, espero que se junten seis ú ocho, para recibirlos en peloton. Además, esto es necesario, para colocar de una vez á todos en la categoría que les corresponda. Conque, hasta luego, Tocayo.

Y cerró dando un fuerte portazo.

El tío Pedro esperó pacientemente, y quedóse recapitando en aquello de las categorías.

—¿Conque tambien aquí hay lugares distinguidos y más ó ménos encumbrados?—preguntó á uno de los presentes.

—Y muy que sí.

—Yo creia que en el cielo todos seríamos iguales.

—Sí, y no: iguales, en cuanto al derecho de habitarlo; pero distintos en cuanto á la preeminencia, segun los merecimientos; y en esto consiste la estricta justicia del Todopoderoso.

—¡Ah! entónces á mí me tocará el último lugar; mas no importa, con tal que desde él pueda ver y alabar á su Divina Majestad.

En esta plática estaban cuando, más rápida que una exhalacion, llegó otra alma en busca del cielo; y sin tomar resuello y sin vacilacion alguna dió fuertes y estrepitosos golpes á la puerta.

El portero abrió algo mohino por aquellos modos bruscos.

—¿Qué quería usted?.....

—Entrar al cielo á ocupar el lugar que me corresponde.

—¿Y quién es usted?

—Soy Don Fulgencio Mastranto y Esparragoso, Conde de Aguasnieves, Caballero de la Orden de la Tarántula, Señor de villas y lugares.....

—¡Ya, ya!—exclamó el portero impaciente—conocemos ya todos esos títulos terrenales, pero aquí nada valen. Espérese usted un momento.

Y, á tener el alma narices, le hubiera plantado en ellas un tremendo sopapo; tal fué el portazo que dió con mano airada.

Al cabo de algun tiempo llegaron otras dos ó tres almas, y habiéndose anunciado, el bueno de San Pedro creyó que ya habia número suficiente para dejar entrar á todos *en peloton*, como él decia.

Pero no fué así como entraron, sino uno por uno, aunque de seguida; porque al querer el Conde adelantarse y ser el primero, el celestial portero le gritó:

—¡Alto ahí, señor mio! que á mí me toca ordenar esta caravana, y decir quién ha de ser primero y quién despues.

En éstas y en las otras, como ya estaba abierta de par en par la puerta, por aquel gran hueco se vieron y oyeron salir torrentes de resplandores y armonías, y un panorama tan brillante, tan nuevo y tan exquisito, que

sólo las almas escogidas pudieran descifrarlo, y que no pueden pintar la pluma ni el pincel humanos.

Indudablemente en aquel hermoso paraíso habia una gran fiesta, para celebrar el ingreso de aquellas almas á las mansiones celestiales.

Todo era beatitud, encanto y sublime éxtasis. Hasta el portero dejó su genial taciturnidad, y con santa unción y desusada ternura, dijo al tio Pedro:

—¡Ven, queridísimo; tú eres el que vas á entrar primero en la celestial Jerusalem! Ven, no vaciles: ya están anotadas en el libro del Altísimo las virtudes que practicaste en la tierra. Para Él nada hay oculto, y ya sabe que aquellos huérfanos socorridos ocultamente por tu mano; aquellos desgraciados que alimentaste con el producto de tu trabajo; todas aquellas miserias que remediaste con caridad y amor; aquellas virtudes que el juicio injusto de los hombres atribuía á otro, son tuyas, y tus mejores títulos para ser el primero en la patria celestial. Ven ántes á mis brazos, á que te dé el ósculo de paz, y despues irás á aquel más alto asiento que se te tiene reservado..... ¡Ea! prepárate con todas tus fuerzas para no desfallecer de dicha y de amor cuando el Altísimo te llame "su muy amado!"

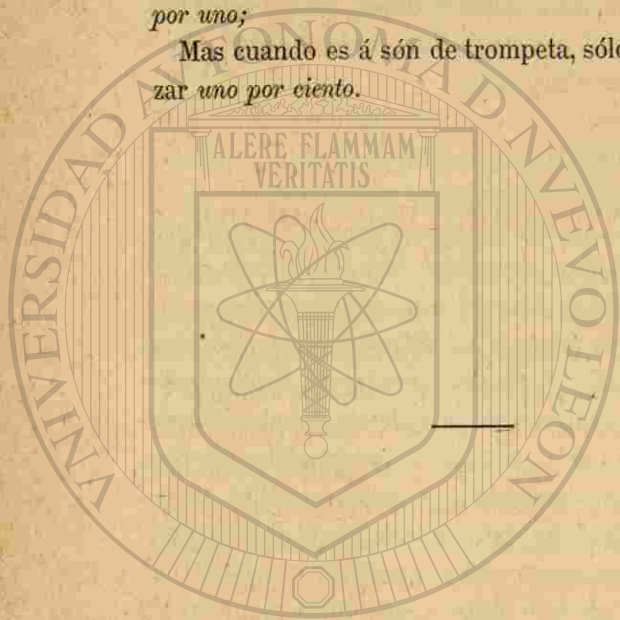
Luego, notando que el Conde murmuraba algo por aquella preferencia, díjole:

—Conde, ó por mejor decir, Fulgencio, no olvides que Jesucristo dijo: *los últimos serán los primeros: los humildes serán ensalzados: los que practican ocultamente la caridad, tendrán el primer lugar en el reino de mi Padre!*

Y yo te digo:

Cuando es así la caridad, el caritativo *recoge ciento por uno;*

Mas cuando es á són de trompeta, sólo puede alcanzar *uno por ciento.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA JUSTICIA DEL REY GORDO.

I

Don Cleofas era un hombre bonachon y honrado á carta cabal. Empleado largos años en una oficina del Gobierno, habia quedado cesante, sin poder lograr, por más gestiones que para ello hizo, la jubilacion que pedía, con goce de medio sueldo. Así es que eran gordos sus apuros para buscar el pan de cada día; y mayores aún que en cualquiera otra circunstancia, porque el bueno de Don Cleofas, no desoyendo la imperiosa voz de la naturaleza, desde sus mocedades habia contraído matrimonio, fruto del cual fué una hija, que á la sazón era ya casadera. Esposa é hija pesaban, pues, sobre el pobre cesante.

Don Cleofas era de natural bondadoso; pero las escaseces diarias, las penalidades propias de su situación, el tener que mantener otras dos bocas además de la suya, y la tremenda injusticia de que se creia víctima, habian agriado su carácter, y de apacible y comedido

Y yo te digo:

Cuando es así la caridad, el caritativo *recoge ciento por uno;*

Mas cuando es á són de trompeta, sólo puede alcanzar *uno por ciento.*



LA JUSTICIA DEL REY GORDO.

I

Don Cleofas era un hombre bonachon y honrado á carta cabal. Empleado largos años en una oficina del Gobierno, habia quedado cesante, sin poder lograr, por más gestiones que para ello hizo, la jubilacion que pedía, con goce de medio sueldo. Así es que eran gordos sus apuros para buscar el pan de cada día; y mayores aún que en cualquiera otra circunstancia, porque el bueno de Don Cleofas, no desoyendo la imperiosa voz de la naturaleza, desde sus mocedades habia contraido matrimonio, fruto del cual fué una hija, que á la sazón era ya casadera. Esposa é hija pesaban, pues, sobre el pobre cesante.

Don Cleofas era de natural bondadoso; pero las escaseces diarias, las penalidades propias de su situación, el tener que mantener otras dos bocas además de la suya, y la tremenda injusticia de que se creia víctima, habian agriado su carácter, y de apacible y comedido

que era, se volvió regañón, irascible y displicente; siendo su más placentera manía desfogarse en filípicas contra la suerte, y asegurando, en su exaltación, que todos los hombres eran malvados y que lo dejaban abandonado, gozándose en su miseria.

Veces había en que, llegando al último extremo su exasperación, justificaba los actos vandálicos (que llegaron á su noticia atravesando los mares) de aquellos que aquí en México se proveyeron con mano rapiñadora de lo que necesitaban, al grito de *¡viva Lobato!*... etc. ¹

Así pues, Don Cleofas se había hecho un decidido comunista.

—¡Ya no es posible, Aldegunda—decía á su esposa en uno de aquellos momentos de exaltación—ya no es posible vivir en este mundo entre tanta injusticia! Los hombres probos y ameritados, los que hemos prestado grandes servicios al país, estamos por los suelos, abandonados y sin protección; mientras que los favoritos del monarca, sin otros títulos que su impudor y su ancha conciencia, disfrutan pingües destinos ó improvisan fortunas escandalosas.

—Tienes razón—contestábale la esposa;—pero ¿qué vamos á hacer contra nuestra mala suerte, y en medio de esta desorganización social en que impera el vicio y se ven abatidas todas las virtudes?

¹ En la rebelión del año 1828, uno de cuyos jefes era D. José M. Lobato, el pueblo saqueó el Parian, robando todo lo que pudo; y de ahí tomó origen el dicho tradicional de *¡viva Lobato, y viva lo que arrebató!* A esto aludía mi tía.

—¡Ya!—exclamaba más irritado Don Cleofas.—Tú, mujer, te conformas fácilmente, porque no tienes, como yo, que andar la seca y la meca para buscar el pan de cada día.

—No es que me conforme; mas ¿qué remedio si las cosas no son de otro modo? Sería necesario para ello, que te metieses á revolucionario, y castigaras injusticias, y reformaras gobierno, sociedad y todo.

—Me veo tentado de hacerlo; ya sabes que no me falta valor cívico; y si tuviera yo elementos, verías qué arregladita le daba al mundo.....

—Sí..... y lo más seguro sería que, metiéndote á redentor, salieras crucificado.

—¡No importa! sería yo mártir por el bien de mis semejantes y de mis pósteros!

—¡Y nosotras quedaríamos lucidas! porque después de muerto tú, no hemos de comer con tu gloria de mártir. Desengáñate; estos males vienen de la empleomanía. Si muchos empleados, y tú entre ellos, tuvieran algún oficio ó profesión, no se verían expuestos á la miseria el día ménos pensado al acabárseles el empleo.

—¡Qué sabes tú de economía política! Pues no faltaba más sino que ahora me echaras en cara mis largos años de laboriosidad en la oficina! Nosotros los empleados somos necesarios en una buena administración. Y si no, dime tú, cabeza destornillada, ¿qué haría un Gobierno sin nosotros?

—¿Y qué haría una sociedad donde, según tus ten-

dencias, todos tuvieran igual patrimonio, es decir, que fueran igualmente ricos?

—Sería la deseada igualdad á que aspiramos los hombres justos.

—Tus teorías serán muy bellas; pero el hecho es que con nuestras discusiones no hemos de conseguir para el puchero de mañana.

—Pues ayunarémos.

—¡Buen consuelo para mí y para tu pobre hija! Mejor fuera que todos buscásemos trabajo; sólo él es el productor seguro del pan de cada día.

—No me exasperes, mujer, con disimulados reproches; que yo bastante he trabajado y trabajo para cumplir con mis obligaciones.

A veces la discusión se agriaba, terminando en disputa; y este era otro mal que agravaba la situación de la infeliz familia del cesante.

A pesar de las mil vueltas y revueltas infructuosas y de los diarios desengaños sufridos por Don Cleofas, no desistía éste de sus pretensiones, y eran frecuentes sus memoriales y sus peticiones de audiencia al primer ministro. Pedia, no ya la jubilación, sino algún destiñillo de última categoría, para libertarse de las garras de la miseria.

Era tal su asiduidad en asistir al real palacio en acecho de la mejor ocasión para lograr su objeto, que ya todos le conocían como pertinaz solicitante.

A veces, cuando en esa excursión diaria encontraba al paso banqueros en lujosos carruajes, damas cuyas

alhajas valían un Potosí, negociantes de gran boato, nobles y potentados con suntuosos trenes, exclamaba exacerbado:

—¡Esto es un insulto á la pobreza! ¡Ahí van esos mimados de la suerte, sin más mérito para disfrutar esos goces, que el ser desalmados agiotistas, ó haber heredado una fortuna adquirida sabe Dios cómo! miéntas nosotros los hombres honrados estamos en la miseria. ¡Así es el mundo! ¿Cuándo dejará de reinar en él la injusticia?

No sabré decir á ustedes si Don Cleofas tenía razón para sus lamentaciones; lo cierto es que sentía una como tristeza del bien ajeno, y el demonio de la envidia no dejaba de roerle el corazón.

II

El monarca que regia los destinos de la patria de Don Cleofas, era generalmente conocido en sus dominios con el apodo de *el rey Gordo*. No era aquel Don Sancho el Gordo de famosa memoria, ni algún otro de sus sucesores, sino de bien distinta rama real; su gordura no había sido heredada, sino quizá consecuencia de la buena vida ó del buen carácter; y tan era así, que entre sus súbditos corría muy firme y válida la opinión de que el volúmen de sus carnes estaba en consonancia con la bondad de su ánimo.

Ésta, como casi todas las opiniones de un pueblo, no dejaba de tener su sólido fundamento; porque, en

efecto, todo aquel que es atrabiliario é iracundo, tiene constantemente en su bilis un demonio voraz que le roe las entrañas, con detrimento de su parte carnosa; mientras que el de genio apacible y cachazudo vive robusto, lozano y vigoroso en su parte material.

Consecuencia de ese bello carácter del rey Gordo, eran su bondad, su paciencia y su justicia, que administraba con la tranquila frialdad de un juez imparcial. Si algunas irregularidades y no pocos vicios habia en su reino, era porque no llegaban á su noticia, pues la cohorte de palaciegos y lisonjeros que le rodeaba, trataba de ocultárselos, y ántes bien, no cesaba su concierto de alabanzas elogiando los adelantos, las mejoras y las prosperidades de que gozaba el reino con su buena administracion.

Pero bien pronto las continuadas quejas de Don Cleofas llegaron á oídos del rey, y mandándole llamar, tuvo con él una larga conferencia, resultado de la cual fué que al pobre cesante se le diera un empleo adecuado á sus años y á su cansancio, con el sueldo de cuatro mil reales.

Cesó la extremada miseria de Don Cleofas, y éste, agradecido á la bondad del monarca, se hacia lenguas ensalzando su justicia.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que cayese su gozo en el pozo; porque al recibir la primera mensualidad de trescientos y tantos reales, se vió que no bastaban para el plato, el vestido y calzado, ni para saciar la interminable voracidad del casero, ni pa

gar las deudas contraidas; y aquí empezaron de nuevo las quejas, las murmuraciones y las maldiciones de Don Cleofas.

—¡Es una tremenda injusticia!— exclamaba.— Mis largos años de servicio se premian con un destinillo cualquiera, que ni para comer me da, como las migajas inútiles que sobran en la mesa se arrojan á un can hambriento; mientras otros, con ménos méritos y ménos trabajo, nadan en la opulencia! ¡En qué país vivimos! ¿Cuándo reinará la verdadera justicia?

Llegaron otra vez estas quejas á conocimiento del monarca, quien mandó llamar á Don Cleofas, y le dijo:

—Sé que no estás contento con tu empleo.

—Así es la verdad, señor.

—¿Y por qué?..... Vamos á ver.....

—Porque estoy echando el alma con tanto trabajo, y lo que gano apenas me basta para la sopa: Aldegun- da se me queja amargamente porque no tiene camisas, y la pobre Altagracia, mi hija, tambien anda escasa de ropa y otras menudencias.

—Lo siento mucho, hombre. ¿Y cuánto tienes de sueldo?

—Señor, unos miserables cuatro mil reales.

—Tienes razon en andar con escaseces. Desde hoy irás á otro empleo, con sueldo de ocho mil.

—¡Gracias, señor! No en vano proclaman todos que V. M. es bueno y justiciero!

Se mejoró, pues, la situacion de Don Cleofas: Alde-

gunda tuvo camisas, y á Altagracia no le faltaron calzado, vestido y otras menudencias.

A pesar de esa mejoría, no se pasó mucho tiempo sin que Don Cleofas volviese á estar descontento de su suerte, y vinieron nuevas exclamaciones.

—¡Yo, con todo y mis méritos, sólo tengo un empleo de ocho mil reales, mientras que otros.....! etc. ¡Es una tremenda injusticia!..... etc.

Pero parecía que el rey y Don Cleofas habían apostado, el uno á tener paciencia, y el otro á ser exigente. Mandóle llamar otra vez el monarca, y le dijo:

—Hombre, ¿cómo va de nuevo empleo?

—Así..... así, señor; se va pasando la vida con trabajos.....

—¿Cómo! ¿no te basta todavía el sueldo que disfrutas?

—No, señor; las exigencias de educación y de posición social requieren ciertos gastos; además, Aldegunda tiene uno que otro caprichillo por comprar alguna tela nueva ó alguna alhaja, y cuando no puedo satisfacerlo, me arma unas gresecas de todos los demonios.

—¡Sea por Dios, hombre!..... Esa es la cruz del matrimonio..... En fin, como veo con interés las desazones de esa pobre Aldegunda, le daremos gusto; desde hoy tienes de sueldo doce mil reales.

—Gracias, señor. ¡Qué bondadoso y magnánimo es V. M!

Pero como á medida que crecían los posibles de Don Cleofas, también iban en aumento sus gastos en mejo-

res trajes, casa más decente y comida opípara, no tardó en hallarse con nuevos apuros, consecuencia de los cuales fueron nuevas lamentaciones.

—¡Está visto que mi suerte ha de ser siempre negra! Lo poco que gano no me basta para mis necesidades... Trabajo como un burro, y sin embargo, no tengo ahorros, ni esperanzas de arribar, ni un porvenir de descanso; mientras que otros..... ¡Qué tremenda injusticia!

Volvióle á llamar el buen rey Gordo y le preguntó:

—¿Cómo va con tu nuevo sueldo?

—Así..... así, señor.

—Sé que todavía no estás contento, y que te quejas de tu suerte.

—Señor, mis mayores gastos..... y los caprichos de Aldegunda..... y las necesidades de Altagracia.....

—Bien, bien, acabemos de una vez; ¿qué es lo que tú desearías?

—No me atrevo á decirlo á V. M., porque quizá lo juzgue impertinencia.

—No tengas temor; que precisamente estoy en este puesto para atender á las peticiones de mis súbditos y administrar justicia.

—Pues señor, yo creo que la mejor equidad en el mundo sería que todos fuésemos iguales en cuanto á fortuna y provechos..... que Juan no fuera más rico que Pedro..... así andaría bien la cosa, y no nos quejariamos los unos de los otros, ni de las desigualdades de la suerte, y no habría envidias ni motivos de murmuraciones.

—¡Hola! ¿conque tú crees que de ese modo la sociedad estaría muy arregladita?

—Sí señor, salvo el mejor parecer de V. M.

—Y si tú formarás parte de una sociedad así, ¿no te quejarías ya?

—No tendría motivo para ello.

—Bien: anda tranquilo, que yo cuidaré de que se logren tus deseos.

III

En los extensos dominios del rey Gordo existía una pequeña ínsula llamada la Encantada, nombre cuyo origen no estaba bien averiguado. Unos creían que así fué bautizada por un su descubridor, y porque, aislada de toda comunicacion, y viéndola sólo de léjos los navegantes sin haber arribado jamas á sus costas, permanecía como tierra inexplorada y misteriosa. Otros aseguraban que su nombre le venia de sus condiciones naturales, y que con clima suave, suelo fértil y vegetacion exuberante, constituía un verdadero paraíso. Sea lo que fuere, aquella ínsula era poco conocida, é inhabitada.

Teniendo el rey el proyecto de colonizarla, habia prodigado sus tesoros con ese objeto, mandando que se construyesen algunas habitaciones, y que se llevasen instrumentos de agricultura y de varias artes para uso de los nuevos colonos. Todo estaba ya listo, y só-

lo se esperaba á éstos para inaugurar la que habia de ser colonia modelo.

Mas con las originales pretensiones de Don Cleofas, el rey cambió de idea. Abundaban en la capital de su reino los descontentos que, como el ex-cesante, maldecían de su suerte, estando envidiosos de los afortunados, y soñaban con la imposible igualdad de riquezas y de posicion social.

A todos los llamó el rey Gordo, y con su bondad acostumbrada, los colmó de riquezas, repartiéndolas por igual, y los confinó á la ínsula Encantada.

Al despedirlos les dijo:

—Id con Dios. En aquella ínsula que os cedo seréis independientes, pues abdicó la autoridad y dominio que tengo en esa tierra. Formad á gusto vuestra sociedad, para que seais felices. Ya teneis libertad y riquezas, y sólo os falta un título de nobleza para que seais como los más encumbrados. ¿Qué título deseáis?

—Yo—dijo uno de ellos—me contentaria con el de marqués.

—Bien; pero como todos quereis la absoluta igualdad, para que no haya preeminencias, seréis todos marqueses.

Y despues de mandar que extendieran á cada uno su título, puso á su disposicion una embarcacion que los llevase á su destino.

El buen rey Gordo quiso tal vez con esto darles una leccion, ó quizás hacer un ensayo, para ver cómo aque-

llos soñadores formaban su nueva y extraña sociedad.

La estrambótica colonia de marqueses se dió á la vela. En ella iban Don Cleofas y su familia.

No una, sino dos embarcaciones los condujeron; y llegados á la insula, una de aquellas regresó con todos los tripulantes, quedando la otra, anclada y vacía, á disposicion de los colonos.

Estos se instalaron en sus habitaciones; y con la comodidad del alojamiento, la bella perspectiva de la insula y la novedad de su situacion, estuvieron divertidos y divagados la mayor parte del dia; pero llegó una hora en que vinieron la reflexion y los apuros.

Ni las despensas ni las cocinas estaban habilitadas de comestibles usuales; en aquel desierto no había tiendas de semillas, ni panaderías, ni alguno de los otros comercios que expenden artículos de primera necesidad.

Los señores marqueses, con todo y ser ricos, y tener habitacion y tierra propias, se encontraron sin saber qué hacer. El primer dia, y cuando el hambre les apuró, salieron en busca de frutos con que saciarla; pero no siempre habian de estar dándose atracones de higos, ciruelas y bananas. Las señoras marquesas, entre las cuales se contaba Aldegunda, se vieron precisadas á ir en busca de agua potable hasta un manantial lejano; á recoger algunos vegetales que condimentaron con sólo agua, y sal de la mar que recogieron en la playa, sirviéndose de leña para tener fuego, cuya humareda les hizo llorar lágrimas gordas.

A pesar de esta angustiosa situacion, ninguno se atrevia á quejarse abiertamente, por no confesarse vencidos ni renocer lo descabellado de sus utopías de igualdad social.

Mas fué tanto lo que Aldegunda mortificó á Don Cleofas con sus quejas y reproches, que éste se decidió á tomar una heroica resolucion.

Se encaminó á casa de uno de sus vecinos, y le dijo:

—Señor marqués, comprenderá usía que nuestra situacion es de todos los demonios.....

—Y bien que lo comprendo.

—Que no podemos permanecer así mucho tiempo, y necesitamos tomar una resolucion de acuerdo con los intereses generales.

—Opino lo mismo que usía.

—Así pues, no veo más que dos medios para salir de esta situacion y organizar bien nuestra naciente sociedad.

—Veamos cuáles son.

—Uno de ellos es que, verbi gracia, usía y algunos otros de nuestros colegas vayan, en la embarcacion que tenemos, á contratar algunos individuos que vengan á establecer aquí sus comercios é industrias. Los que quedemos estaremos dispuestos á pagar bien este servicio.

—No es del todo mala la idea; pero tiene un inconveniente: ¿quién querrá aventurarse á los riesgos del mar, y exponerse á venir á este lugar aislado y de tan pocos habitantes que no consumirían gran cosa de sus mercancías? Veamos, pues, el otro medio.

—El otro es que, verbi gracia, usía y otros de los señores marqueses emprendan por su cuenta ese comercio y algunas industrias que, implantadas aquí, podrian producirles buenas utilidades.

—¡Usía, señor marqués, está loco! En caso de que quisiera yo dedicarme á comerciante, no lo haria en esta ínsula aislada y sin comunicacion con otras plazas comerciales.

—Otra proposición tengo que hacer á usía—dijo tímidamente Don Cleofas.

—¿Y cuál es?

—Es el caso que la pobre Aldegunda ya no se las aviene con tanto trajin y tanta dificultad para condimentar sus guisos. Yo estaria dispuesto á ceder la mitad de mis riquezas á quien le sirviera de criado ó ayudante en sus faenas; y si usía quisiera.....

—No hay duda que usía está rematadamente loco! ¿De qué me servirian entónces dobles riquezas, si habia de descender á la categoría de criado? ¿de qué mi título de nobleza? ¿Y qué seria de la deseada igualdad por la que hemos suspirado, y por la cual nos vemos en estos aprietos?

—Mas ¿qué harémos para salir de ellos?

—Desengañese usía: hemos sido unos soñadores exagerados, y estamos cosechando nuestro merecido. Sin embargo, pienso que hay todavía un medio de salir de este atolladero.

—Sepámoslo para adoptarlo al momento; porque estoy probando que con todo y mis riquezas, y con todo

y su título de marquesa, no tiene la pobre Aldegunda paz ni sosiego.

—El medio es muy sencillo: marchemos en nuestra embarcacion á un país distante, donde disfrutemos sin trabajo de nuestros tesoros.

—Marchemos, pues, y cuanto ántes.

Se comunicó esta decision á los demas colonos, que con gusto la aceptaron, porque todos los señores marqueses estaban ya desesperados.

Hiciéronse, pues, á la vela, despidiéndose para siempre de la fatal ínsula Encantada. Iban haciéndose cuentas alegres, y admirándose de que no se les hubiera ocurrido ántes aquella escapatoria; mas no habian caminado muchas millas cuando se vió la embarcacion rodeada de otras tres ó cuatro de guerra, cuyos grandes cañones presentaban á los prófugos sus bocas amenazantes.

Uno de aquellos buques se acercó de modo que pudiera ponerse al habla, y el que parecia ser el jefe de la escuadrilla preguntó con voz tronante:

—¡Hola! ¿y dónde van los señores marqueses? ¿Es que ya quieren escaparse?

Los señores marqueses, sorprendidos y azorados, no sabian qué contestar; pero despues de conferenciar entre sí, respondieron humildemente:

—No nos escapamos; vamos á hacer una visita, á presentar nuestros homenajes, y á ponernos á disposicion de nuestro buen rey llamado el Gordo.

—¡Qué contento se va á poner S. M!—dijo con mar-

cada ironía el jefe militar.—Yo llevo el mismo rumbo, y me consideraré muy honrado en servir á usías de escolta.

Llegados á la corte, fueron presentados inmediatamente al rey Gordo, quien los recibió bondadosa y gravemente.

—¿Cómo van aquella colonia modelo y vuestra típica sociedad?—les preguntó.

—Señor..... —respondió Don Cleofas tragando saliva— como todo está en sus comienzos, hay sus dificultades, como las tiene toda obra nueva, grandiosa y trascendental.....

—Segun eso, ¿estais muy contentos en vuestra insula, señores reformistas?

—No mucho que digamos..... é intentábamos.....

—Ya..... ya sé lo que intentábais. ¡Ah, mis buenos marqueses! ¿conque os queriais escapar, ingratos, para ir á país extraño, y privar á mi reino de vuestro hermoso ensayo socialista?

—Señor—contestó Don Cleofas dejando ya todo disimulo—hemos sido unos locos, y no queremos más ensayos: reconocemos la bondad y la justicia de V. M. al querernos dar una lección; y yo, dígolo por mí, con tal de no volver á aquella insula de fatal memoria, estoy dispuesto á devolver las riquezas de que me habeis colmado, á renunciar á este inútil título de marques, y á conformarme con volver á mi destino de cuatro mil reales, con tal de vivir aquí como Dios manda, y no como salvaje en un desierto.

—¡Hasta que hablaste una vez con juicio! Ya conocerás que no es posible que haya absoluta igualdad social. ¿De qué os sirvió á vosotros ser todos ricos y marqueses? ¿De qué me serviría á mí ser rey, si todos lo fuésemos en esté país? Los hombres que se elevan sobre los demas por su mérito, su trabajo ó sus virtudes, tienen bien ganado su puesto social: los que lo consiguen por medio de pillerías, por más encumbrados que estén, nunca dejarán de ser pillos. Las diversas condiciones de posicion y de fortuna, son indispensables para el bien general: de otro modo, ¿quién serviría á quién?

—Señor, tiene V. M. mucha razon: desde hoy olvido mis locas ambiciones, y me resigno con la suerte que me ha tocado.

—Haces bien; y ten por seguro que en este mundo no son los más felices los potentados, ni los ricos, ni mucho ménos los envidiosos, sino aquellos que se conforman con su estado y confian en Dios.

La colonia de marqueses se disolvió, perdiendo éstos su título y riquezas. Don Cleofas fué repuesto en su empleo primitivo, y ya no volvió á maldecir de nada ni de nadie.

La insula Encantada tomó desde entónces el nombre de isla de los Marqueses. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL SEÑORITO JULIO.

I

El señorito Julio fué un niño mimado: hijo único de un rico matrimonio, era el objeto predilecto y el blanco de las complacencias de sus padres. Mudó cuatro ó seis colegios, porque á los bondadosos autores de sus dias no agradaba que el maestro le reprendiese; tuvo largas vacaciones por enfermedades verdaderas ó fingidas, y en éstas y en las otras el niño creció, y se quedó hecho un borrico. Carrera profesional, no era posible darle, por no tener los estudios necesarios; algún arte ú oficio, ¿cómo era posible que los aprendiese el caballero delicado y relamido? Por otra parte, sus benévolo padres decian:

—No es posible poner á nuestro Julio entre esa gente soez y mal educada como es la del gremio de artesanos. Además, ¿qué necesidad tiene de entregarse á rudas tareas y ejercer bajos oficios, si posee lo necesario

para vivir, y á nuestra muerte le dejaremos un regular patrimonio? No; que no se afane ni padezca nuestro niño, y que goce de la vida miéntras le vivimos.

Amigos perdularios, paseos, bailes de rompe y rasga, cantina y amoríos no muy limpios, fueron los únicos entretenimientos de Julio en su primera juventud; y naturalmente sus sentimientos y su carácter se formaron en aquella linda escuela.

Presumido y petimetre, parecia un figurin de última moda. Si un pantalon le hacia una ligera arruga, lo desechaba; si su sombrero estaba un poco deslucido, lo arrojaba al basurero; si la camisa que debía ponerse no estaba como un espejo, la destrozaba.

Los padres veian todo esto con paciencia, diciendo que era suma pulcritud, y subvenian á los dispendiosos gastos del señorito Julio.

Pero éste no estaba conforme con su suerte; queria brillar más y más, gozar y triunfar, tener grandes riquezas que derrochar, y contrajo el peor de los vicios.

Paulatinamente fueron desapareciendo sumas considerables del arca paterna, y por mano de Julio, iban á perderse sobre la carpeta verde.

Llegó un dia en que el padre de Julio notó el gran desfalco; llamóle, le reprendió severamente, y concluyó por darle consejos. Pero era ya tarde: una última cantidad más gruesa que las anteriores, desapareció en manos de Julio, huyendo éste de la casa paterna.

Este fué el golpe de gracia para su anciano padre, quien tuvo que realizar los escasos bienes que le que-

daban, para cubrir imperiosos compromisos. No tardó en descansar, porque los pesares le llevaron bien pronto al sepulcro.

Quedó la anciana madre de Julio en la orfandad y el aislamiento, pero resignada, y rogando al cielo por el bien de su hijo.

II

Al principiar una hermosa noche de luna, un transeunte decentemente vestido atravesaba una calle con paso apresurado y sin cuidarse de contemplar las bellezas nocturnas.

Al voltear una esquina encontróse de manos á boca con un jóven apuesto y de lujoso traje.

—¡Hola, Julio! ¿dónde vas tan apresurado?

—¡Ah! ¿eres tú, Fabian?

—El mismo que viste y calza. Pero quieres decirme ¿en dónde te has metido estos últimos dias, que no se te ha visto el bulto por ninguna parte?

—No me faltan ocupaciones.....

—¡Ah! sí, pillastron; ya sé cuáles son tus ocupaciones; del género erótico; y con razon te entretienen dias enteros.

—Dejémonos de bromas, que no estoy para ellas.

—Tú tienes algo grave, Julio; jamas te he visto ese aire patibulario. Cuéntame: ¿te ha sido infiel tu bella bailarina? ¿ó ha muerto tu amada Rosalía? ¿ó estás ame-

nazado de prision por..... deudas? ¿ó no tienes ni un real en la bolsa?

—Algo de eso, y aun todo eso, pudiera ser.

—Vamos, hombre, ¡qué diablo! ya sabes que soy tu verdadero amigo; confiame tus cuitas.

—Pues bien; sí, lo que tú prevés es cierto. Aquella Berta, la bailarina, me dejó por un conde ruso; aquella Amelia á quien yo habia vestido, dándole joyas, habitacion y sustento, de la noche á la mañana huyó, llevándome una suma considerable que habia yo ganado en el juego: la Rosalía siguió tambien las mismas huellas, se ausentó, despues de hacerme firmar una letra de tres mil reales, que tuve que pagar.

—Julio, te entregas con demasiado ardor á las mujeres, y te han de perder.

—¡Qué quieres! son mi mayor pasion. Pero no es la fuga de esas ingratas lo que me apena; que al fin y al cabo sólo eran para mí mero pasatiempo.

—¿Qué es, pues, lo que te contraría?

—Tengo un verdadero amor, una pasion exclusiva que será la última de mi vida. El objeto á quien he dedicado mis afectos, merece la idolatría que le profeso. Si conocieras á Flora, ese conjunto de perfecciones y atractivos, serias de mi misma opinion. Pero el caso es que, como tú lo adivinaste, me encuentro sin un real en el bolsillo, y ya sabes que el dinero es elemento necerario para el culto del amor. Hay que hacer algunos obsequios, y sufragar algunos gastos precisos é imprevistos. Por ejemplo, á Flora se le ha antojado

poseer cierto aderezo de perlas, y es necesario darle gusto.

—Querido Julio, permítame que te dé un consejo, concretado en un par de máximas, que son éstas: “El verdadero amor no necesita de dinero para alimentarse y subsistir.” “La mujer que es exigente en ese sentido, no es digna de que se le tribute culto.”

—Sea como fuere, no disputemós. Estoy ya comprometido y tengo que cumplir lo ofrecido. Voy en busca de un agiotista ó de un amigo de la banca que me saque de este apuro prestándome dos mil reales.

—Escucha, Julio: yo puedo facilitártelos, con una condicion.

—Cualquiera que sea la acepto.

—Que me prometas solemnemente que esta será tu última locura.

—Consiento en ello y lo prometo.

—Vamos, pues, á casa por el dinero.

Recibió Julio los dos mil reales, y olvidándose al punto de sus promesas y propósitos, dirigióse alegre á lá casa de juego.

La fortuna, que parece empeñarse en ser benévola con los picaros, le favoreció tambien esta vez, haciéndole ganar ochenta mil reales.

Flora tuvo su aderezo de perlas, miéntras la madre de Julio permanecía olvidada y quizá sufriendo los amargos trances de la miseria.

El señorito Julio, incorregible y obcecado, seguía entregado á sus vicios y pasiones.

III

¿Creerán ustedes—nos decía mi tía al proseguir esta narración—que el señorito Julio, después de haber cobrado experiencia por los desengaños y los golpes de la suerte, se enmendó y se redujo á mejor vida? Pues no señor: cabeza destornillada y corazón ya depravado por los vicios, siguió en su senda torcida, al fin de la cual debía encontrar un abismo en que se sumieran para siempre sus ficticios placeres, su juventud y su existencia.

Y no es del caso—continuaba mi tía—contar á ustedes todas las peripecias de su vida y diseñar los vicios á que se entregó, porque ustedes, niños, no están en edad de escuchar tan feo relato: sólo diré que, sojuzgado por sus pasiones, é incapaz de regenerarse por medio del trabajo honrado, pasó por toda clase de degradaciones, consecuencia de esas faltas que algunas veces el mundo, demasiado benigno ó despreocupado, llama *calaveradas*.

En la miserable cama de un hospital yacía un enfermo, enflaquecido y agotado por asquerosa dolencia. Entregado á la pública caridad, sólo veía en torno de él rostros y manos mercenarias que con una exactitud reglamentaria le administraban alimento y medicina, pero sin mostrarle tierna solicitud ni mucho menos instarle para que tomase uno ú otra. Así pues, con frecuencia aquellos objetos de una caridad seca y severa, quedaban intactos. Ni un pariente, ni un amigo se acer-

caba á aquel lecho á impartir al enfermo consuelos y esperanzas. Era aquel un terrible abandono!

Otros enfermos que habia en la misma sala recibían de vez en cuando la visita de sus parientes, sirviéndoles esto de alegría, y como de medicina de su alma.

Un día de visita, varias personas recorrían la sala en busca de los dolientes á quienes iban á ver. El enfermo á que nos referimos, viendo con cierta envidia el bien de que gozaban sus compañeros, y sintiendo cada vez más cruelmente su aislamiento, se entregaba á tristes y desconsoladoras reflexiones.

—¡Soy un sér maldito!—pensaba—todo el mundo huye de mí, y no me queda ni un afecto, ni una esperanza en la tierra. Lo más horroroso de mi situación es que no tengo derecho para quejarme: yo mismo rompí todos mis lazos; los de la sociedad, los de la amistad, los de la familia, y merezco la suerte que me ha tocado..... ¡Oh! si yo tuviese un hermano ó una madre que dulcificase mi amarga situación!.....

Exaltado por sus ideas, el enfermo había pronunciado estas últimas palabras en voz alta.

—¡Aquí está tu madre, Julio, tu madre que siempre te ama!—respondió una voz tierna y conmovida. Y una figura grave y enlutada se acercó al lecho y abrazó al enfermo, bañando su rostro con silenciosas lágrimas.

—¡Perdon, madre mia!—fué lo único que pudo decir el desgraciado, porque, presa de su emoción, quedó inerte, acometido por un síncope.

Julio fué recogido por aquella madre que, despues de haber ignorado mucho tiempo el paradero de su hijo, habia sabido que se encontraba enfermo y miserable en el lecho de un hospital, y habia acudido presurosa á su lado. Sin recriminaciones, sin ninguna alusion al borrascoso pasado del jóven, se consagró á asistirle y curarle con esa paciencia y esa abnegacion que sólo poseen las madres. Pero los dias de Julio estaban contados, y á pesar de los desvelos y de la solicitud maternas, murió al poco tiempo, víctima de la terrible enfermedad contraida por el vicio.

IV

Era un cementerio aislado y triste, como lo son esos lugares de último reposo. Silencio profundo reinaba en aquel recinto, turbado sólo por ligeros rumores, como el piar del ave que pasa, ó el susurro del viento entre las hojas de llorones sauces que dan sombra á los sepulcros. Muchos de éstos, casi todos, se veian escuetos, solitarios, sin una flor que sobre ellos llevase alguna mano viviente; sin una lágrima que empañase la tersa y fria superficie de sus losas; sepulcros que publicaban una triste verdad: que aquella era la region del olvido.

De pronto rompióse aquel silencio: numeroso cortejo fúnebre invadió el cementerio, y un nuevo cadáver, encerrado en lujosa caja, fué colocado en la hoya que le esperaba.

Concluida la inhumacion y apenas cayó en la fosa la última paletada de tierra, el cortejo se disolvió más que de prisa, denotando así que los concurrentes habian asistido obligados y como á su pesar, á aquel acto que deseaban concluyese pronto.

Sólo dos hombres quedaron allí, inspeccionando, tal vez por mero entretenimiento, las inscripciones de los sepulcros; quizá únicamente por disfrutar de frescura bajo la sombra de los sauces, en una serena tarde.

Los dos eran jóvenes, y parecian, por sus trajes y maneras, pertenecer á la sociedad que se llama elegante.

—¿Recuerdas, Fabian?—decia uno de ellos;—hace seis meses poco más ó ménos, vinimos á este mismo sitio, á acompañar el cadáver del pobre Julio.

—Sí, lo recuerdo.

—Tuvo un triste fin.....

—Era natural: se entregó demasiado á su pasion por las mujeres, y por ellas perdió dinero, salud y vida.

—Mira: si no estoy equivocado, aquel sepulcro que se alcanza á ver desde aquí, y que está junto á ese monumento de pirámide truncada, es el de Julio.

—El mismo es; recuerdo perfectamente el sitio..... Y allí hay una enlutada.

—Será uno de sus muchos cortejos, que despues de haberle engañado en vida, viene ahora á lavar su ingratitud con sus lágrimas.

—Es muy posible que sea Flora, su última y más querida amante.

—O Rosalía, que jugó al vivo una mala partida, y que ahora ama al muerto. Tengo vivos deseos de saber quién es, y no me iré de este sitio sin averiguarlo.

—Vamos, pues, pero con discrecion y recato.

Ambos jóvenes adelantaron con precaucion por entre los árboles, y cuidando de no hacer ruido. Llegados muy cerca del sepulcro de Julio, vieron que una anciana venerable regaba con sus lágrimas aquella tumba y las flores que sobre ella habia colocado.

Al ver su semblante en que se retrataba una reconcentrada aficcion, y surcado por la huella de antiguos y amargos pesares, los jóvenes se sintieron conmovidos, y se retiraron con respeto.

—¡Nos habiamos engañado!—dijo tristemente Fabian.—Esas amantes compradas con oro, no vienen jamas al sepulcro de los que por ellas se sacrificaron. ¡Sólo las madres no olvidan, y dan siempre á sus hijos su amor y sus lágrimas, aun más allá de la tumba!

—Tienes razon; y Julio fué cruelmente ingrato con la que le dió el ser.

—Sí; el demonio de la lujuria le cegó, con sus garras le arrebató del hogar paterno, y le hizo faltar á todos sus deberes. Ya ves las fatales consecuencias: una existencia temprana sumida en la tumba, y una madre affigida y abandonada; consecuencia todo ello tambien de la mala educacion que recibió el que llamábamos irónicamente *señorito Julio*.

EL CONDE Y EL SACRISTAN.

I

—Señor Conde, está ya el chocolate.

—¿Y quién te lo ha pedido, zopenco?

—Como á esta hora acostumbra tomarlo Su Excelencia.....

—Lo tomo cuando me da la gana; y cuando nó, no estoy al arbitrio de mis criados para que me hagan engullirlo á hora fija..... ¡Con dos mil demonios!.....

—Está bien, señor.....

—¿Y qué haces ahí parado, truhan impertinente?....

—Espero que el señor Conde me dé sus órdenes, y me diga á qué hora quiere que se lo traiga.

—¡Mil rayos! Yo sabré si lo tomo ó no lo tomo.

—Está bien, Excelencia.

—Lárgo, lárgo de aquí, y pronto, ántes que me impacientes! ¡Con doscientos mil demonios!.....

Esta escena pasaba en una reducida aldea no léjos de la corte, ó por mejor decir, en cierto castillejo si-

—O Rosalía, que jugó al vivo una mala partida, y que ahora ama al muerto. Tengo vivos deseos de saber quién es, y no me iré de este sitio sin averiguarlo.

—Vamos, pues, pero con discrecion y recato.

Ambos jóvenes adelantaron con precaucion por entre los árboles, y cuidando de no hacer ruido. Llegados muy cerca del sepulcro de Julio, vieron que una anciana venerable regaba con sus lágrimas aquella tumba y las flores que sobre ella habia colocado.

Al ver su semblante en que se retrataba una reconcentrada aficcion, y surcado por la huella de antiguos y amargos pesares, los jóvenes se sintieron conmovidos, y se retiraron con respeto.

—¡Nos habiamos engañado!—dijo tristemente Fabian.—Esas amantes compradas con oro, no vienen jamas al sepulcro de los que por ellas se sacrificaron. ¡Sólo las madres no olvidan, y dan siempre á sus hijos su amor y sus lágrimas, aun más allá de la tumba!

—Tienes razon; y Julio fué cruelmente ingrato con la que le dió el ser.

—Sí; el demonio de la lujuria le cegó, con sus garras le arrebató del hogar paterno, y le hizo faltar á todos sus deberes. Ya ves las fatales consecuencias: una existencia temprana sumida en la tumba, y una madre affigida y abandonada; consecuencia todo ello tambien de la mala educacion que recibió el que llamábamos irónicamente *señorito Julio*.

EL CONDE Y EL SACRISTAN.

I

—Señor Conde, está ya el chocolate.

—¿Y quién te lo ha pedido, zopenco?

—Como á esta hora acostumbra tomarlo Su Excelencia.....

—Lo tomo cuando me da la gana; y cuando nó, no estoy al arbitrio de mis criados para que me hagan engullirlo á hora fija..... ¡Con dos mil demonios!.....

—Está bien, señor.....

—¿Y qué haces ahí parado, truhan impertinente?....

—Espero que el señor Conde me dé sus órdenes, y me diga á qué hora quiere que se lo traiga.

—¡Mil rayos! Yo sabré si lo tomo ó no lo tomo.

—Está bien, Excelencia.

—Lárgo, lárgo de aquí, y pronto, ántes que me impacientes! ¡Con doscientos mil demonios!.....

Esta escena pasaba en una reducida aldea no léjos de la corte, ó por mejor decir, en cierto castillejo si-

tuado en una colina, como á dos millas de la citada aldea, formando ésta parte de los dominios del Exmo. Sr. Conde de Fierabrás, Caballero de la real Orden de la Tortuga, Comendador de la del Escarabajo, Grande del reino, Señor de villas y lugares, etc., etc.

Era el tal Conde un sér original y defectuoso; como si la Naturaleza, al producirlo, hubiera juntado para ello sus más inútiles y gastados residuos. Su fealdad física, de la cual ciertamente él no tenia la culpa, corría parejas con su fealdad moral, cuyo mayor defecto era un carácter descontentadizo é iracundo que tenia en constante alarma y con el Jesus en la boca á cuantos le rodeaban, y particularmente á los que tenian la desgracia de servirle; por lo cual el Exmo. Sr. Conde mudaba de criados como de camisas.

Era el de Fierabrás, de largas y escuálidas formas; sus nervios estaban en constante vibracion por la impaciencia ó por la ira, lo que hacia que sus manos huesosas, amarillas y velludas, tuviesen siempre interminable convulsion, ya abiertas como las patas de una araña, ya cuando se cerraban á impulsos de sus iracundos accesos. Cuerpo encorvado, rostro enjuto, nariz larga, mejillas amarillentas y acartonadas, cejas juntas y tupidas, cabeza calva y con unos cuantos pelos entrecanos é hirsutos, ojos hundidos, pero que salian de sus órbitas sanguinolentos y airados al estallar la furia bravía de su ánimo indómito y salvaje; tal era la parte física del señor Conde, personificacion acabada del orgullo y de la ira.

En cuanto á su parte moral, ya ustedes la habrán calificado, en vista del diálogo con que empieza esta narracion.

Esta iracunda exacerbacion de sus sentimientos se extendia á todos los actos de su vida doméstica. Así es que repetidas veces habia desgarrado un jubon porque, segun él, no le sentaba bien; ó habia tirado á la cara de su ayuda de cámara una pechera algo ajada, ó arrojado á la cabeza de un lacayo alguna rica porcelana, ó matado de un pistoletazo á alguno de sus lebreles, tan sólo por haber éste gruñido en los momentos de furor de su amo.

Quería que toda su servidumbre anduviese como un reloj. A horas fijas se le habia de vestir y acicalar; á horas fijas se debia entornar ó abrir una vidriera, desplegar ó arrollar un cortinaje, poner el coche para el paseo, servir el almuerzo, echar pienso á sus caballos, poner de tal ó cual manera su poltrona, encender las luces aun cuando fuera aún de día claro, etc., etc. Y lo más raro era que habiendo establecido aquel nimio orden, el mismo Conde se rebelaba á veces contra él y echaba á todos los diablos á los que componian su servidumbre porque no adivinaban su humor y querian, segun decia, subírsele á las barbas é imponer á sus acciones una exactitud cronométrica. ®

Menudeaban, pues, las escenas semejantes á esta:

Un lacayo se presentaba y le decia respetuosamente:

—Excelencia, el coche esta puesto.

—¿Y quién lo ha pedido, bergante?

—Como es la hora en que el señor Conde ha mandado que se ponga todos los dias.....

—¡Con dos mil demonios! ¿he de estar yo sujeto á salir en coche, quiera ó no quiera, don borrico?

—Entónces, retiraré el coche.

—¡O no lo retirarás, bellaco! Aquí se hará únicamente lo que yo mando; ¿entiendes?..... ó si no, ¡con doscientos mil demonios que te haré añicos!

—Pues no lo retiraré, señor; quedará puesto á disposicion de Vuestra Excelencia.

—¡Por Cristo! que ya me apuras la paciencia! ¿Quién te ha dicho que tú estás facultado para decir: se hará esto ó se hará estotro? ni si quedará puesto el coche, ó no quedará? Yo sólo mando y doy órdenes aquí; ¿lo entiendes, don cernícalo?

—Espero, en ese caso, que Vuestra Excelencia me dé sus órdenes diciéndome si espera el coche al señor Conde, ó si lo quito.

—¡Miserable lacayuelo! ¡tú eres el que te has de quitar de mi presencia ántes que te arroje por esa ventana!

Y el iracundo potentado cumpliría la amenaza, si el lacayo no se retirara precipitadamente, maldiciendo de todos los condes habidos y por haber.

Presentábase á veces un ugier y, tomando todas las precauciones de comedimiento y respeto, entregaba al Conde una tarjeta, alargándosela, en una bandeja de plata.

—Y esto ¿qué es, don babieca?

—Como verá Su Excelencia, es la tarjeta del señor Intendente, que pide al señor Conde licencia para hacerle una visita.

—¿Y quién les ha dicho á ese Intendente y á tí, que estoy á sus órdenes á la hora que les parezca venir á importunarme?

—Como el señor Conde no me habia prevenido dijese que no estaba visible.....

—¡Con trescientas legiones de demonios! ¡Idos al infierno los dos!

—Señor, el Intendente dice que viene en virtud de un llamamiento que le hizo Vuestra Excelencia para arreglar cierto negocio.

—¡No estoy para negocios, belitre! ¡Largo de aquí!

—Entónces, le diré.....

—¡Que se vaya con Satanás, como tú te vas á ir al momento, bestia con librea! ¡Tóma por tu necedad!

Y tarjeta y bandeja iban volando, á dar en la cabeza del mísero ugier; y el señor Conde de Fierabrás se quedaba bufando y renegando.

Con estos fieros y estas rabias sufridas por los que rodeaban al Conde, adquirió pronto éste fama de tirano y desalmado, y se concitó la malquerencia de sus subordinados. Aunque esta desfavorable opinion llegó á sus oídos, no por esto sirvióle para refrenar sus ímpetus; ántes bien, haciendo alarde de su poderío y de su buena posicion en la corte, amenazaba á sus súbditos con un tremendo castigo, y con acabar para siempre, segun él decia, con aquella miserable raza de lacayos.

II

En aquella aldea cercana al castillejo del Conde de Fierabrás, había, como en todos los villorrios de cierta población, una pequeña iglesia, con funciones de parroquia, servida, naturalmente, por el cura de almas y por un sacristán. Quince años hacía que éste desempeñaba aquel cargo, que heredó de su padre, tiempo suficiente para que fuera muy conocido, aun en las más ligeras particularidades de su vida, no sólo por los habitantes de la susodicha aldea, sino por todos los de los pueblos circunvecinos.

Fama tenía de cumplido en sus obligaciones, de sencillo y pacífico en sus costumbres, de tener una alma de Dios y un bondadoso carácter, cuya principal cualidad era una paciencia á toda prueba, de lo cual daba frecuentes muestras.

Si faltaba la cera, emprendía larga caminata hasta la ciudad, para proveerse de ella, y regresaba con su provision cargado como un borrico; si escaseaban algunos otros menesteres para el culto, él se encargaba de proporcionarlos, no omitiendo para ello fatiga ni sacrificio alguno; si en las grandes fiestas religiosas se trataba de adornar la iglesia, él solo se entendía con esto, yendo y viniendo, trafagueando y sudando, bajando y subiendo hasta el extremo de los botareles, con riesgo

de romperse mil veces la crisma; si alguna devota rezagada quedaba en el templo, embebecida en sus interminables oraciones, él esperaba pacientemente á que las concluyese, para cerrar la puerta de la iglesia.

Y todo esto lo hacía sin ceño, sir murmurar; sino ántes bien, con apacible actitud, y con rostro tranquilo y risueño, en el cual se reflejaban la paz de su corazón y la santa serenidad de su alma.

Como se ve, el buen hombre, comparado con el señor Conde de Fierabrás, era la antítesis más completa, ó, como decía mi tia en su lenguaje familiar, *el reverso de la medalla*.

Su nombre era Facundo; pero todos los vecinos, al ver su buen carácter, su paciencia y su afabilidad, llamábanle Yucundo, para significar con una sola palabra el júbilo apacible que rebosaba en su semblante, y la hermosa alegría de su ánimo.

—Este buen Yucundo—decían—es una paloma sin hiel.

—¿Y creerá usted que el otro día, al ver la fatiga y dificultad que tenía el hijo del tío Romualdo para componer la carga de harina de su borrico, se puso á ayudarle, y á recoger la harina derramada, hasta no dejar ni una brizna en el suelo?

—Ya lo creo; si es un santo y paciente varón.

—¿Qué me habla usted de su paciencia! El pasado otoño le ví empeñado en contar uno por uno los frutos de que estaba cargado el peral de la parroquia, y no descansar hasta que hubo sacado la cuenta exacta.

Para una sola cosa necesitaba ayudante el buen Yucundo, y era para echar repique á vuelo en las grandes solemnidades religiosas; cosa que no podía hacer él solo con las tres ó cuatro campanas de la torre; una sola cosa tambien, se le hacia cuesta arriba, aunque de ello no se quejaba, y era subir tres ó más veces al día los cincuenta ó sesenta escalones que conducian á lo alto del campanario, para dar los toques necesarios: así es que se ingenió para evitarse tal molestia, llevando los cordeles campaneros por ciertos conductos, de modo que fuesen á parar al cubo inferior de la torre, muy cercana á su habitacion, que era una parte de la del cura. Éste y el sacristan estaban servidos por una anciana llamada Francisca; mujer que trataba al uno con veneracion, y al otro con acendrado cariño.

Sucedió que, como si el diablo se empeñase en dar al traste con la paciencia del buen sacristan, éste encontró frecuentes motivos para perderla, en la cosa única que le desazonaba.

Un dia vió que los queridos cordeles estaban rotos, sin atinar por qué causa.

—¡Habrà cosa más rara!—se decia.—Hace no más seis días que los repuse, buenos y flamantes, y ni yo tiro tan fuerte, ni es posible que en tan corto tiempo se hayan gastado..... Aquí hay por fuerza una causa desconocida.

—Tia Francisca—dijo á la anciana sirviente—¿de dónde habrá procedido esto?

—¡Hay cosa más sencilla!..... las ratas, hijo: como

que es tal su abundancia, que el dia ménos pensado... no digo roer cordeles, en peso son capaces de llevarnos con todo y curato..... y un dia vamos á amanecer muy léjos de aquí arrastrados por esos bichos.

—Seria bueno que usted, tia Francisca, se encargase de ponerles, en el tramo de la torre, uno de esos menjurjes que sirven para desterrarlas.

—Así lo haré mañana mismo.

—Gracias, tia Francisca..... porque eso de subir diariamente tanto escalon, fatiga mucho á mis pobres piernas.

El sacristan repuso sus cordeles, buscándolos nuevos y fuertes.

Pero ¡oh dolor! á pesar de esa novedad y de esa fortaleza, al dia siguiente volvió á encontrarlos rotos.

—Tia Francisca—dijo—me volvió á suceder el percance; y es que quizá usted se olvidó de mi encargo.

—La verdad que sí, hijo..... está una á veces tan ocupada!.....

—Tiene usted razon..... ¡pobrecita!..... ya se hará cuando buenamente se pueda.

—Mañana mismo; no me olvidaré.

El buen Yucundo volvió á recomponer los rotos cordeles, subiendo con esfuerzo, pero risueño y alegre, hasta lo alto de la torre.

Yo diré á ustedes la verdad del caso. No habia tales ratas, ni tal menjurje. Varios caballeros de la corte, que estaban de temporada campestre en aquellas inmediaciones, oyeron elogiar la inimitable y rara pa-

ciencia del sacristan, cosa que admiraron. Hubo disputas sobre la verosimilitud de aquel carácter apacible llevado al más alto grado, y algunos apostaron á que conseguirían hacer impacientar á Yucundo, aun cuando fuese una sola vez. Se informaron de lo más á propósito para conseguir su objeto, y supieron que la molestia de subir á la torre era tal vez lo único que no soportaría con paciencia.

Diéronse sus mañas, y, aunque con trabajo, lograron que Francisca entrase en el complot, conviniendo en que ésta les permitiera penetrar diariamente á la torre, con objeto de hacer en los cordeles el destrozo que tanto molestaba al buen sacristan. Francisca tomó parte en aquella intriga, sólo para probar á aquellos currutacos de la corte, según ella decía, que un pobre y oscuro aldeano era bueno á toda prueba.

Al quinto día volvió á decir Yucundo á Francisca:

—Siguen las ratas haciendo de las suyas, y es porque se ha olvidado usted de mi encargo. Y es natural..... ¡pobrecilla! tiene usted tanta faena con el señor cura y conmigo! Sólo pido á usted me haga favor de prepararme el consabido menjurje, y yo me encargaré de ponerlo todos los días en los lugares convenientes.

—Así lo haré.

Pero pasaron tres y más días, y ni el menjurje aparecía, ni los cordeles dejaban de amanecer destrozados. El buen Yucundo se resignó, y dijo á la anciana criada:

—Veo que á usted, por sus muchas ocupaciones, no

le es fácil hacer mi encargo. ¡Pobre tia Francisca! bastante tiene usted con el diario trajin, cuando ya debía estar descansadita, y servirle yo, en pago de los muchos servicios que usted con buena voluntad me ha prestado desde hace tantos años. No se mortifique usted ya con mis imprudencias..... porque además, según es el destrozo que hacen esos roedores, creo que no bastarán todos los antídotos del mundo para desterrarlos. El remedio sería sustituir los cordeles con cadenillas; pero estando, como está, tan pobre nuestra parroquia, no hay para ese gasto. ¡Qué hemos de hacer! seguiré subiendo mis sesenta escalones, mientras Dios me dé fuerzas en estas cansadas piernas.

Enternecida Francisca con tal paciencia y mansedumbre, abrazó al inimitable Yucundo, y con lágrimas en los ojos, le confesó el complot en que ella había tenido parte, pidiéndole que la perdonase.

Los ociosos currutacos, como ella les llamaba, perdieron la apuesta, y quedó triunfante y más ensalzada la paciencia del buen sacristan.

En la aldea en que vivía nuestro Yucundo vióse cierto día movimiento desusado: las vecinas salían á sus puertas, los perros ladraban, como husmeando algo desconocido para ellos, y los chicos que no estaban en

la escuela acudían en tropel á determinado lugar. Aquel alboroto lo causaba una cabalgata que entraba en el pueblo, compuesta, al parecer, de personas distinguidas; ya que no por su traje, que era asaz modesto, sí por sus maneras y su apostura: eran sin duda viajeros de la corte, que quizás iban á campestre expedición ó á una partida de caza.

Alojáronse en la única mala posada que allí existía, y donde apenas cupieron, con gran incomodidad, ellos y sus cabalgaduras.

Como es natural, tratándose de campesinas y cortas poblaciones, cuya vida es tranquila y sin grandes sucesos, la llegada de aquellos viajeros fué un notable acontecimiento, y objeto de todas las conversaciones: no fué, sin embargo, motivo bastante para hacer olvidar el suceso de aquellos días, relativo á la nueva prueba de bondad y paciencia dada por el sacristán, y de lo cual se hablaba aún con calor. Así es que, á las dos horas de haber llegado los consabidos viajeros, ya sabían éstos toda la historia y la vida ejemplarísima del buen Yucundo.

Así las cosas, el que parecía el principal personaje de la recién llegada comitiva, dijo á uno de sus acompañantes:

—En verdad que nunca habríamos elegido peor lugar que éste para nuestra permanencia.

—En efecto, señor, estais aquí con gran incomodidad.

—Vé, é infórmate si habrá en estas inmediaciones otra mejor posada.

—Ya lo he hecho, señor; mas segun me han informado, no la hay, en muchas leguas á la redonda. Se me ocurre, sin embargo, un medio.

—¿Cuál es?

—Cercano está el castillo del Conde de Fierabrás, y si..... su señoría lo permite, pudiéramos pedirle hospitalidad.

—¡Bonito medio para conservar el incógnito!..... Tengo, además, respecto al tal Conde, mis miras particulares.... Mas ahora que lo reflexiono, pudiera muy bien entrar en ellas el paso que me aconsejas. Anda pues, Gonzalo, en demanda de esa hospitalidad: ya lo sabes..... mucha discrecion y prudencia; y si el Conde nos admite en su casa, tú harás de personaje principal, y yo me encubriré bien.

El llamado Gonzalo partió á desempeñar su comision.

El Conde de Fierabrás estaba encerrado en su habitacion particular, y en uno de sus frecuentes momentos de mal humor.

Un criado se acercó receloso, y despues de vacilar largo tiempo, preguntó respetuosamente desde el lado exterior de la puerta:

—¿Da permiso Su Excelencia?.....

Oyóse una especie de bufido, como de fiera enjaulada, y luego una voz ronca y destemplada gritó:

—¿Qué quieres, imbécil?

—Señor, una persona, al parecer de alto rango, está á la puerta del castillo, y pide hospitalidad, por uno ó dos dias, para él y su comitiva.

—¡Dos mil demonios confundan á tí y á él! ¡No faltaba más, sino que mi casa fuera meson ú hospedería para recibir al primer aventurero que se presentase! ¡Lárgo todos de aquí!

El criado habia escuchado esta descarga temblando; más viendo que la puerta permanecía cerrada, y que mientras estuviese así, él no corría riesgo en cuanto á vías de hecho, cobró algun valor, y volvió á decir:

—Señor, el personaje en cuestion dice que es uno de vuestros vecinos y amigos.... Debe ser la verdad.... Yo no le conozco, porque como hace tan poco tiempo que tengo el gusto de estar al servicio de Vuestra Excelencia.....

—¡Y lo estarás muy poco, necio animal! ¡Qué me importan todos los vecinos y todos los amigos! ¡Que cargue con ellos Satanás! ¡Con doscientos mil.....!!

Y siguió un chubasco de improperios que no son para escritos ni contados.

Creyendo calmar aquella tempestad, el criado agregó:

—No se moleste Vuestra Excelencia: voy á decir á ese caballero que el señor Conde está ausente.

—Dile, miserable, lo que se te antoje! ¡Con mil legiones de.....!! Dile que me he ido al Congo; dile que me ha llevado el demonio! como á tí te va á llevar, ¡miserable lacayo! si no te largas de aquí pronto!

Y como el criado oyese ruido de muebles que eran removidos con estrépito, escapó, corriendo, del peligro.

—Señor caballero—dijo al que esperaba—cometí un

error al decir que el señor Conde estaba presente. Le he buscado por toda la casa, y no parece..... sin duda ha marchado á alguna expedicion. Nosotros tendriamos á mucha honra recibir á Vuestra Señoría; pero en ausencia de nuestro amo no podemos dictar sin su permiso disposiciones para el efecto. Disimúlenos el señor caballero.

—¡Ya, ya!..... Eres un buen criado y pretendes excusar los defectos de tu amo.

—En verdad, señor, que es cierto lo que digo.

—Bien, bien; no hablemos más de ello. Adios.

Regresando Gonzalo á su alojamiento, dijo al que le habia enviado:

—Señor, entiendo que el Conde de Fierabrás se ha negado á darnos hospitalidad: sus criados, para disimular esa falta de atencion, aseguran que está ausente, pero yo creo que no es así.

—Ya me lo esperaba yo, y van saliendo ciertos los informes que me han dado del tal Conde.

Presentóse el posadero, diciendo que un hombre deseaba hablar con los caballeros; é introducido á su presencia, les dijo afable y respetuosamente:

—El señor cura sabe que Vuestras Señorías se hallan algo incómodos en esta posada, y me envia á decirles que pueden contar con aquella pobre casa, y que tendria mucho gusto en servir á los señores caballeros alojándolos en ella.

—Da las gracias de nuestra parte á ese buen cura—contestó el principal personaje—y dile que nos compla-

cerémos en aprovecharnos de su bondad. Anda pues, —agregó, viendo que el enviado no se movía.

—Señor, espero, por si hay algun servicio que hacer á Vuestras Señorías, ó algunas maletas que llevar.

—¡Eres el hombre más amable que he visto! ¿Serás sirviente del santo varon?

—Soy el sacristan de la parroquia.

—¡Oh! ¿conque eres el buen Yucundo? ¡Cuánto me alegro! Tu fama llegó ya á mis oídos. No hay que vacilar; nos vamos contigo á la hospitalaria casa, donde si algo nos falta, no será por cierto la buena voluntad de nuestros hospedadores, y la alegría que nos prometen tu nombre y tus hechos.

Trasladáronse al curato el caballero principal y dos de sus acompañantes, permaneciendo en la posada la demas comitiva.

Quedaron desde luego bien alojados, merced á la cariñosa solicitud del excelente párroco, y éste contento, por poder ejercer una vez más los preceptos evangélicos.

Quienes no ganaron mucho con aquella hospitalidad, fueron la anciana Francisca, por el recargo de faenas culinarias, y el pobre Yucundo, que se vió obligado á ceder su dormitorio á uno de los viajeros.

De santos daríase si esta fuera la única molestia; pero se le esperaban otras.

El pobre Yucundo parecia destinado á que todos le buscasen el lado flaco, ó por mejor decir, el fuerte, ejercitándole la paciencia.

El principal de los viajeros, á quien llamaremos el caballero del Madroño, nombre que él mismo se daba, se propuso sin duda ver hasta dónde llegaban la bondad y la ponderada paciencia del sacristan.

—Buen Yucundo—le dijo,—mis compañeros afirman que en este lugar hay gran escasez de comestibles; y yo les digo que todo se puede conseguir con hombres como tú. Conque, no me hagas quedar mal, y procura rectificar con hechos su errado juicio.

—¿Y qué desean Vuestras Señorías?

—Desearíamos, verbi gracia, atun fresco, algo de volatería, una que otra pasta para postre, y un par de botellas de buen vino del Rhin.

—Dificililla es la cosa; pero procuraré obsequiar los deseos de tan ilustres huéspedes.

Y el paciente Yucundo emprendió camino hasta la próxima ciudad, donde, despues de mil trabajos, encontró lo pedido por los exigentes comensales.

El caballero del Madroño volvió á decir á Yucundo:

—Necesito un correo que vaya con cartas á la corte, y regrese mañana mismo con la respuesta. Quisiera además, que se herrara de nuevo á mi caballo, y si no te es molesto, que estuviera listo y con su montura á media noche; deseo tambien que pongan carga á mis pistoletes, y que al primer canto del gallo, ántes de marchar á una expedicion por estos alrededores, tuviera yo dispuesto algun refrigerio..... ¡Ah! se me olvidaba: parece que mi talabarte se ha roto, y es necesario recoserlo; es preciso tambien limpiar mi espada

y reponer uno que otro broche que falta á mi jubon... No se te olvide, buen amigo, echar un buen pienso á los caballos ántes de que partamos, y buscarme un guía, por si lo necesitamos. Cuida de despertarme á la hora conveniente.

Casi aturdido estaba Yucundo con tanto encargo; pero con semblante apacible y halagüeño, contestó:

—Me esforzaré por que todo se haga segun los deseos de Vuestra Señoría.

El buen sacristan nunca las habia visto tan gordas; mas pareció multiplicarse y tener el don de la ubicuidad. Despachó el correo, caminó media legua para hallar al herrador, otra media en busca del armero, y con su actividad acostumbrada hizo el resto de los encargos.

Poco despues de media noche y apénas habia lanzado el gallo su primer canto, llamó á la puerta del caballero del Madroño, diciéndole:

—Señor caballero, todo está listo y es la hora designada.

—¡En verdad—contestó desde adentro el caballero—que eres la perla de los hombres serviciales! Gracias, amigo..... pero ya he cambiado de idea, y no marchó á esa expedicion. Véte, pues, á descansar, que bien lo necesitas.

Largo seria de contar todo lo que hizo el caballero del Madroño para poner á prueba la inagotable paciencia del sacristan: únicamente relataré á ustedes su última y extraña pretension.

Habia, entre otros árboles que formaban el huerto de la parroquia, un alto y copado chopo. Era ya bien entrado el otoño, por lo cual habia perdido la mayor parte de su follaje, pero aún le quedaban innumerables hojas.

—Amigo Yucundo—dijole el del Madroño—mis compañeros y yo hemos hecho una apuesta: ellos están aferrados en decir que ese chopo tendrá no más seis ó siete mil hojas, y yo afirmo que pasan de diez mil. No sólo una gran suma está empeñada en la apuesta, sino que nuestro amor propio se halla interesado en averiguarlo. Házme, pues, este nuevo servicio, encargándote de la tal cuenta.

—Con mucho gusto lo haré por servir á Vuestra Señoría, y mañana á mediodia estará terminada.

Yucundo se encaramó con algun trabajo en el árbol, desde el alba, y comenzó su cuenta.

Los caballeros le espiaban, admirándose cada vez más de aquel carácter que se amoldaba á todas las exigencias.

Antes de pasar el sol por el zenit, el sacristan habia concluido su tarea, y, todo sudoroso y cansado, fué á dar cuenta de su comision.

—Señor, las hojas son trece mil cuatrocientas cincuenta y dos, enteras, habiendo además quinientas sesenta y una medias hojas, que se ha comido la helada.

—¿Y cómo podremos comprobar esa cuenta?

—No hay más que Vuestra Señoría las examine des-

de abajo: todas las contadas están agujeradas con punzon, y ni una se me ha escapado.

—¡Eres verdaderamente admirable! Tén aún paciencia, y no te pesará haber accedido tan bondadosamente á mis antojos.

—Lo he hecho, señor, no por bondad, sino porque encuentro gusto en complacer á los que me rodean.

Tres días hacia que los caballeros estaban alojados en el curato, cuando una mañana se vió con extrañeza que el Conde de Fierabrás, seguido de algun acompañamiento, penetraba en la aldea y se dirigía á la casa del cura.

Yucundo, que estaba en la puerta, fué encargado de anunciar al caballero del Madroño que el Excelentísimo Señor Conde de Fierabrás pedia permiso para ser admitido á su presencia y presentarle sus respetos.

—¡Hola!—dijo con sorna el del Madroño—¿conque ese Conde volvió ya de su expedicion? ¡Tentado estoy de darle con la puerta en las narices, como él lo hizo contigo, Gonzalo, en su huronera inhospitalaria! Mas no..... tengo curiosidad de ver cómo disculpa su mal proceder. Dile, Yucundo, que pase.

El Conde penetró en el curato, y fué conducido por el sacristan hasta el aposento de los caballeros; y como en aquella casa á nadie se negaba la entrada, muchos individuos del pueblo penetraron tambien, atraídos por la curiosidad que les causaba aquella visita.

El Conde se habia descubierto ántes de entrar al aposento; y al traspasar su puerta, con maneras respetuosas y en actitud humilde, dobló una rodilla en tierra.

Despues, á una indicacion del caballero del Madroño, para que se levantara y hablase, dijo con su voz ronca, que procuró hacer melosa:

—Señor, si ántes hubiera sabido que V. M. honraba con su presencia estos lugares, me hubiera apresurado en venir á rendirle mis homenajes, y á ofrecerle para su servicio mi persona y mi casa. Hasta hoy lo he sabido, y he venido á cumplir con ese grato deber.

—¡El rey! ¡es el rey!—decian todos los presentes en voz baja, miéntras hablaba el Conde; y luego, con un grito espontáneo clamaron:—¡Viva S. M. el rey! ¡Viva nuestro soberano!

Yucundo no fué de los ménos entusiastas: despues de vitorear calurosamente al monarca, decia á los aldeanos presentes:

—¡Conque es S. M. el que se ha dignado honrarnos siendo nuestro huésped! ¡quién lo hubiera creido! Esto merece celebrarse de algun modo. Vé tú, Juanillo, y avísalo al señor cura, que ha de estar en la iglesia... tú, Gaspar, y tú, Antonio, avisad á todo el pueblo para que se prepare una pública manifestacion..... que esta noche haya iluminacion, y que se cite á los tres músicos que tenemos, para que den serenata á S. M..... Celebremos lo mejor que podamos este fausto suceso. Yo voy desde luego con ustedes dos, Lorenzo y Julian, á echar á vuelo las campanas.

Y alegre y entusiasmado, subió de prisa los sesenta escalones de la torre, y de ahí á poco se oyó el sonoro y vocinglero repique.

Entretanto, el rey, con rostro severo y ceñudo, decía al Conde:

—¡Conque tú negaste la hospitalidad al caballero incógnito, y vienes á ofrecerla servilmente al rey! ¡Conque desairaste á mi buen Conde Gonzalo, despidiéndole de tu puerta como á un facineroso de quien se teme el contacto! ¡Bien te portas, Fierabrás! Pero descuida, que pronto tendrás tu merecido.

Viendo que los aldeanos se retiraban con muestras de respeto, el rey les dijo:

—No os vayais, mis leales amigos, que más bien que importunarme, me place vuestra compañía. Y.... ¿dónde está ese buen Yucundo? Hacedle venir; quiero que todos presenciéis un acto de mi justicia.

Llamado el sacristan, quedóse á la puerta, por comedimiento á la real persona.

—Acércate, mi buen amigo—díjole el monarca afablemente;—tú mejor que otro, debes estar cerca de mí; mereces el aprecio de tu rey.—Fierabrás—agregó severamente—sé tu mal carácter y tus fechorías con tus vasallos; sé cuál es tu soberbia iracunda, y que tratas á tus inferiores como bestia feroz.

El Conde, confundido y con la cabeza baja, no dejaba, sin embargo, de lanzar miradas iracundas á los que presenciaban su humillacion.

—Mira á este hombre—añadió el rey señalando á

Yucundo;—no es más que un humilde sacristan; pero es más bueno, más digno y noble que tú. Miétras tú me negabas la hospitalidad, él venia espontánea y amablemente á ofrecérmela, en nombre del caritativo eclesiástico que sabe practicar las máximas evangélicas. Miétras tú eres orgulloso y fiero, concitándote la aversion de los que te rodean, él es manso, humilde y servicial; él, con bondad y paciencia inimitables, me ha prodigado atenciones y servicios, plegándose á todas mis exigencias; y..... ya lo ves; con la misma buena voluntad y la misma diligencia que usaba con el oscuro caballero del Madroño, se ha esforzado en tomar disposiciones para obsequiar al soberano. Mirate en ese espejo, y aprende á ser bueno y verdaderamente noble.—Es tiempo de dar á cada cual lo que merece. Tú, Fierabrás, quedas destituido del cargo que tenias en mi corte, y harás bien, si no te enmiendas, en salir cuanto ántes de mi reino. Tú, querido Yucundo, tienes desde hoy un alto empleo en palacio, cerca de mi persona.

—¡Me confunde tanta bondad de V. M! Mas no queirais, señor, que yo sea ingrato; y lo seria, si abandonase al santo anciano á quien he acompañado tantos años..... estoy seguro que se entristecería con mi ausencia, y ningun pesar quiero causarle.

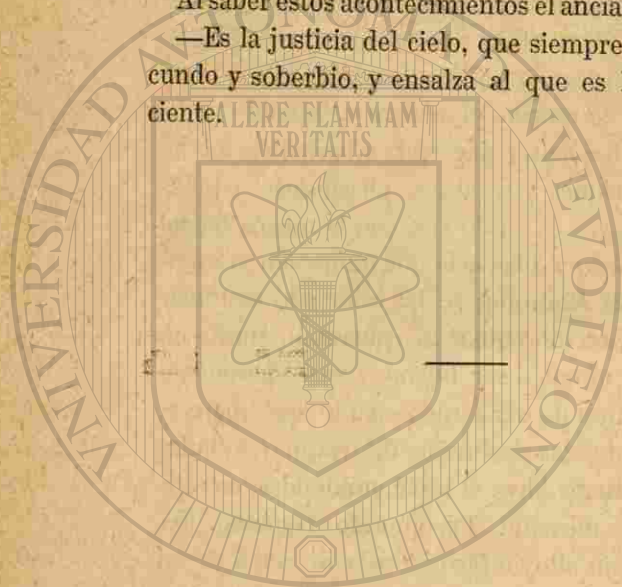
—¡Eres el mejor de los hombres, y cada vez admiro más tu excelente corazón! Sea como lo quierais; pero en ese caso, ésta aldea, que desde hoy deja de formar parte de los dominios de Fierabrás, pasa á ser de tu

propiedad. Así favorezco á sus vecinos, que ganarán con el cambio de dueño.

—¡Gracias, señor, y que Dios bendiga á V. M!

Al saber estos acontecimientos el anciano cura, decia:

—Es la justicia del cielo, que siempre abate al iracundo y soberbio, y ensalza al que es humilde y paciente.



JUANILLO EL FILÓSOFO.

I

—Este Juanillo es el hombre más goloso que he conocido.

—Como que toda su vida la pasa en comilitonas y francachelas.

—Y es lástima, porque el rapaz promete, por su talento y sus prendas; y al paso que va, no aprovechará gran cosa en los estudios.

—Él dice que pertenece á esa secta de los *picuros*, cuyo objeto es sólo comer, beber y gozar.

—Buenos trabajos esperan con el nene á sus pobres padres, que están creídos en que su hijo va á salir hecho un sabio de la Universidad.

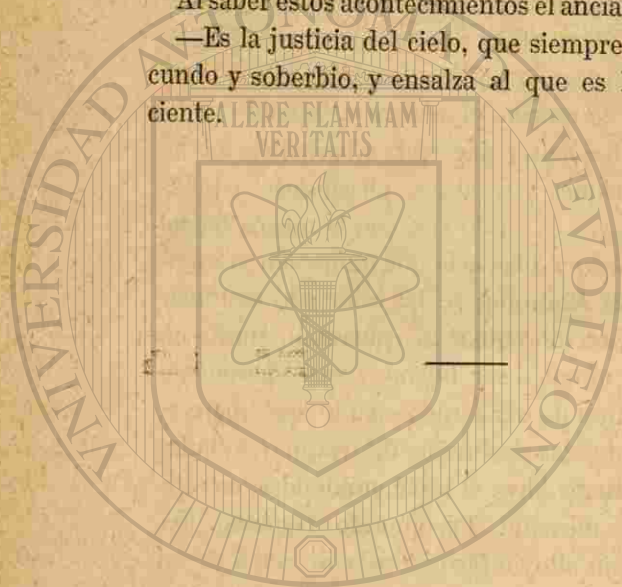
Esta conversacion la tenian dos comadres del barrio en que habitaba y era muy conocido el tal Juanillo, á quien llamaban el filósofo por sus raras ideas, por su despreocupacion, ó quizá porque, en efecto, era estudiante de filosofía.

propiedad. Así favorezco á sus vecinos, que ganarán con el cambio de dueño.

—¡Gracias, señor, y que Dios bendiga á V. M!

Al saber estos acontecimientos el anciano cura, decia:

—Es la justicia del cielo, que siempre abate al iracundo y soberbio, y ensalza al que es humilde y paciente.



JUANILLO EL FILÓSOFO.

I

—Este Juanillo es el hombre más goloso que he conocido.

—Como que toda su vida la pasa en comilitonas y francachelas.

—Y es lástima, porque el rapaz promete, por su talento y sus prendas; y al paso que va, no aprovechará gran cosa en los estudios.

—Él dice que pertenece á esa secta de los *picuros*, cuyo objeto es sólo comer, beber y gozar.

—Buenos trabajos esperan con el nene á sus pobres padres, que están creídos en que su hijo va á salir hecho un sabio de la Universidad.

Esta conversacion la tenian dos comadres del barrio en que habitaba y era muy conocido el tal Juanillo, á quien llamaban el filósofo por sus raras ideas, por su despreocupacion, ó quizá porque, en efecto, era estudiante de filosofía.

Sus padres, honrados campesinos, habíanle enviado á la capital para que hiciera sus estudios; él, por su natural despejo y buenas disposiciones, adelantó pronto en ellos; pero al cabo de algun tiempo, y llena la cabeza de ciertas ideas producidas por su precocidad ó por las doctrinas estudiadas, empezó á ver con la mayor negligencia las labores estudiantiles, y á vivir á sus anchas.

—Me he llegado á convencer—decíase en sus solitarias meditaciones—que este mundo es el de las ficciones, y no reside en él la verdad sino por excepcion; todos son espejismos que se convierten en nada, como la burbuja de jabon donde se pintan los mentidos colores del iris. Lo mismo que en lo material es en lo abstracto: la gloria, los honores, son humo; el amor fiebre pasajera de los sentidos; la ciencia, relativa, por, que aun no sabemos á punto fijo descubrir muchos misterios de la Naturaleza. Sentado esto, ¿de qué sirve calentarse la cabeza y estudiar? Lo real, aunque fugaz, es lo que palpan los sentidos. Así pues, comamos y bebamos.

Y comiendo y bebiendo, volvióse Juanillo el más desenfrenado goloso.

Repetidas veces sucedía que en el aula, en vez de hojear el libro, entreteníase en saborear una lonja de tocino ó un sabroso mazapan; y no faltó ocasion que, estando en clase, y al preguntarle el profesor de historia: “¿dónde fué la más famosa batalla de César?” respondiese: “en Westfalia,” recordando un rico jamon que

iba á comer á mediodia; ó que interpelado para que dijese de dónde procedieron los hunnos, contestase muy formal: “de Extremadura,” por tener la mente fija en un hermoso chorizon que pensaba cenarse.

—Tú, Juanillo—le decían sus compañeros—no has de hacer carrera miétras te entregues en cuerpo y alma á la glotonería.

—¡Bah! ¿y qué me importa la carrera, que, de todos modos, me ha de llevar de patitas á la tumba? Por lo demas, ¿para qué la necesito? Tengo un regular patrimonio, y él me servirá para pasar bien la vida. Gozo yo más con un pavo relleno, que vosotros con vuestras Partidas y Digesto, que no sé cómo no os causa indigestion.

Dudando Juanillo de todo, descubrió, sin embargo, una gran verdad: que el abuso y los excesos acaban por producir un mal positivo. Con la frecuencia y el recargo de golosinas, sus funciones gástricas se perturbaron, cesó la voracidad, todo su sistema languideció, y acabaron sus goces gastronómicos.

Procuró encontrar distraccion y otra clase de placeres en el estudio; pero ya habia perdido su hábito, hallaba largas y cansadas las disertaciones científicas, y concluía por dormirse sobre el libro, soñando siempre con asados, confituras y *budines*, y que se bañaba en un rio de aromático y espumoso vino.

Su triste despertar le hacia ver que todo era mentira, y que sólo prevalecía una deseconsoladora realidad: el malestar y la languidez de su estómago estragado.

—¡Esto no es vivir!—clamaba lamentándose—la sola verdad y el único goce que constituían mi creencia, han desaparecido. Dicen que hay goces del espíritu.... pero los que tal aseguran, son locos ó maniáticos que se conforman con las ilusiones de su imaginación..... Por desgracia la luz de mi pensamiento descubre todo lo que hay de mísero y deleznable en las cosas de este mundo, y no pueden servirme de consuelo esas fantasmagorías que llaman goces espirituales. ¡Qué triste cosa es que todo sea mentira en la tierra!

Juanillo, exaltado por estas ideas, había dicho en voz alta las últimas frases de su monólogo. Esto pasaba en un sitio público, donde el filósofo en ciernes había acudido, por ver si con el aire libre se regeneraba su agotado sistema gástrico.

Un anciano venerable, de blancos cabellos, de rostro apacible que denotaba todavía el vigor y la buena salud, oyendo el final del extraño monólogo, se detuvo y dijo á Juanillo:

—Jóven, estás en un lamentable error: hay muchas verdades consoladoras en la tierra.

—Si es que existen, no he llegado á encontrarlas; y en ese caso, ya verá usted que para mí es como si no existiesen.

—Será porque has extraviado tu senda.

—He seguido la que me ha marcado el destino.

—¡El destino! palabra hueca á la que apelan los descreídos fatalistas ó los culpables. La suerte del hombre, es la que él mismo se labra con su modo de obrar.

—Yo he obrado conforme á mis instintos naturales; y por cierto que no ha estado en mi arbitrio escoger esos instintos: la naturaleza me los ha dado.

—Error sobre error: la naturaleza produce siempre séres formados para el bien; todos cumplen su misión, y sólo el hombre se aparta de ella, extraviado por sus vicios ó sus pasiones.

—Luego esos vicios y pasiones no son innatos en el hombre?

—No lo son; provienen de malos ejemplos, de mala educación, que pervierten el criterio y los sentimientos.

—Tal vez sea cierto; mas en todo caso, es tarde ya para que los míos se reformen.

—No lo es, si pones en ello todo tu empeño.

—Sólo las pruebas tangibles servirían quizá para el objeto, y yo no las encuentro.

—Las pruebas están en las consoladoras verdades que tú niegas. No las busques en el bullicio del mundo, ni en el desórden de los festines, ni en los placeres que sólo halagan los sentidos: búscalas en otras serenas regiones, donde reinen la paz, la quietud del espíritu y las puras afecciones del corazón.

Y diciendo esto, el anciano prosiguió su camino.

—Vamos pues—dijose Juanillo—en busca de las verdades que ese cándido anciano me asegura que existen. Yo no lo creo, y será trabajo perdido..... pero

en fin, siquiera así tendrá un objeto mi vida, y este correr en pos de una ilusión, me servirá para distraer el fastidioso hastío que me va invadiendo.

Y dicho y hecho: el joven formó su hatillo, y con algunas monedas que le quedaban de su mensualidad, y otra cantidad que supo conseguir del corresponsal de su padre, emprendió el primer camino que se le puso delante.

Al fin del día llegó á una venta, y sintiéndose rendido de cansancio, se resolvió á pasar allí la noche.

Sus nuevas ideas y la delicadeza de su estómago sólo le habían permitido hacer un ligerísimo almuerzo, por lo cual se sentía hambriento como en sus buenos tiempos.

Un sólo comensal había en la venta, ocupado en saborear un pedazo de queso, algunas patatas y un vaso de vino.

El aspecto de aquel hombre era como de gente de vida airada; teniendo mucho de socarrón y de truhanesco.

Juanillo ocupó un lugar inmediato, y pidió al ventero lo mejor que en comestibles tuviese.

—Al momento voy á servir á usted—respondióle—tengo un magnífico queso de Rochefort, unas lindísimas patatas, y un vino que no se toma mejor en las cuevas del rey.

—¿Y no tiene usted más que eso?

—¿Y le parece á usted poco?..... Añadirémos todavía algo de manteca fresca.

—Allí en ese aparador veo un pavo asado: sírvame usted un buen trozo.

—¡Imposible! ese pavo pertenece á la comida que estoy preparando para un gran personaje que ha de venir mañana.

Juanillo, pues, tuvo que conformarse, mal de su grado, con lo único que había disponible.

Una sonrisa burlona plegó los labios del desconocido al ver la contrariedad del joven.

—Es usted mal viajero—díjole—y si la caminata es larga, no será ésta la última desazon que encuentre, porque no todo es vida y dulzura en estos ventorrillos.

—Ya lo veo, y de ello me lamento.

—Y sin que sea indiscreción, ¿se puede saber á dónde va usted?

—Voy en busca de la verdad—dijo muy formal Juanillo.

—¡Ja, ja! ¿en busca de la verdad?..... Esa es una pretensión que sólo cabe en cabezas inexpertas y locas.

—Luego usted cree que no existe?

—Existen no sólo una, sino muchas verdades; lo que sucede es que éstas son relativas, como todo lo de este mundo; es decir, la verdad en todas las cosas es, no según nuestros deseos, sino conforme á la naturaleza de aquellas; y de ahí resulta que nos juzguemos engañados por el mundo, cuando realmente nosotros mismos nos engañamos. No hay más sino tender la vista en nuestro derredor, para encontrarnos con multitud de verdades: que imperan el vicio, la hipocresía y las

pasiones, y que la lealtad, la virtud y la caridad han desaparecido, ó son muy raras; que la amistad es falsa, en muchos casos; el amor al prójimo, nulo, y los exagerados progresos de la humanidad ilusorios, son verdades innegables que á cada paso encontraremos..... así como es verdad que este maldito ventero nos ha dado una mala comida, y que nos quedaremos sin probar ese rico y apetitoso pavo, porque no somos altos personajes, ó porque nuestro bolsillo no puede pagarlo á peso de oro. Conque ¿á qué afanarse por correr tras otra verdad fabulosa, cuando á nuestro alrededor tenemos tantas?

—Pero todo eso que cita usted son verdades desconsoladoras. Yo voy en pos de aquella que pueda halagarme, dando paz á mi ánimo y regenerando mis ideas.

—Pues ya pronostico que hará usted muy largo camino ántes de encontrarla.

Juanillo pidió un aposento donde pasar la noche, y destináronle uno contiguo á la pieza en que tuvo lugar la anterior conversacion. Durmióse pronto; mas sin duda el demonio de la gula se propuso tentarlo, y lo despertó á deshoras, haciéndole sentir las punzadas de su voraz apetito.

Inspirado por él, se puso á filosofar á su manera.

—El mundo es un palenque—se decia—en que el más fuerte ó el más astuto sale vencedor ó ganancioso..... En la lucha por la vida, debe uno armarse de energía y vencer los obstáculos..... Yo he pedido con

súplica algo de ese pavo cuyo rico olor tengo aún en las narices, y se me ha negado; pues tomémoslo, ¡qué diablo!..... esto no es un robo, puesto que me propongo pagar lo que coma..... Vamos pues..... pelillos á la mar!

Y diciendo y haciendo, Juanillo levantóse en paños menores, procurando no hacer ruido. Abrió su puerta, y encaminóse á tientas al armario en que estaba el objeto de su nocturno merodeo.

Le parecía la cosa más natural del mundo ir á comer cuando tenía hambre; y sin embargo, á cada paso que daba le latía el corazón como si fuese á perpetrar un crimen. Era la conciencia, ese juez inexorable de los humanos, que siempre avisa cuando se comete una mala accion.

Vacilando muchas veces, y palpando aquí y allá para no extraviar su camino, llegó por fin Juanillo cerca del suspirado armario. Con mano trémula desenganchó su aldaba y entreabrió su puerta. Diéronle entonces con más fuerza en la nariz las perfumadas emanaciones de la golosina, y esto sirvió para infundirle valor y quitarle toda prudencia. Ya que no tenía á mano instrumento cortante, hundió sus uñas en la suave lonja, procurando arrancar un gran trozo del ave asaltada.

No tuvo tiempo de llevar la lonja á sus ya abiertas fauces; una especie de garra poderosa asió las faldas de su camisa que ondeaba libre, y le tiró con fuerza. Juanillo, espantado y aturdido, afianzóse, para no caer, de la fuente en que estaba el pavo, y ésta vino al sue-

lo con pavoroso estruendo. El merodeador lanzó un grito, y haciendo un desesperado esfuerzo para liberarse de aquella cosa que le aprisionaba, huyó á su cuarto, dejando gran parte de su camisa entre las garras de aquel demonio rugiente.

Alborotóse la casa: salió el ventero, casi desnudo, con luz en una mano, y un machete en la otra; siguió-le su mujer, toda temblando, y con no muy decente vestimenta; miéntras el huésped de que he hablado, y que dormía en un gabinete contiguo, exclamaba furioso:

—¡Qué demonio de alharaca es esa, que le quita á uno el sueño! ¡Ventero de mis pecados! mereces que no te pague tu mal alojamiento..... ¡Reniego de todos los de tu calaña!

Entretanto, el apostrofado ventero gritaba azorado:

—¿Qué es lo que aquí pasa?..... ¡Ladrones!..... ¡Socorro!.....

Alumbrando luego el teatro del estrago, lo primero que vieron sus ojos fué el desgraciado guiso regado por el suelo, y la fuente que lo contenía rota en mil pedazos.

—¡Horror! ¡Aquí ha entrado una cuadrilla de bandidos!

Aunque con recelo, y no apartándose de su mujer, dirigió sus pesquisas á otro lado.

Allá en un rincón, una especie de demonio negro y con ojos relucientes, gruñía roncamente, ocupándose en destrozar con sus dientes un giron de lienzo.

—¿Cuánto apostamos—dijo la mujer—á que este condenado Sultan es el que ha hecho tanta avería?

—Ni por pienso. Ya sabes que siempre quedan á su alcance los guisos y la carne fresca, y nunca los toca. Está muy bien educado.

—Pues entónces, por fuerza ha entrado aquí algun extraño.

—Eso lo vamos á ver!—dijo el ventero envalentándose, y procurando darse bríos, aunque no movía un pié, ni se apartaba de su mujer.

—¡No te espongas, maridito mio, porque yo no sobreviviré á una desgracia que te suceda!

Entretanto, el llamado Sultan, que era un hermoso perro de Terranova, al ver á sus amos suspendió su destrozo, y ladrando dirigióse al aposento de Juanillo, cuya puerta embistió y arañó.

—Mira, mujer, cómo el Sultan nos indica quién fué el autor de esta avería..... ¡ese maldito y hambriento monigote, á quien no debia yo haber admitido en mi casa, y á quien voy á moler las costillas á palos!

Y perdiendo el miedo, por saber ya á qué atenerse, abrió á empellones la puerta, y penetró en el aposento.

Sultan lanzóse tras él, gruñendo y ladrando.

Juanillo habia desaparecido. En cuanto vió que el asunto se ponía grave, y al oír las amenazas del ventero, tomó á toda prisa su hatillo y su ropa, que no tuvo tiempo de ponerse; saltó por una ventana que daba á un corral, salvó tambien la cerca de éste, y se lanzó al campo.

Y allá fué, corre que corre, saltando zanjas y breñales, sudando de fatiga, destrozándose los piés, y con los últimos girones de su camisa ondeando al viento como banderola desgarrada.

Largo y cansado seria contar á ustedes todos los percances semejantes que pasaron á Juanillo por su imprudente glotonería. Aunque las funciones de su estómago estaban ya casi muertas, no así el apetito de la idea: le sucedía como á aquellos beodos que, hartos de vino, piden todavía más, aun cuando les cause asco.

A esto contribuía también el desaliento que sentía por no haber hallado aún algunas de las verdades consoladoras en pos de las cuales iba. Por todas partes se le figuraba ver engaños, falsías, deslealtades y una guerra hipócrita que se hacían mutuamente los humanos.

Sin averiguar nosotros si en esto tenía ó no razón, considerámoslo como causa para que se entregara, con ideales apetitos, á su único placer que era la gula.

Después de haber recorrido varios pueblecillos, llegó, al principiarse una tarde hermosa y serena, á una arboleda cuya sombra y frescura incitaban á detenerse en aquel lugar ameno. Hízolo así Juanillo, sentándose en el césped y reclinándose en el grueso tronco de un árbol.

Poco rato hacia que estaba allí, cuando escuchó voces cercanas, y al parecer mujeriles. Las palabras lle-

gaban distintamente á su oído, y poco á poco fué interesándose en la conversacion que oía.

—¿Conque es cosa resuelta tu matrimonio, Hermelinda?—decía una de las voces.

—Sí, Felisa; dentro de quince días seré esposa de D. Jaime.

—¡Quién lo hubiera creído! Se decía que tus antiguos amores con Fernando serian gran obstáculo para esta boda.

—¡Qué quieres! mi padre así lo ha dispuesto, y yo me he dejado convencer, porque al fin y al cabo, una necesita cierta posición en el mundo, y atender al porvenir.....

—¿Como que el tal D. Jaime Canillejas es millonario, y cuentan que apalea el dinero! Un solo defecto tiene para marido: sus sesenta y pico de años.....

—Quién sabe si eso sea una cualidad favorable á la esposa.....

—¡Cómo!..... á ver, explícate.

—Escucha, Felisa: tú eres mi amiga de corazón, y no debo tener secretos para tí. Yo no he dejado de amar á Fernando; pero tal guerra hicieron á nuestros amores, y tanto me instó mi padre, no sólo con súplicas y consejos, sino hasta con duros mandatos, que he cedido para conjurar esta tempestad, y..... al resignarme á este matrimonio, me queda una esperanza.

—¿Y cuál es?

—Una esperanza terrible..... No me considero infame al abrirla, puesto que he sido impelida y estre-

chada á obrar de cierto modo, y no pueden echarme en cara que me aferre á ella como á tabla salvadora. Don Jaime es anciano..... no ha de durar mucho y..... yo quedaré libre y rica!.....

—¡Ah! con razon dices que es una esperanza terrible!..... ¿Y él.....

Juanillo no pudo escuchar más, porque las dos amigas se alejaron.

—Hé aquí—dijo miéntras plegaba sus labios irónica sonrisa—hé aquí las verdades que voy descubriendo. Esta damisela engaña de antemano al que va á ser su esposo: tampoco ama al otro, puesto que le es infiel vendiéndose por oro. ¡No hay amor verdadero en la tierra!

Juanillo prosiguió su camino, desalentado, pero consolándose con la idea de que al llegar á alguna posada se regalaría con unas buenas magras y otras golosinas.

Iba ya á salir de aquella extensa arboleda; pero oyó voces varoniles, y la curiosidad le hizo detenerse.

—Vamos á ver—se dijo—si aquí encuentro alguna verdad provechosa.

Una voz algo cascada decia:

—Me alegro de que no en vano haya yo apelado á tu amistad; y quedo tranquilo acerca del punto que hemos tratado.

—Ya dije á usted y le repito, que no debe temer nuevas pretensiones mías acerca de Hermelinda. Eso acabó para mí.

—Me fio de tí, Fernando; de tí á quien conozco des-

de niño, y cuyo padre fué, no diré mi protegido, sino mi mejor amigo.

—Y hace usted bien, D. Jaime, porque yo no seria capaz de engañarle.

—Me has quitado un gran peso de encima. Gracias, hombre; y ya sabes que puedes contar conmigo, en cuanto pueda servirte.

—Lo agradezco mucho.

—Queda con Dios, hombre.

—Él acompañe á usted, D. Jaime.

Cesaron las voces, y Juanillo oyó sólo unos pasos tardos sobre las hojas secas. Despues de un rato, escuchó estas palabras:

—¡Viejo imbécil!..... ¡Olvidar yo á Hermelinda! ántes la arrancaria del mismo tálamo!..... Pero ha sido preciso engañarle y esperar mejores tiempos para mis proyectos..... cuento en todo caso con ella..... ¡Pobre marido!.....

—¡Oh!—dijose Juanillo—éste tambien engaña desde ahora al presunto é infeliz marido, no deteniéndole la consideracion de que fué protector de su padre, y de que ha apelado á su amistad para que le hable con franqueza. ¡Qué divertidas verdades voy descubriendo! ¡Tampoco hay en el mundo gratitud ni amistad verdaderas!

Juanillo pasó la noche en el pueblo que pronto iba á ser teatro del desgraciado himeneo, y á otro dia muy tempranito emprendió de nuevo su camino.

—¡Ea!—dijo para sí—ésta va á ser mi última jorna-

da: cansado estoy de buscar en vano esa verdad escondida, tras la que vengo corriendo. Si en esta vez no la encuentro, me volveré á mi pueblo, confirmada mi convicción de que nada hay bueno en las realidades de la tierra.

Camina y camina, con su hatillo al hombro y su baston sirviéndole de apoyo, anduvo Juanillo toda la mañana, y hácia mediodía avistó una gran ciudad. Apresuró el paso para llegar á ella; pero el sol le abrasaba, y procuró buscar un sitio en que hubiese sombra. No muy léjos vió una especie de jardín cercado, y á él se dirigió, encontrando por fortuna abierta la puerta. Al penetrar allí, reconoció que estaba en un cementerio, segun lo demostraban los monumentos y cruces que cubrian las tumbas, sombreadas por frondosos árboles.

Sentóse el jóven viajero en un lugar en que disfrutaba sombra y frescura. Ambas cosas, unidas al majestuoso silencio que allí reinaba, incitaban á melancólico reposo.

Una tos débil y cascada indicó á Juanillo que además de él, habia otro humano viviente en aquel recinto. Era un anciano que parecia ser el sepulturero.

Al extender el jóven la vista por aquellos alrededores vió un bulto negro y encorvado, que estaba inmóvil junto á uno de los sepulcros. Largo tiempo permaneció así; y aquella insistencia y aquel mudo homenaje á un muerto, llamaron la atencion de Juanillo.

Dirigióse á donde estaba el sepulturero, y le dijo:

—Soy un viajero que ando recorriendo el mundo en busca de la verdad, y al llegar aquí y ver á usted, he creido que su experiencia y sus consejos pueden darme mucha luz acerca de lo que busco.

—Muy niño eres aún—respondió el anciano—para que puedas conocer muchas verdades..... mas para tu objeto, no podias haberte dirigido á mejor sitio que éste. Mira—añadió señalando la entrada—sobre aquella puerta están unas palabras latinas que yo no entiendo, pero me han explicado que quieren decir, en nuestro lenguaje: *Este es el lugar de la verdad.*

—Será eso muy cierto, mas aquí no la descubren mis ojos, como no la han visto en otras partes..... Sólo he encontrado engaños, disimulos, hipocresías y maldades.

—Ven acá, pues, y yo te enseñaré lo que deseas.

Diciendo así, llevólo á un sitio desde donde podian distinguir aquel bulto negro que habia llamado la atencion de Juanillo.

—Mira—dijo el anciano—aquella es una madre que llora á su hijo..... y lo llora, no de ayer acá: cerca de dos años hace que está el muerto en su fosa; y aunque haga sol ardoroso ó caiga abundante lluvia, aunque nieve ó truene, siempre la madre está allí, en dias fijos, exacta como un reloj, amorosa y doliente como el primer dia. ¿No son una hermosa verdad el eterno amor y el eterno duelo de esa madre?

—Sí, confieso que es una consoladora excepcion.

—¡Excepcion! Jóven, no juzgues tan mal de la hu-

manidad. Mira este sepulcro cuya losa está ornada de flores todavía frescas. Esas flores las repone constantemente la que fué prometida del muerto..... y quizá no se secan tan pronto, porque viene con frecuencia á regarlas con sus lágrimas. Y de esto hace ya más de un año. ¿No es esto una hermosa constancia?..... Mira ese otro sepulcro, sobre cuya cruz hay enlazada una corona de miosotis y siempreviva: ella es el símbolo tierno y sagrado de amistad que dura aun más allá de la tumba. El amigo vivo viene de tiempo en tiempo á renovar esa corona, y á visitar y conversar con el amigo muerto..... y esto sucede hace tres años! ¿No es ésta una hermosa y sublime amistad?..... Y estos hechos no están constituidos sólo en un acto pasajero ni en un recuerdo que se embota: estos hechos indican que hubo otros en la vida de esos seres que ha separado la tumba. Esa madre, esa novia, ese amigo, nos revelan la larga historia de amor y de complacencias que efectuaron con los que hoy están muertos. ¡Qué de dulzuras, qué de cariñosas correspondencias, qué de goces mútuos, en que se extremaban los afectos y se ponían en práctica las virtudes de la lealtad, de la abnegacion y del sacrificio!..... ¿No crees que todo esto sean hermosas y consoladoras verdades, cuyo teatro fué el mundo, y cuyo bello epílogo se encuentra junto á las tumbas?

—Tiene usted razon—dijo Juanillo, pensativo y conmovido.

Luego, llevado de irresistible expansion, contó al an-

ciano su vida, sus desengaños, sus ideas escépticas, fruto de las cuales fué su feo vicio de la gula, y concluyó por confesarle que, en vista de aquellas verdades, se sentía consolado y regenerado.

Todavía siguieron en larga plática; y al despedirse Juanillo del anciano, éste le dijo:

—No lo olvides, jónen: el que sólo se entrega á apetitos materiales, se asemeja á los brutos, y adquiere vicios repugnantes, uno de los cuales es la gula. ¡Feliz aquel que cree en el amor, en la lealtad, en la desinteresada amistad, y en otras virtudes, que son verdades consoladoras en esta vida!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA DUQUESA DE LA HAMACA.

I

En cierto país cuyo nombre no es necesario recordar, y donde existía gran número de los que se han llamado nobles, sólo porque con su dinero compraron un título, ó por haberlo heredado de unos abuelos que lo adquirieron sabe Dios cómo, había una señora Duquesa, renombrada por su hermosura, y de gran fama por sus riquezas, boato y esplendor.

El primitivo nombre de su título se había perdido ú olvidado: tal vez se llamaria en un principio Duquesa de los Terrones, de la Lechuga, ó de la Cantimplora; el hecho es que de todos era conocida por Duquesa de la Hamaca, nombre que le vino por lo que voy á contar á ustedes.

Criada desde la cuna entre la riqueza, las galas y los mimos, y complacida en todos sus caprichos de niña, fué creciendo sin aprender ni saber nada, si no es colocarse bien el tontillo y la gorguera, hacerse los cai-

reles, y darse uno que otro pincelazo de cosmético ó pintura, dizque para hacer más interesante y atractiva su belleza. Leer, sólo con mil trabajos, y deletreando: escribir, ni por pienso, qué esa ignorancia era en aquellos tiempos gala de los nobles, y los pendolistas eran gentuza de poco ménos, como alguaciles y curiales: lavar un trasto, coger una escoba, coser un broche, y ejecutar otras faenas caseras y *humillantes*, ¿cómo lo habia de hacer la señora Duquesa?

Con la falta de cierta educacion, se hizo casquivana y orgullosa; y con la ausencia de todo trabajo, que es el que da vigor al cuerpo y alegría al ánimo, crióse delicada, enfermiza y en extremo perezosa. Tan delicada era, que los muelles divanes de pluma le lastimaban, y tan perezosa, que apeteciendo sólo la postura horizontal, y no encontrando lecho bastante blando, habia mandado poner en su cámara una hamaca de finísimas mallas de seda, y otra igual en su jardin: en la una descansaba en la noche y la mayor parte del dia; y en la segunda pasaba, tendida y dormitando, las horas de la siesta calurosa.

Y como constantemente la veian suspendida como crisálida en aquel aparato colgante, dieron en llamarle Duquesa de la Hamaca.

Una de sus camareras era la que tenia que ver más con su inmediato servicio, y era, en su parte moral y en la física, todo lo contrario de la señora Duquesa. Activa, laboriosa, infatigable, todo lo ejecutaba bien y en orden; apta en labores mujeriles, hacia primores; y

con una regular instruccion, servia para muchas cosas. Cenceña, muy morenita, de toscas facciones y algo corcovada, lo que la naturaleza le habia negado en belleza física, se lo prodigó en cualidades morales, porque era buena, servicial y complaciente, ejercitando con exceso estas dotes en el fatigoso servicio de su ama.

Diariamente pasaban escenas como esta:

—Ninete—decíale la Duquesa—pónme esa chinela que se me ha caído.

Y la camarera la alzaba, le limpiaba el polvo, y se la ponía con cuidado.

—Ninete, me estoy abrasando de calor: tráeme un refresco.

Y la jóven corria, volviendo pronto con la bebida refrescante, que daba á su ama á pequeños sorbos y con su propia mano, porque la señora Duquesa no queria moverse ni perder su agradable postura.

—Mira, Ninete, este vestido ya me fastidia: trae otro y pónmelo.

Así lo ejecutaba la complaciente criada.

—Ninete, préndeme bien este alfiler..... Ninete, espanta estos mosquitos que me están mortificando..... Ninete, hazme aire con el abanico..... Ninete, mece un poco la hamaca, pero no muy fuerte, porque me desvanezo..... etc., etc.

Por su indolente pereza, la señora Duquesa rara vez se presentaba en la corte, y sólo de tiempo en tiempo iba un ratito á saludar á la reina.

La reina era lo que se llama *muy mujerota*, es decir, que sabia hacer y mandar todo lo que es necesario para la buena administracion de una casa, lo cual constituye el mérito de las mujeres hacendosas.

La proverbial pereza de la Duquesa de la Hamaca habia llegado ya á sus oídos, y mirando con desagrado aquel defecto, trató de dar un mal rato, ó por lo ménos una dura leccion á la perezosa.

—Oye, Duquesa—dijole en una de sus entrevistas—tengo empeño en hacer un obsequio al rey mi esposo el día de su cumpleaños, consistente en un tapiz cuyo bordado represente su entrada por el arco de triunfo que le levantaron á su regreso de la guerra.

—Es ciertamente feliz tal pensamiento de V. M.

—Pero el caso es que con tantas ocupaciones á que atiendo, no podré hacer el tal bordado en el tiempo preciso.

—Es una desgracia.

—Y he pensado en tí para que me desempeñes. Tú debes saber bordar con primor.

La Duquesa se turbó, pero luego dijo con aplomo:

—Haré lo que pueda; aunque el bordado no saldrá tan bien como de manos de V. M.

—Bueno. Quedas en el encargo. De aquí á un par de meses será el cumpleaños de mi esposo: haz de modo que para entonces esté concluido.

—Descuide V. M. Voy inmediatamente á poner manos á la obra.

La Duquesa llamó á Ninete, y haciéndole algunas

zalamerías, le contó el empeño de la reina, y acabó por decirle:

—Yo haria en un santiamen el dichoso bordado; pero ya ves cuán mal ando de salud, y eso seria matarme.... Conque tú te encargarás de ello, ¿no es verdad, Ninete?

—Haré lo que me mande Su Excelencia.

—Sobre todo, te encargo el secreto: ese bordado debe aparecer como hecho por mí.

—Está bien, señora.

Y Ninete, con su característica laboriosidad y su notable aptitud, se puso á la obra.

Cada vez que la reina veia á la Duquesa, le preguntaba:

—¿Y cómo va ese bordado?

—Bien, señora..... Me están dando algun trabajo ciertos detalles, pero voy venciendo las dificultades, y V. M. lo tendrá en el plazo requerido.

—¡Cuánto me alegro!—contestaba la reina con sonrisa ligeramente irónica.

El rey tenia un bufon, que era un pobre sér contrahecho y deforme, como casi todos los que escogian los soberanos para su diversion, sin pensar que muchas veces en aquellos cuerpos desgraciados habia un espíritu noble, un talento poco comun y sentimientos elevados.

La reina solia emplear al bufon para que le llevase algunos recados, y con este motivo iba algunas veces á casa de la Duquesa de la Hamaca. Ésta le trataba

con soberano desprecio, y una vez hasta llegó á llamarle impertinente y ridículo; por lo cual aquel desgraciado tomó aversion á la orgullosa dama.

El bufon era corcovado, mucho más que Ninete; y quizá por la semejanza de figura ó por la igualdad de su posicion mercenaria, ó más bien porque ambos eran buenos en el fondo, congeniaron y se trataban con amable comedimiento.

Así pues, siempre que iba el bufon con recado á casa de la Duquesa, no dejaba de detenerse á saludar á su amiguita la camarera.

Mas un dia que fué en busca de Ninete con tal objeto, encontró cerrada la puerta de su habitacion. Sin pensar ser indiscreto, y sólo por el interés que le inspiraba la jóven, aplicó un ojo á la cerradura.

Algo vió, sin duda, que le llamó la atencion, porque en dicho espionaje permaneció algun tiempo. Retiróse luego lentamente y de puntillas; y quien hubiese estado cerca de él, habria notado que su feo semblante se contraia con sardónica risa, y que con voz reconcentrada decia estas palabras:

—¡Ah, ah! ya comprendí el enigma. ¡Soberbia Duquesa, pronto me la vas á pagar!

II

Entretanto, llegábase ya el cumpleaños del rey, y todo era hacer preparativos para celebrarlo.

Desde ocho dias ántes aumentó la insistencia de la

reina con la Duquesa, y cada dia le enviaba un recadito preguntándole cómo estaba el bordado y cuándo estaria concluido. La Duquesa respondia siempre, despues de hablar con Ninete:

—Que le digan á la reina que lo estoy concluyendo, y que estará oportunamente.

En fin, dos dias faltaban nada más para la gran fiesta, cuando la Duquesa mandó poner su carruaje, y que metiesen en él un bulto cuidadosamente envuelto. Luego, acompañada de Ninete, dirigióse al palacio y se hizo anunciar á la reina.

La Duquesa habia llevado consigo á Ninete, no tanto por aprecio á la excelente jóven, sino porque desconfiaba, temiendo que durante su ausencia cometiese alguna indiscrecion respecto al secreto que le habia encargado, y porque preveia que tal vez la reina le haria preguntas sobre pormenores de aquel trabajo, y no sabiendo la Duquesa qué responder, Ninete lo haria por ella ó le inspiraria las respuestas.

La reina nunca habia creído que la Duquesa pudiese hacer aquella labor, ó cuando mucho, que á duras penas malforjaria algun mamarracho que no se atreveria á presentarle. Así es que cuando le avisaron que la Duquesa queria ser recibida para presentarle su encargo, sintió mucho gusto, y más que todo, gran curiosidad. Pretendiendo divertirse en grande y burlarse del previsto mamarracho, llamó á todas sus damas y á algunos individuos de su servidumbre, diciéndoles reservadamente de lo que se trataba.

Presentes todos en el extenso salon donde debia colocarse el tapiz, fué introducida la Duquesa, que iba con aire orgulloso y triunfante. Ninete la acompañaba, llevándole la cola del traje, en actitud humilde, toda turbada al verse ante tan espléndida concurrencia, y procurando ocultarse.

—Van ustedes á ver—dijo la reina á los concurrentes—una obra maestra de manos de la Duquesa. Vamos á ver—añadió dirigiéndose á ésta:—enseñanos esos primores.

A una seña de la Duquesa, dos lacayos fueron desplegando el tapiz, colocándolo de una manera conveniente para que fuese contemplado.

Un grito de admiracion se escapó de todas las bocas. Las palabras irónicas de la reina tuvieron una acepcion recta. Aquella era verdaderamente una obra maestra: el rico tapiz ostentaba un bordado admirable: el primor del dibujo, sus atinados matices formados con ténues hilos de estambre y de finísima seda; sus hermosos detalles, su exquisito claroscuro, y sobre todo, el exacto parecido del retrato del rey pasando por el arco triunfal, hacian de aquel tapiz una obra artística que parecia resplandecer en luces, en colorido y en verdad.

Al verlo la reina, participó de la general admiracion, pero dijo con más acentuada ironía:

—¡Tú has hecho esto, Duquesa! ¿tú?...!

—Sí, señora, y grandes afanes me ha costado, para complacer á V. M.

La reina iba tal vez á hacer otra pregunta, cuando

una figura estrambótica plantóse de un salto en medio de la concurrencia, sonando repetidamente los cascabelles del gorro que llevaba encasquetado. Era el bufon, que usando de sus prerogativas, iba quizá á interrumpir aquel acto con alguno de sus chistes.

Esto no era extraño. En aquel tiempo como en todos, la inconsecuencia de los soberanos se manifestaba aun en la consideracion y tolerancia que otorgaban á sus bufones, cuando éstos atropellaban toda etiqueta con objeto de hacer una de las suyas y divertirlos.

—¿Qué quieres, *Pomposo*? ¿por qué vienes á interrumpirnos?

—Antes que se me escapen las ideas—respondió el que llamaban Pomposo paradójicamente—quiero contactarte, reina, un cuentecillo interesante.

—Ya te escuchamos; y acaba pronto.

—Óyeme con atencion.—Érase una vez una cigarra que vivia en la ociosidad, encaramada en un árbol, y ocupándose sólo en chillar ó en dormirar durante las horas calurosas: era vanidosa, soberbia y presumida; en fin, la tal cigarra no tenia por donde la desechara el diablo. Sin embargo de esto, el animalejo, á pesar de ser un bicho antipático, tenia dos amigas; una de ellas encumbrada y poderosa, la otra humilde, activa y laboriosa; la una de su misma especie; la otra, una abeja que todo el día corria de aquí para allá buscando materiales con que fabricar su rica miel.

—Me parece que el cuento va largo, y nos vas á cansar.

—Pronto voy á concluirlo; aunque estoy seguro—añadió dirigiendo una maliciosa mirada á la Duquesa—que entre esta concurrencia hay alguno que quisiera que nunca se acabase..... Aquella encumbrada amiga de la cigarra dijo á ésta un día: “Oye; quisiera yo obsequiar á mi amante con un regalo, verbi gracia, con una miel tan buena como esa que he visto ahí cerca en el panal de las abejas. ¿Podieras tú fabricarme una poca?—¿Cómo no!—dijo la pretensiosa cigarra—eso lo sé hacer yo volando.” Pero como en realidad nada sabia hacer, ocurrió á su amiga la abeja, y le dijo: “Amiguita, ¿podrias tú proporcionarme una poca de tu miel?” “Con mucho gusto, amiguita,” díjole la abeja; y llevóle algo de la miel blanca y perfumada, fabricada por ella. Y hé aquí cómo pudo la perezosa cigarra obsequiar á su encumbrada amiga con el trabajo ajeno; ó como se dice vulgarmente, *hacer caravana con sombrero ajeno*.

—Nada de chiste encuentro en tu cuentecillo, Pomposo; y no debías habernos quitado el tiempo con tus simplezas.

—Vas á saber, reina, cuál es lo divertido de mi cuento. Mira: esta Duquesa es la cigarra perezosa; y aquella modesta jóven es la abeja laboriosa que tan ricas cosas fabrica. ¿Has entendido?

Un murmullo como de aprobacion se dejó oír entre todos los concurrentes, porque ninguno queria á la Duquesa.

—¡Ese reptil me calumnia!—dijo ésta—y espero que V. M. castigará al feo monstruo por su insolencia.

—¡Poco á poco, Duquesita de la Hamaca!—clamó Pomposo coñtoneándose grotescamente.—Voy, reina, á probar la verdad de mi cuento. Mira esas manos ducales: sus cuidadas y largas uñas, que quisieran destrozar-me, y su blancura, y su tersura, y su untura con pasta de glicerina, todo indica que nunca han tomado la rueca ni la aguja..... Ven acá, Ninete..... Mira, reina, esas manecitas, que aunque pulidas y graciosas, están maltratadas con el trabajo: míralas con más atención; tienen todavía marcado el color de los estambres y de la seda, y esos dedos los piquetes de la aguja.

—¿Conque es cierto, Duquesa—dijo severamente la reina—que has venido á engañarme?

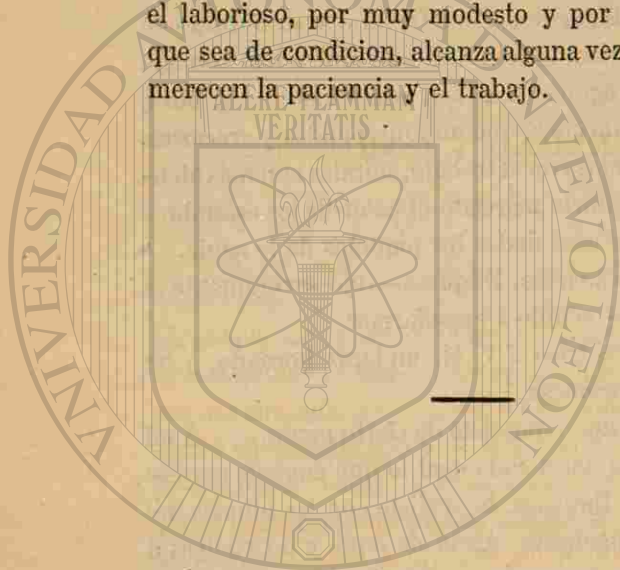
—Yo prometí traer á V. M. un tapiz bordado, y he cumplido mi promesa.

—Tienes razon, cumpliste de cierto modo..... A mí es á quien toca dar á cada cual lo que merece, por ese obsequio. Tú, Duquesa, te vestiste con las plumas del pavo, y me engañaste. Anda de aquí, y no vuelvas á aparecer en mi presencia..... Tú, Ninete, quédate conmigo: desde hoy eres mi primera camarera.

La Duquesa se retiró confusa y humillada, sin tener quien le ayudase á llevar la larga cola de su traje. Dicen que poco despues murió, del pesar que le causó aquella repulsa.

Entretanto, los asistentes á esta escena seguian comentándola, y á la vez que no se cansaban de admirar lo bien acabado del tapiz, colmaban de atenciones y de elogios á Ninete.

—Como epílogo de esta historia—dijo el bufón—voy á decir á ustedes dos verdades: la primera es esta: que siempre el perezoso es mal visto de todos, y todo llega á perderlo por su torpe negligencia: la segunda es, que el laborioso, por muy modesto y por muy humilde que sea de condicion, alcanza alguna vez el premio que merecen la paciencia y el trabajo.



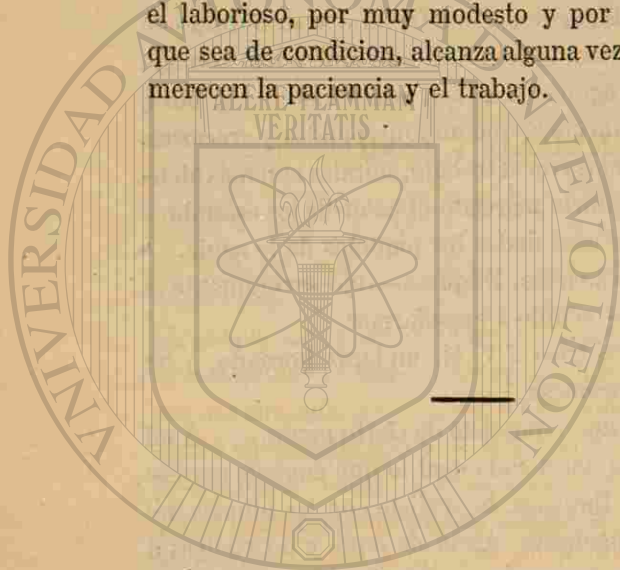
CRUELDAD Y CARIDAD.

I

—Niños—nos decía algunas veces mi tía cuando se disponía á narrarnos el presente cuento—no es bueno ser cruel con ninguno de los seres creados que son capaces de sentir, y por lo mismo de padecer. La crueldad indica malos sentimientos y corazón duro, cosas ambas ajenas á la caridad que debemos practicar todos los humanos. Voy á demostrarlo á ustedes con el siguiente relato.

Cristina era una niña de índole irascible y de ninguna sensibilidad, de cuyos defectos dió muestras desde sus tiernos años. Naturaleza rara y casi varonil, entreteníase á veces en inquietar á las abejas en su panal, aun cuando recibiese uno que otro aguijonazo, sólo por el gusto de verlas moverse zumbantes y formando

—Como epílogo de esta historia—dijo el bufón—voy á decir á ustedes dos verdades: la primera es esta: que siempre el perezoso es mal visto de todos, y todo llega á perderlo por su torpe negligencia: la segunda es, que el laborioso, por muy modesto y por muy humilde que sea de condicion, alcanza alguna vez el premio que merecen la paciencia y el trabajo.



CRUELDAD Y CARIDAD.

I

—Niños—nos decía algunas veces mi tía cuando se disponía á narrarnos el presente cuento—no es bueno ser cruel con ninguno de los seres creados que son capaces de sentir, y por lo mismo de padecer. La crueldad indica malos sentimientos y corazón duro, cosas ambas ajenas á la caridad que debemos practicar todos los humanos. Voy á demostrarlo á ustedes con el siguiente relato.

Cristina era una niña de índole irascible y de ninguna sensibilidad, de cuyos defectos dió muestras desde sus tiernos años. Naturaleza rara y casi varonil, entreteníase á veces en inquietar á las abejas en su panal, aun cuando recibiese uno que otro aguijonazo, sólo por el gusto de verlas moverse zumbantes y formando

como dorada nube; ó solía pincharse un dedo, con objeto de ver su hermosa roja sangre y pintar con ella extrañas figuritas.

La que no tenía piedad para sí, ¿cómo había de tenerla para los demás? Valiéndose de varios arbitrios, que nunca faltan á los niños traviosos, robaba algún nido de pajarillos, y se divertía con ellos, dizque vistiéndolos con trajes de papel, y martirizándolos de este modo, hasta que morían de hambre; ó clavaba una mariposa, entreteniéndose en ver los estremecimientos de dolor del insecto; ó descabezaba una hormiga alada, placiéndole ver cómo giraba el cuerpo en círculo vertiginoso; ó degollaba á los pollos; arrastraba al perrillo faldero, echándole un lazo al cuello; arrojaba el gato al estanque, y hacía otras diabluras por el estilo.

Su buena aya Clemencia reprendíale suavemente aquel cruel proceder.

—No es bueno, niña—decíale—hacer sufrir á los pobrecitos animales: ellos sienten el dolor como nosotros, y es una injusticia abusar de nuestra inteligencia ó de nuestra fuerza para dominarlos y martirizarlos.

—Yo hago con ellos lo que papá hace conmigo, que me castiga cuando no quiero ir á la escuela, ó cuando derramo adrede el vino en la mesa.

—Esas son faltas que cometes y que deben ser corregidas..... Pero las avecillas que martirizas, el pobre Delfin á quien arrastras, en nada te han ofendido.

—Sí; Delfin no quería hacer rodar mi cochecito, y por eso lo castigué.

—Escucha, niña: merece castigo la falta de cumplimiento de un deber, ó un delito. Delfin no tiene obligación de hacer lo que tú quieres, y por eso no debes castigarlo. Tu papá te castiga, y hace bien, porque faltas á un deber, como es el de ir á la escuela á instruirte, ó porque causas algún perjuicio, ó no observas la debida urbanidad en la mesa, ó con las visitas.

—He oído decir á abuelita que todos son traviosos de niños.

—Sí; pero á todos se les corrige, para que lleguen un día á ser comedidos, sensibles y buenos, y no egoístas, crueles y de depravados sentimientos.

Frecuentes conversaciones parecidas á la anterior, tenían lugar entre la aya y la discípula; pero ésta seguía incorregible.

Sucedió que un día, por arrojar al gato en el estanque, Cristina, que era ya una jovencita de trece años, resbalóse y fué á dar al agua, juntamente con el pobre animal.

Afortunadamente el perrillo á quien llamaban Delfin estaba por allí, y al ver caer á su ama, lanzóse denodadamente al agua, procurando salvarla. Viendo que no lo podía conseguir, porque no tenía fuerza bastante para ello, saltó á tierra, corrió en busca de Clemencia, y con su inquietud y ladridos, y tirándola del vestido, le hizo comprender el peligro de la jóven, conduciéndola hasta el estanque. La aya, asustada, pidió auxilio, acudieron los criados, é inmediatamente sacaron del agua á Cristina, ya casi exánime. Con la oportuna asis-

tencia recobró el sentido, pero con la frialdad del agua contrajo un reumatismo, que sufrió largos meses, experimentando crueles padecimientos.

II

Sentadas junto á una mesa en donde habia restos de comida y migajas de pan y azúcar, hallábanse Clemencia y Cristina, ya restablecida ésta de su penosa enfermedad.

Desde la desgraciada escena del estanque, la jóven no habia vuelto á hostigar á los animales, quizá por haberse modificado sus crueles sentimientos, ó tal vez porque su enfermedad se lo impedía. La aya veía complacida este cambio, esperando que seguiría la enmienda de Cristina; pero puede ser que se engañara. Hé aquí lo que sucedió:

Tres ó cuatro hormiguillas recorrian en todos sentidos la superficie de la mesa, como buscando algo que les sirviese para su utilidad ó su subsistencia. Cristina las vió, y se despertaron sus dormidos instintos. Con la hoja de un cuchillo interrumpió la marcha de una de las hormigas: el insecto buscó otro camino, pero se volvió á encontrar con aquel inflexible obstáculo que no sólo se le ponía delante, sino que la arrollaba, haciendo dar mil vueltas á su diminuto cuerpecillo: la pobre hormiguilla se debatía en vanos esfuerzos, hasta que una más fuerte presión de la acerada hoja la dejó como muerta.

La haya habia contemplado en silencio toda aquella maniobra, viendo casi con espanto retratarse en el semblante de Cristina una especie de feroz alegría al contemplar los sufrimientos del mísero insecto. Cuando vió consumado el asesinato, dijo grave y tristemente á la jóven:

—Escúchame con atención, Cristina, y responde á esta pregunta: ¿estarias dispuesta á hacer algun mal á ese buen Delfin que te ha salvado la vida?

—Ya lo creo que no; ahora lo quiero mucho.

—Y haces bien: el animalito te ha dado una prueba de insigne nobleza, al haber acudido en tu socorro, á pesar de lo mucho que le maltratabas. Y esa pobre hormiguilla ¿no merecía, en vez de tus iras, tu protección y cuidado? ¿Qué mal te habia hecho? ¿Será mejor un perro que un sér humano, puesto que el perro, aunque ofendido, salva una vida, y tú, sin sufrir nada del pobre insecto, se la quitas?.....

—Pero esa hormiga no es lo mismo que el Delfin; casi ni hace bulto, ni se nota su desaparición, ni sirve para nada.

—Te engañas: todos los séres tienen su misión de utilidad; todos los que sienten, son susceptibles de sufrir; todos gozan á su modo de la vida, que no podemos quitarles sin cometer un crimen, puesto que nosotros no se la hemos dado. ¿Dices que no era útil esa hormiga? Voy á probarte lo contrario, contándote, en compendio, lo que hace uno de estos insectos.

No juzgues por las apariencias: quien haya estudia-

do la existencia y el modo de vivir de estos animalillos, queda admirado de su laboriosidad, de su paciencia y de su prevision.

Algo de esa constancia y de ese esfuerzo admirables tienes á la vista. Mira cómo aquella compañera de la hormiga muerta recorre sin cesar toda la superficie de esta mesa: la mesa tiene cerca de dos metros de extension, y es al cuerpo de la hormiga lo que para nosotros es media legua: considera las veces que la ha recorrido, y sacando la cuenta, verás que es como si una de nosotras hubiese andado muchas leguas; ¡y esto, en cosa de media hora! ¡Cuál no será la ligereza, el esfuerzo y la constancia de ese pequeño insecto!..... Mírala: á veces se detiene un momento; pero es sólo cuando encuentra algun obstáculo en su camino, que al instante supera ó evita rodeándolo, ó cuando examina una de esas migajas ó granillos de azúcar, para ver si puede cargar con él..... Si notas que todavía no ha cogido alguno, es, no porque le falte fuerza, que la tiene prodigiosa, sino porque no ha hallado uno cuya configuracion sea á propósito para que no le estorbe al marchar con él.

—¿Y para qué tiene necesidad de cargar con él? ¿por qué no se lo come aquí luego?

—Esa es otra cosa admirable: la hormiga siempre come lo que encuentra; pero además de esto, tiene como una especie de obligacion de llevar al nido algo, que pueda servir para aprovisionar los almacenes de invierno.

Veamos qué es lo que hace una hormiga durante su vida: (y lo que se diga de una se puede decir de todas las de su especie que sean *obreras*; porque has de saber que en el maravilloso orden que guardan esas colonias de insectos, cada agrupacion tiene sus atribuciones: unas hormigas son las encargadas de proteger y propagar la especie; otras, que pueden llamarse soldados, se emplean en la defensa del nido cuando es atacado, y otras, que son las obreras, tienen á su cargo la construccion del nido y la provision de víveres.)

A poco de nacida, la hormiga se consagra al trabajo, ya sea para ensanchar el nido, ó para formar otro nuevo. Hay nidos que alcanzan hasta sesenta metros de extension bajo de tierra; otros, cuya cúpula es de sesenta ó más centímetros de elevacion, midiendo casi un metro y medio de diámetro. Lo más particular de estas construccion es el modo de fabricarlas. Algunas especies de hormigas despojan á un árbol de casi todas sus hojas, cortándolas en círculo, cargan con ellas, y les sirven para armar y dar consistencia á esas admirables cúpulas. Esos edificios comparados con el diminuto cuerpo de los insectos que los fabrican, son más grandiosos que las más gigantescas obras del hombre.

Otras veces la hormiga toma el lodo, lo amasa, y forma pequeñas bolas que va colocando una sobre otra para fabricar su vivienda. A veces los nidos están ramificados en extension considerable, teniendo sus diversos departamentos destinados á objeto diferente, y donde reinan el arreglo, el orden y la comodidad.

No son ménos admirables la fuerza y la energíá que despliega la hormiga al conducir una pesada carga, que á veces lo es tanto como su cuerpo; cruza con ella largas distancias, no la suelta por más obstáculos que encuentre, y por fin la coloca en el granero comun.

—¿Me dirás todavía, Cristina, que la hormiga no es un animalillo esforzado, laborioso, constante, y útil para todos los de su especie?

Cristina habia escuchado atenta, mostrándose interesada en el relato, y pensativa.

—Veo—continuó Clemencia—que te ha causado admiracion todo esto..... más te causará todavía cuando sepas que no sólo para los individuos de su especie es útil la hormiga, sino tambien para las aves, á quienes sirve de alimento, y para los hombres, y que tú permanecerías aún sufriendo los dolores de la enfermedad, á no ser por esos insectos.

—¿Como puede ser eso?

—Hay un medicamento preparado con ellos, y únicamente con él ha cedido tu dolencia. Despues de haberte hecho tan relevante servicio esos animalillos, ¿merecerán que trates con tanto rigor, que asesines á uno de su especie?..... Mira su cuerpecito exánime, como diciéndote con su muda actitud: "¡Soy la víctima inocente, de la crueldad y de la ingratitud!"

Cristina, conmovida de veras, se inclinó ante el pequeño cadáver, y al hacerlo, de sus ojos cayó sobre él una lágrima.

Al sentir la lluvia cálida, el insecto pareció reani-

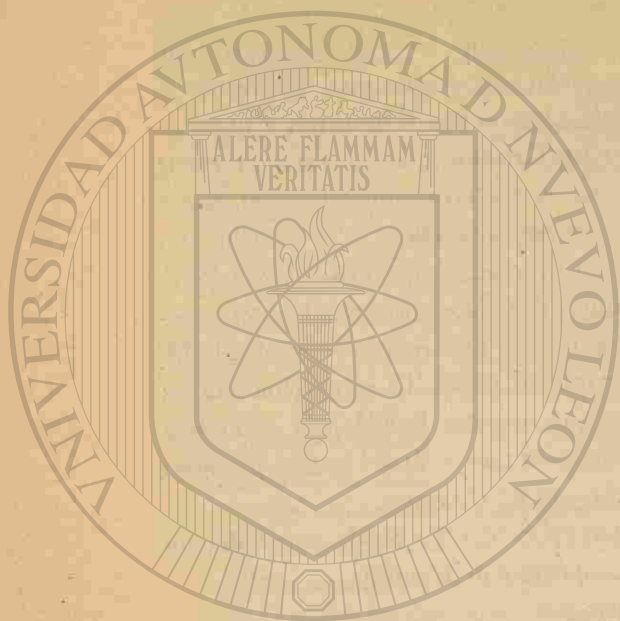
marse con aquel rocío del alma. Poco despues, desentumecido, comenzó á moverse.

—Mira, niña—dijo la aya—Dios te demuestra con un milagro, que queda borrada tu culpa. Esa resurreccion es el prodigio causado por la ternura y el amor!... Deja, deja correr tus lágrimas, que en vano procuras contener: ellas son las que lavan todas las manchas y regeneran todos los sentimientos..... Escucha aún mis últimas palabras, y grábalas en tu corazon como una segura máxima: Todos los seres criados son nuestros hermanos, y el que los trata con crueldad, demuestra ser peor que las fieras. La proteccion que les debemos, á la vez que nuestra indulgencia y nuestro amor, son las bases en que se funda la más hermosa de las virtudes: la caridad universal.

Esto dijo la aya; y Cristina fué desde aquel dia un modelo de benevolencia y de ternura.

* * *

Estos son los que recuerdo, de los cuentos que me narraba mi buena tia. Mis lectores se congratularán de que no acudan otros á mi memoria, por lo mucho que con los presentes les he cansado. Y yo les pido perdón, porque quizá mi propósito de complacerlos haya sido sólo pretexto para refrescar mi alma con los recuerdos de la más grata época de mi vida, esa hermosa infancia por la que tanto se suspira, y que nunca volverá!



ÍNDICE.

| | Págs. |
|----------------------------------|-------|
| Introducción..... | 1 |
| El Certámen de hermosura..... | 7 |
| Las Ganancias del tío Pedro..... | 43 |
| La Justicia del rey Gordo..... | 65 |
| El Señorito Julio..... | 83 |
| El Conde y el Sacristán..... | 98 |
| Juanillo el filósofo..... | 117 |
| La Duquesa de la Hamaca..... | 137 |
| Crueldad y Caridad..... | 149 |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS. ®

SE VENDE

La presente obrita en las principales librerías,
al precio de 38 centavos á la rústica, y 50
centavos en carton.